

LEOPOLDO ABADÍA

YO DE MAYOR QUIERO SER JOVEN

Reflexiones de un
chaval de 82 años



Índice

Portada

DEDICATORIA

DECLARACIÓN DE INTENCIONES

CÓMO LEER ESTE LIBRO

1. Yo de mayor quiero ser una persona completa
2. Yo de mayor quiero ser decente
3. Sobre la decencia. Yo de mayor quiero ser Luis Miguel Dominguín
4. Yo de mayor quiero ser un joven emprendedor (o un viejo empresario)
5. Sobre emprender. Yo de mayor quiero ser Ramón y Javier
6. Yo de mayor quiero ser optimista
7. Sobre el optimismo. Yo de mayor quiero ser John Fitzgerald Kennedy
8. Yo de mayor quiero ser una persona educada
9. Sobre la educación. Yo de mayor quiero ser Tierno Galván
10. Yo de mayor quiero ser un fan de la familia
11. Sobre la familia. Yo de mayor quiero ser Julio Iglesias
12. Yo de mayor quiero pensar en los demás
13. Sobre la solidaridad. Yo de mayor quiero ser Itzhak Perlman
14. Yo de mayor quiero tener criterio sobre política
15. Sobre la política. Yo de mayor quiero ser Liz Taylor
16. Yo de mayor quiero ser economista sin ser economista
17. Sobre la economía. Yo de mayor quiero ser Josep Maria de Segarra
18. Yo de mayor quiero trabajar
19. Sobre el trabajo. Yo de mayor quiero ser Jimmy Carter
20. Yo de mayor quiero discurrir
21. Sobre la sensatez. Yo de mayor quiero ser Carmen de Lirio
22. Yo de mayor quiero saber morir con estilo
23. Sobre la muerte con estilo. Yo de mayor quiero ser Desmond Tutu

EPÍLOGO

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

iRegístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

DEDICATORIA

Siempre he dedicado mis libros a mi mujer. En este no podía fallar, por dos razones: una porque, después de cincuenta y siete años de matrimonio, la sigo queriendo como el primer día, o un poco más. Y dos porque, cuando no nos oía nadie, me ha confesado que ella, de mayor, también quiere ser joven.

A mis hijos, cuyos nombres me sé de carrerilla. A sus maridos y sus mujeres, cuyos nombres no me sé de carrerilla, porque primero tengo que pensar con quién están casados. Cónyuges a los que quiero tanto como a los hijos, porque, desde que se casaron, también son hijos míos.

A mis nietos, que empiezan a venir por casa con sus novias o con sus novios, lo que hace que se me ensanche el corazón, porque, en un futuro próximo, voy a tener que querer a mucha más gente.

A mis amigos, reafirmandome en lo que ya tenía claro, que tener muchos es lo mejor que le puede pasar a una persona.

A mis editores, bendiciendo el día en que tuve la primera llamada de Espasa.

A los que, en un alarde de generosidad, leen lo que escribo, vienen a mis conferencias o me felicitan por la calle por salir en televisión o por hablar por la radio, confirmando lo que ya pensaba, que hay muchísimas personas buenas en el mundo.

A todos, gracias por haber llegado hasta aquí en la lectura de este libro. Si os animáis y seguís leyendo, mi agradecimiento crecerá y crecerá y crecerá.

Un abrazo fortísimo.

DECLARACIÓN DE INTENCIONES

En una entrevista alguien me preguntó qué quería ser de mayor cuando era chaval, y le contesté que no me acordaba y que me parecía que nunca me lo había planteado.

Las cosas vinieron rodadas. Colegio, Ingeniería, un pellizco pequeñísimo —liliputiense— de Economía, profesor de Política de Empresa en el IESE, consultor, y, sin querer, famosillo. Mientras tanto, novia, boda, hijos, muchos hijos. Luego bodas de los hijos, nietos, muchos nietos.

El mismo periodista me preguntó qué era Política de Empresa. Le dije que era una materia con la que pretendía ayudar a los empresarios a plantearse cuál era la situación actual de su empresa, a definir la situación futura a la querían llevarla y a determinar todo lo que había que hacer para pasar de una situación a otra.

El entrevistador me miró con sonrisa retorcida:

—O sea, que usted no hizo en su vida lo que enseñaba a hacer a otros.

Me encogí de hombros y no dije nada, porque tenía razón. Tanto hablar del futuro de los demás y me olvidé de mi futuro.

Mirando hacia atrás, mala costumbre que tenemos las personas de cierta —de mucha— edad, veo que mi vida ha sido una constante sorpresa. Muchas veces lo he comentado con mi mujer:

- si cuando trabajaba en la tienda de mi familia en Zaragoza me hubieran dicho que, dos años después, estaría en Harvard...
- si cuando era hijo único me hubieran dicho que tendría doce hijos...
- si cuando empecé a tontear con una chica me hubieran dicho que me casaría con la amiga que me presentó la chica...
- si me hubieran dicho que, al cabo de pocos años iba a cenar en un bar de Bruselas con aquel ministro tan importante a quien yo veía de lejos y como desde abajo...
- si cuando aplaudía a un futbolista sensacional me hubieran dicho que le iba a prologar un libro pasados los años...
- si...
- si...

Nunca me he creído los planes de algunos jóvenes en los que describen con detalle cuál va a ser su futuro personal y profesional, porque la vida es como es, y da tantas vueltas que yo no he sido nunca capaz de dominarla.

Después de este prólogo antes del prólogo me pongo a escribir lo que se me ha ocurrido llamar «Declaración de intenciones» sobre este libro, que, como has visto en la portada, se titula *Yo de mayor quiero ser joven*.

O sea, que después de una vida en la que me he dejado llevar y he pasado de chaval tímido en el Colegio del Salvador de Zaragoza a divertirme con mis amigos de la farándula, a que me paren por la calle para hacerse *selfies* conmigo y a salir por la tele — cosa que en España es lo más de lo más—, ahora tengo que pararme y pensar, y peor aún, escribir, sobre cuáles son mis planes de futuro, cuando lo que me apetecía era seguir dejándome llevar y ver adónde llegaba.

Advertencia. Tengo ochenta y dos años. Esto puede que produzca sorpresa en personas normales, que les haga pensar: «Este señor, a su edad, ¿por qué no se prepara a bien morir en vez de hacernos perder el tiempo con sus planes de futuro?».

Pero como mi editorial manda y son muy majos y siempre me ha ido muy bien obedecerles, y ahora, por novena vez, me han dado un título, un plazo de entrega y un consejo:

—Sobre todo, no te agobies —que lleva implícita una orden—: pero cumple con el plazo.

Me pongo delante del ordenador y empiezo a escribir lo que se me ocurra.

En primer lugar recuerdo una frase que decía cuando hablaba del significado de la palabra «futuro»: «El plazo más largo que seamos capaces de ver con realismo», frase que tuvo aceptación y que muchos de mis colegas repetían, viniera o no a cuento, mientras se reían de mí.

Pero ahora yo no me río, porque a los ochenta y dos años, el plazo más largo que soy capaz de ver con realismo, necesariamente es corto. Ya sé eso de «Don Leopoldo, qué bien se conserva», «Parece usted un chico joven», «Cuéntenos su secreto para estar así», etc. Todo eso me hace ilusión, pero gracias a Dios no me lo creo, porque miro mi Documento Nacional de Identidad y compruebo que es válido hasta el 1 de enero del año 9999, o sea, que este es el último y nunca más me lo renovarán. Cosa que me costó explicar a una chica muy joven que, en el aeropuerto de Luxemburgo, llevó el DNI a su jefa porque le parecía extraña la fecha de caducidad. Su jefa se lo aclaró y, desde aquel momento, aquella chiquita me miró con gran respeto.

Plazo corto. Lo que no quiere decir que no vaya a seguir trabajando. Si la cabeza sigue funcionando aceptablemente y las articulaciones no molestan más de lo normal, y puedo ir con el bastón con cierta elegancia y dar las conferencias sentado —porque si las doy de pie me canso—, trabajaré hasta el último día.

Intentaré trabajar bien, por esa manía que tengo de que en la definición de «trabajo» está incluido trabajar bien, porque si no, aquello no se llama «trabajo». Se llama «chapuza».

Intentaré hacer más cosas de las que, en teoría, puedo hacer. Por varias razones: una porque he comprobado, a lo largo de mi vida, que el trabajo excesivo es muy bueno. Dos, porque, como dijo hace años Manuel Salvat, con quien tuve la suerte de coincidir en un Consejo: «La piel del ejecutivo es elástica y le caben muchas más cosas de las que él pensaba que le cabían». Frase que, en su empresa, nadie discutía, porque Manuel demostraba con su trabajo que, en cuanto a elasticidad de la piel, pocos le superaban.

Intentaré ocuparme de mi familia. Ahora, fundamentalmente, de mi mujer, porque los hijos son mayores y los nietos son hijos de sus padres, y en cuanto a educación de los nietos, los abuelos tenemos una responsabilidad subsidiaria, en caso de que veamos que los hijos no se ocupan de la educación de los suyos. Como en mi caso se ocupan, mi mujer y yo nos limitamos a recibir a los nietos, a escucharles, a darles pocos consejos, a sonreír y a intentar que estén bien cuando vengan a nuestra casa. Si vamos a Pamplona, donde hay cuatro estudiando, o a Madrid, donde hay una que estudia y otra que trabaja, les invitamos a chuletón y les damos unos pocos eurillos, que les iluminan los ojos.

Intentaré ocuparme de mis amigos. Muchos de ellos han envejecido conmigo. Algunos ya se fueron al cielo. Pero con mis nuevas actividades, vuelvo a tener amigos jóvenes con los que desayuno —bocadillo de jamón ibérico con pan con tomate, vino tinto y una copa de Cardhu— y arreglo el mundo e, incluso, monto un *think tank* para discurrir sobre asuntos muy serios que nos preocupan.

Repaso lo que he escrito hasta ahora y resumo. Quiero trabajar mucho, quiero trabajar bien, quiero ocuparme de mi familia, quiero ocuparme de mis amigos.

Me doy cuenta de que, por primera vez en mi vida, sé lo quiero hacer en «el plazo más largo que sea capaz de ver con realismo».

Y llamo a la editorial y les digo que ya lo he entendido. De mayor, quiero ser joven.

CÓMO LEER ESTE LIBRO

Fruto de mi absoluta anarquía a la hora de escribir —a veces, incluso, por esa falta total de orden de pensamiento— he querido que este libro refleje ideas, frases, historietas, reflexiones, extractos de artículos, anotaciones de entrevistas..., sobre diversos temas y personas.

Por tanto, si hubiera que poner unas instrucciones de cómo leer este libro, yo pondría una norma básica: que se lea como se quiera, en el orden que se quiera pero que se entienda que las ideas aparentemente deslavazadas tienen un sentido y algo común: yo.

O sea, que son cosas que yo pienso, digo o he vivido u oído. Si eso le interesa o sirve a alguien para algo, fenomenal. Si no, siempre puede servir como excusa que descubrí en mi primer libro: si yo entiendo lo que escribo, probablemente lo entenderá quien lo lea.

Como ya he dicho en ocasiones anteriores, no es un manual de aplicación. Es decir, todo lo que pongo en este libro me sirve a mí, pero puede NO servirle a quien lo lea. Si esto queda claro, no creo que haya que poner ninguna norma más.

1

YO DE MAYOR QUIERO SER UNA PERSONA COMPLETA

Si hiciera la carta a los Reyes Magos en la que pudiera poner las cosas que me gustaría que me completaran como persona, tendría serios problemas. Porque todo lo que me gustaría no se puede comprar, si no que es fruto del enfoque vital de cada uno, saber quién eres —y quién no eres—, asumir que eres lo que eres y que, como se dice por ahí, «con estos bueyes hay que arar».

Por fuera, sería igual. No soy ni Brad Pitt ni George Clooney, que se supone que son los guapos oficiales. De joven me llamaban «el alemán» porque era rubio y alto. Con eso me vale.

Por dentro, me gustaría ser aquello por lo que llevo toda la vida luchando: una buena persona, y discurrir intentando cada día ser mejor y, si con eso ayudo a los demás, fenomenal.

Creo que no está mal empezar este libro reuniendo una serie de ideas que forman parte de ese «cómo me gustaría ser por dentro» y que pueden dar una serie de ideas de cómo pretendo ser cuando sea un joven de ochenta y pico y más.

QUIERO TENER CRITERIO

Lo digo por activa y por pasiva. El criterio te distingue del que no piensa por sí mismo y no discurre. Intentaré no querer saber de todo —esto me resulta fácil—. No tendré apuro en decir:

—Sobre ese asunto, no tengo la menor idea.

Y es que la mayor parte de las cosas son opinables. Ya sé que a los del Barça y a los del Madrid les parece que es fundamentalmente obligatorio que el Barça o el Madrid ganen siempre, pero, en confianza, no pasa nada si no lo hacen.

Tengo fe absoluta en el poder de la gente. Pienso que un millón de señores con boina y palillo en los dientes diciendo «no» a un producto, por ejemplo, financiero, pueden cargarse el Banco Santander y dejar sin patrocinador a la Fórmula 1. También creo que es verdad que para hacer revoluciones civiles no hace falta indignarse. Basta con hacernos mayores. Hacerse mayores quiere decir hacerse mayores. O sea:

— No hacer caso al primer cantamañanas que pase por la puerta y nos diga algo que no entendemos, porque no es lo que nuestra abuela nos enseñó.

— No hacer caso al segundo cantamañanas.

Me parece que la realidad es muy rica en matices y que lo mismo que no admitimos que un médico nos diga que estamos muy bien o que estamos muy mal y le pedimos un poco más de detalle, tenemos que exigir y exigirnos un poco más de detalle en todo lo que nos digan en todas partes.

* * *

A veces tengo la sensación de que hablo sobre árboles diversos y no consigo ver el bosque. En mi casa de San Quirico veo árbol por árbol, y me encantan. Viene mi amigo Esteban y dice:

—Aquí hay que cortar árboles.

Él ve el bosque. Yo, los árboles, a los que a fuerza de años de crecer juntos, ellos y yo, les he cogido cariño.

* * *

Cuando de chaval trabajaba en Sastrería La Confianza de Zaragoza, me encargaba de la publicidad. Había un anuncio que se repetía treinta, cuarenta veces al día —«La Confianza. La Confianza. Sastrería La Confianza»— y por el que nunca nos dieron ningún premio. Pero con mucha frecuencia me encontraba conocidos que me decían:

—No hago más que oíros por la radio. Tendré que compraros algo.

Por tanto, repetición, repetición, repetición... Con eso puedes tener hábitos y cuando algo se convierte en hábito y es bueno se nota, en ti y en los demás.

Cuando uno adquiere criterio, aprende a distinguir las cosas importantes de las no importantes y, por supuesto, detecta las bombas de humo. A mi amigo de San Quirico las

bombas de humo le desconciertan... porque no sabe cuándo empiezan y cuándo acaban, y con eso no consigue lucirse ante sus amigos del pueblo que le piden opinión —esto de ser el amigo de San Quirico le ha encumbrado que no veas—.

Yo hice la milicia universitaria en el Campamento de Castillejos, perteneciente a la Unidad de Destrucciones. Otro y yo llevábamos las bombas de humo, que pesaban mucho cuando íbas y mucho menos cuando volvías. Las bombas servían para distraer al enemigo y para que los buenos, o sea, nosotros, pudiéramos acercarnos a la posición contraria y poner las cargas explosivas.

También servían para que los de las bombas, una vez lanzado el humo, pudiéramos sentarnos a la sombra de un árbol y ver cómo se arrastraban por el suelo los que, de verdad, en una guerra real, se habrían jugado la vida.

Así que le contesto a mi amigo:

—Pues eso es lo que tienes que decirles a tus amigos: que esas cosas son puras y simples bombas de humo.

El «cómo» es mucho más difícil que el «qué». Pero si no han pensado en el «cómo», que no me hablen del «qué».

* * *

Cuando alguien dice que se ha inventado algo que antes se me había ocurrido a mí, me suelo callar, porque pienso que si se me ha ocurrido a mí, antes se le habrá ocurrido a otro.

A veces me da por fijarme en palabras, en frases, y de ahí deduzco cómo van las cosas. Seguramente es un método poco científico, pero a mí me sirve.

* * *

QUIERO SABER SER MAYOR

A veces llamo chavales a gente de cincuenta. No es un lapsus. El ser chaval no tienen nada que ver con lo que pone en el DNI. Tiene que ver con la alegría, la ilusión, las ganas de trabajar, las ganas de ayudar, con la sonrisa, a que los demás sean felices.

Cuando te vuelves mayor se te olvida lo que hiciste ayer o dónde pusiste las gafas, y te acuerdas perfectamente de lo que pasó hace muchos años. Me lo van a decir a mí, que, por supuesto, no sé dónde he dejado las gafas, pero me acuerdo de la zancadilla que me puso Paco Pepe, un chaval de mi clase del Colegio del Salvador de Zaragoza, que jugaba muy bien al fútbol y con el que un día tuve mis más y mis menos —mis más, cuando él me puso la zancadilla, y mis menos, cuando le cacé en un intento de profundizar en mi área—.

Ahora estoy muy animado porque veo que esto mismo le ocurre a bastantes, a muchos, a muchísimos. Y he decidido hacer un trabajo de investigación sobre el terreno. O sea, nada de teorías: cosa que veo, cosa que apunto. Y luego, a sacar conclusiones.

Saber ser mayor significa tener capacidad para seguir «trabajando» la cabeza y que esta funcione para llegar a esas conclusiones.

QUIERO SABER PERDONAR

Qué difícil es darse cuenta de que hay que perdonar. Pero una vez te has percatado, perdonar es muy fácil. Lo difícil es, además, olvidar. Y si olvido, ya no tengo que perdonar nada, porque se me ha olvidado.

A mí me parece que alguien debería organizar cenas en mangas de camisa con gente de los partidos políticos para hablar de sus familias, de los suspensos que tuvieron cuando hacían la carrera, de la moción de censura del Barça, de por qué el Zaragoza ha bajado a segunda división.

Lo único que pido es que me inviten. Quizá pueda hacer una aportación brillante y romper el hielo. Cuenten conmigo. El buen resultado está garantizado.

NO QUIERO SER PREPOTENTE

Prepotencia. Esta es una palabra que no me gusta, es probable que porque lo que quiere decir me molesta profundamente. Me cansa ver gente de esa que ahora llaman prepotentes y que a mí me parecen unos *desgraciaos* —*desgraciaos* me suena más duro que *desgraciados*, y refleja mejor lo que quiero decir—. Gente que se cree que son el *number one* y ya firmarían por ser el *number one hundred* cuando sean mayores.

QUIERO SABER CALLARME

Callarse es una medida de prudencia cuando no sabes por dónde vienen los tiros.

QUIERO SABER TENER DETALLES

Estuve el otro día en una reunión de empresarios. Antes de empezar un fotógrafo me quiso hacer unas fotos. Le pedí que esperase un momento, me subí los calcetines y me hizo las fotos. Uno de los organizadores se me acercó y me dijo:

—Usted es un señor.

Como le miré con cara rara, se explicó:

—Porque se ha subido los calcetines antes de la foto.

Y siguió, porque ese día estaba parlanchín:

—Mire, si descuidamos las cosas pequeñas, esta vida es un asco. Y además, me parece que lo dijo usted en un artículo, o sea, que no venga ahora asombrándose de lo de los calcetines.

Y siguió:

—¿Se ha fijado en la cantidad de detalles pequeños que se descuidan por ahí? Ir con corbata donde no toca ir con corbata. Ir sin ella donde sí que toca; vestirse de playa para ir al liceo, vestirse de liceo cuando se va a la playa...

Aquí se paró y me señaló:

—No apunte esto último, porque me parece que nadie va de etiqueta a la Barceloneta, pero quédese con una idea: hay que saber estar.

Hablar con la misma naturalidad con los que se han puesto de moda que con los que ya no lo están —me dijo que en este punto se incluían los que habían tenido un revés, de fortuna o político, y en cuya casa, de repente, el teléfono había dejado de sonar—. Y saludar con el mismo afecto al que te cae bien y al que te cae menos bien. Aseguró que no soportaba eso de que el presidente del Gobierno, si le cae bien el invitado, lo reciba al pie de las escaleras de la Moncloa, y, si le cae mal o está enfadado con él, se quede arriba. Un detalle de mala educación.

QUIERO SABER EQUIVOCARME

Los hijos —esto también sirve para los empleados de una empresa— tienen derecho a equivocarse, como nos hemos equivocado tú y yo —yo, con frecuencia—. Tienen derecho a que se les felicite cuando lo hagan bien. Tienen derecho a que se les ayude y se les corrija cuando hagan algo mal, sabiendo que ayudar significa ayudar y corregir no es lo mismo que decir «¡ya te pillé!», y pegar una buena bronca rezumando satisfacción malévola.

QUIERO SACAR LO MEJOR DE LAS PERSONAS

Nadie es tan tonto como parece. En primer lugar, porque, normalmente, cuando alguien nos parece un inútil, es que no hemos trabajado lo suficiente para sacar de él todo lo bueno que seguro que lleva dentro. Porque algo bueno llevará.

No hay personas «de papelera». Cuando veo que alguien se queja de que todos le funcionan mal o de que todos los hijos son un desastre, siempre pienso: «¿Y si el tonto no es el que parece? Porque ese listo, listísimo, que se rodea de tontos, tontísimos, debe ser más tonto que todos ellos».

Sacar lo mejor de las personas no es fácil. Como a todo hijo de vecino, a veces nos salen bien las cosas y, a veces, un poco peor. Y en los últimos años, en este tema, estamos en horas bajas. Y como pasa con frecuencia, echamos la culpa al de al lado porque, eso sí, nos cuesta reconocer que lo hemos hecho mal. Y que de aquellos polvos vinieron estos lodos.

En el IESE, al principio, a la persona que se echaba el equipo a la espalda lo llamábamos «hombre de vértice». Luego, por lo de la paridad, le cambiamos el nombre a «persona de vértice». Y decíamos que todo dependía de ella, aunque hubiera gente muy válida a su alrededor.

Ser persona de vértice es cansado. Pero hace el bien porque ayuda a sacar lo mejor de las personas. Por tanto,

- primera idea: prohibido decir que estamos cansados;
- segunda idea: prohibido pensarlo;
- tercera idea: hablar muy claro y no decir cosas sin fundamento. Poder explicar por qué se dice una cosa;
- cuarta idea: no decir cosas extrañas, porque la gente cada vez es más lista y cada vez está menos dispuesta a que le cuelen *encantaments* (frases bien construidas, que no significan nada, en absoluto).

Sacar lo mejor de las personas se puede convertir en una tarea preciosa si se trabaja en ello y se marca un camino inequívoco.

Mi amigo de San Quirico me dice que, aprovechando el insomnio, se ha puesto a ver el mundo desde arriba. Yo, cuando mi amigo dice estas cosas, me callo, porque siempre acierta —advertencia: hay gente, muchos en posiciones teóricamente importantes, que aciertan con menos frecuencia que mi amigo—. Dice que esto de ver el mundo desde arriba le ha gustado siempre. Que consiste en imaginarse la cantidad de estrellas que se ven y la cantidad de agujeros negros que también se ven.

Como sigo poniendo cara de que no logro cogerle el argumento, me explica que él considera que, desde arriba, se debe ver la Tierra llena de estrellas —la gente buena que hace cosas buenas— y de agujeros negros —la gente que, no se sabe por qué, hace cosas que no son buenas del todo—.

QUIERO SER NORMAL

¡Qué cosas! ¡Pensar que nos emociona lo normal! Supongo que debe ser porque emocionarse con lo normal debe ser normal. Y lo de ser generoso debe ser normal. Y lo de querer a la familia debe ser normal. Y lo de ser fiel a tu mujer/marido debe ser normal. Y lo de ser agradecido debe ser normal. Y lo de pensar en los demás debe ser normal. Y lo de que los padres quieran a los hijos y los hijos a los padres y todos juntos a los abuelos debe ser normal... Y si quieres, sigo, porque hay muchas cosas curiosas.

Y es que los periódicos vienen apasionantes. Parece que se ha acabado la gente normal.

QUIERO SABER ESCUCHAR

Que sí, que hay que escuchar. Y cuando alguien escucha a alguien, es frecuente eso que se oye de vez en cuando:

—¡Pero si es un tío majísimo! Yo pensaba que era bobo.

¿No será que no le habías escuchado nunca? ¿Te imaginas un país en el que la gente se escuche? ¿Te imaginas un país en el que haya gente dispuesta a escuchar a los demás? ¡Si solo sacando lo que uno lleva dentro ya se encuentra mejor!

Tenemos que tener la ventanilla siempre abierta. Hemos de ser funcionarios ayudantes de los demás. Las tiendas tienen que estar abiertas para dar servicio a la gente. Y hay muchos tipos de tiendas. Desde las ópticas hasta los bares, hasta las librerías jurídicas, hasta las parroquias, hasta las personas individuales, hasta los que mandan —no pongo «los que gobiernan» porque no gobiernan—.

QUIERO SER RESPONSABLE

Me gusta tener presente esta idea: «Mira, majo, si las cosas te van bien, es culpa tuya. Y si te van mal, también».

Me parece muy bien que vivamos mejor que antes. No tengo ninguna añoranza de los viejos tiempos, porque serían viejos, pero no mejores. Que lo de que cualquier tiempo pasado fue mejor lo escribió Jorge Manrique cuando se murió su padre, para que las coplas le salieran entonadas.

Este tiempo es muy bueno. Pero como siempre, la responsabilidad de lo que ocurre es nuestra. Ser responsable responde a esa idea que ya he repetido mil veces de la revolución civil. La revolución civil no consiste más que en conseguir que los cuarenta y seis millones de españoles seamos maduros, sensatos, honrados, trabajadores, leales, sinceros... En una palabra: personas.

QUIERO TENER SENTIDO COMÚN

Hay una cosa que me aterroriza: si no basta con el sentido común, sino que hay que saber, ¿qué nos puede ocurrir con estos mozos que andan por ahí, que ni saben ni tienen sentido común? Contestación: una debacle.

Y, lanzado a estropear las cosas, me hago otra pregunta: ¿qué nos puede ocurrir si estos mozos, que no saben ni tienen sentido común, además, tienen muy poca vergüenza? No sé cuál es el aumentativo de debacle. «Debaclón» suena mal, pero esa es la idea.

QUIERO SERVIR A LOS DEMÁS

Admiro el valor del servicio. Seguramente, es más acertado hablar del valor que tienen los que sirven. Con frecuencia llaman «servidores públicos» a los que, «profesionalmente», dicen que sirven al público.

Pero son mucho más importantes los que sirven a cada una de las personas que constituyen «el público».

Servicio, palabra que a todos nos encanta, sobre todo cuando realmente somos servidores de la sociedad. O sea, cuando no nos damos a nosotros mismos ese título, porque servidores de la sociedad son todos los que, con un trabajo honrado, sirven a la sociedad. Por ejemplo, los barrenderos.

Y el servicio empieza por decir la verdad.

Y el único camino hacia la verdad es contarla.

QUIERO TENER ESPERANZA

Una pregunta muy común que me hacen en las conferencias y los periodistas: ¿usted cree que ahora se puede tener esperanza?

Como lo primero que me sale del alma es decir ¡¡claro que sí!!, con dos admiraciones, y la gente me mira como a un bicho raro, he ido al Diccionario de la Real Academia Española, que siempre me aclara las ideas. Como, además, lo edita Espasa, que es mi editorial, ayudo a barrer para casa.

El Diccionario presenta varias acepciones, de las que escojo las que mejor casan con lo que yo pienso. Me quedo con la que dice que es el «estado de ánimo en el cual se nos presenta como posible lo que deseamos» y me quedo también con la definición de «dar esperanza», en el sentido de dar a entender a alguien que puede lograr lo que desea.

Y no me quedo con otra, que dice que alimentarse de esperanzas es «esperar, con poco fundamento, que se conseguirá lo deseado o pretendido».

Como no todo va a ser copiar del Diccionario, empiezo a discurrir, aunque me cuesta más. Y al ponerme a discurrir, me fijo en lo de «pretendido», porque estoy convencido de que para tener esperanza hace falta «pretender» algo, o sea, querer conseguir algo. Y como cuando me pongo a discurrir no hay quien me pare, pienso que para conseguir algo hay que tener claro el «algo».

QUIERO VIVIR CON DIGNIDAD

Cuando era obispo de Buenos Aires, el ahora papa Francisco dijo que «el dinero y el poder son como la ginebra en ayunas. Inmediatamente marean, hacen perder el piso». Veo que «perder el piso», en Latinoamérica, quiere decir no tocar con los pies en el suelo.

Esta debe de ser la explicación de cosas que pasan. Porque oigo a gente hablando con cara muy seria y diciendo unas cosas que, si las analizas un poco, ves que son una muestra de que aquel mozo ha perdido el piso y no acaba de recuperarlo.

A veces leo cosas que pienso que luego las apuntaré y luego se me olvidan. Por lo menos, recojo una frase de alguien —no me acuerdo de quién— que ha hablado de «dar prioridad a la dignidad de la persona».

Una vez más, voy al Diccionario y, como me dice que «dignidad» es la «cualidad de digno», me cambio de palabra y me fijo en «dignamente», que quiere decir «con justicia, con razón». Y de ahí deduzco que dar prioridad a la dignidad de la persona es tratar a esa persona con justicia y con razón.

Y cuando, en vez de ser una persona son mil, quiere decir tratar a cada una de ellas con justicia y con razón.

QUIERO SER HONRADO

Estamos en la época perfecta —sobre todo en España— para asumir que somos pobres. Es decir, ser pobre es fácil. Ya lo hemos conseguido. Ahora hay que asumirlo, o sea, digerirlo, porque actuar como pobres es más difícil.

Lo de la honradez en sí es un poco más difícil, pero hay que conseguirlo, porque una nación pobre, pero honrada, tiene muchas posibilidades de salir adelante sin reblar.

Una nación pobre que se cree rica y que actúa como tal tiene todas las posibilidades de pegarse una galleta importante.

Una nación no honrada, formada por cuarenta y seis millones de personas no honradas, no tiene nada que hacer.

Una nación formada por muchas personas honradas —la mayoría— y que soporta la falta de vergüenza de una minoría, solo tiene que hacer una cosa: echarlos.

QUIERO SEMBRAR PAZ

A mí siempre me ha parecido que el que ataca de forma virulenta, el que habla indignado, el que se dedica a dividir... es porque tiene un complejo de inferioridad gordo. Que piensa que el puesto, proyecto, vida... le viene grande, muy grande, y que tiene que defenderse de los malos como sea —los malos son todos los demás, excepto los que le dicen que «usted es muy listo y muy guapo y que qué bien irían las cosas si hubiera muchos como usted»—.

* * *

Me acuerdo de un amigo mío que le decía a otro:

—Tú no tienes complejo de inferioridad: tú eres inferior.

El segundo se reía, porque todos sabíamos lo que valía y, gracias a Dios, sigue valiendo.

* * *

Sembrar paz es muy difícil, no se estila y se suele confundir con la falsa solidaridad, o sea, hago lo que me viene en gana y me da comodidad y lo justifico como acto generoso. Por eso, cuanto más complicado sea sembrar paz, casi mejor. El resultado será mucho más espectacular.

QUIERO CONFIAR EN LOS DEMÁS

Me acuerdo de que mi padre, cuando fui a estudiar a Barcelona, solo me dio un consejo:

—Si te encuentras a alguien que no conoces y te dice que es pariente tuyo, sal corriendo.

Unos meses más tarde se presentó en mi casa uno que me aseguró que era primo mío. Me contó unas cuantas patrañas que me creí a pies juntillas, me olvidé del consejo de mi padre, y el primo —el otro— se fue con cuatro mil pesetas «de aquellas», que debió de considerar que eran «deuda ilegítima» porque no le volví a ver en mi vida.

Nunca más volví a encontrarme con un pariente como ese. Pero aquel día aprendí a no prestar dinero a alguien que afinara tanto en la calificación de la deuda.

Confiar en las personas te da la oportunidad de sorprenderte —para bien— y, ya que estamos escasos de buenas sorpresas, no nos va nada mal ponerlo en práctica.

Seguro que me faltan muchísimas más cosas para conseguir ser una persona completa. Pero estas dieciocho son un buen comienzo. Me sirven principalmente para marcar las ideas generales —la hoja de ruta que, expresión tan hortera y tan manida últimamente— de mi deambular en la vida.

Y me sirven, sobre todo, para empezar el libro con cierta claridad de ideas.

2

YO DE MAYOR QUIERO SER DECENTE

Hasta ahora, mi conclusión —obtenida de un modo poco científico— es que hay una serie de cosas que todos consideramos buenas y otra serie de cosas que todos consideramos malas. Seguramente, unas y otras, porque lo son.

Lo que pasa es que, por la razón que sea, a veces no distinguimos lo bueno de lo malo o, distinguiéndolo, hacemos lo malo, porque en ese momento nos apetece o nos conviene. Lo que decía otro amigo mío:

—No sé qué me pasa que todo lo que me gusta o es pecado o engorda.

Es decir, creo que hay que separar la ética del comportamiento ético. Yo no soy quién para pronunciarme sobre la ética, porque lo que está bien, está bien y lo que está mal, está mal. Pero sí soy capaz de pronunciarme sobre el comportamiento ético de una persona. Ahí sí puedo intervenir —y muchas veces, debo—. Lo cual no quiere decir que juzgue a esa persona.

Si me la encuentro por la calle, le diré:

—Mira, tú eres muy buena persona, yo te quiero mucho, te respeto mucho. Pero, majo, lo que has hecho, tu comportamiento ético, seguro que es comportamiento, pero seguro que no es ético. Y no es ético porque no casa con lo que nos dice la ética, que es eso que los hombres llevamos dentro y nos hace distinguir lo bueno de lo malo.

Esta última definición de ética es mía, no de la Real Academia.

Como mi amigo de San Quirico es un hombre inteligente, igual me dice:

—Sí, pero hay muchas cosas que no están tan claras como eso que has leído en los periódicos. Hay cosas blancas, negras y grises.

Sí, eso es verdad. Pero no es verdad que todo es gris. No es verdad que todo vale. Porque hay algunas cosas que nunca valen y otras que siempre valen. Hay mucha gente que hace —que hacemos— algunas —o muchas— cosas mal. Se dice que eso es «lo normal». Pero como ya he dicho en ocasiones anteriores, no podemos confundir lo normal con lo frecuente. A lo sumo, será anormalmente frecuente.

Hace falta una cruzada de decencia. Ya sé que lo de «cruzada» ahora suena mal, pero es que las cosas han sido tan feas que «cruzada» me parece un nombre delicado y amable. Quizá se debería llamar «cruzadón».

Hace falta eso porque hay que convencer a la gente de que no vale todo, de que en la empresa, como en la familia, como en las relaciones sociales, hay que ser decentes, hay que respetar a los demás y hay que respetarse a uno mismo.

¿Decidimos ser decentes? ¿Lo decidimos tú y yo? Porque si tú y yo decidimos ser buena gente, habrá un par de sinvergüenzas menos. Si tú y yo esperamos que los demás empiecen, puede que no comience nadie. No sería la primera vez.

* * *

Luis me presenta a su hija. Es una niña de unos trece años, guapa, con muy buena pinta. Le da vergüenza saludarme. Su padre le dice:

—¡Mírale a los ojos!

Me parece todo un tratado de buena educación. Entiendo que «mirar a los ojos» quiere decir muchas cosas: no ocultarse, ser sincero, actuar con nobleza, sin doblez, aquello del «sea vuestro sí, sí. Sea vuestro no, no», que se le ocurrió decir a un apóstol al que, por cierto, le cortaron poco después la cabeza.

Esto de saber hablar, de saber escuchar, de dar la oportunidad de que hablen los otros —aun los más opuestos a nuestra manera de pensar— se ha dicho siempre que es propio de naciones adelantadas. He oído con frecuencia que en los países latinos es de otra manera. Que aquí gritamos, discutimos, opinamos..., pero, fundamentalmente, no escuchamos. Queremos soltar nuestro rollo, si es posible sin mirar al vecino, porque lo hacemos delante de un micrófono, y así nos quedamos muy tranquilos y nuestros amiguetes nos aplauden, como si dijeran: «Ole, mi niño, le ha dejado planchado al otro».

Hay que globalizar la decencia y repetirlo muchas veces y, además, ser decentes.

* * *

¿CUÁNDO EMPEZAR?

Me preguntan que a qué edad hay que empezar con eso de la buena educación y de la decencia. Y digo que hay que empezar cuando el chavalín empieza a hablar, porque a esa edad hay que enseñarle a dar gracias cuando le das un vaso de agua.

Tenemos que enseñar a nuestros hijos que hay que ser nobles y leales. Que tienen que ser personas de fiar. Que no es verdad que una cosa mala se convierta en buena porque la hagan muchos. Lo digo otra vez: es fundamental saber que una cosa anormal hecha por mucha gente no se convierte nunca en normal, sino en anormalmente frecuente.

Tienen que aprender que hay cosas que están bien y cosas que están mal. Que no es verdad que todo es opinable, porque hay algunas cosas —no muchas— que no son opinables.

Que estamos fabricando niños blandengues, egoístas, mentirosetes, que no sirven para nada. Y así, no se va a ninguna parte. Mejor dicho, sí se va. Mejor dicho: nos llevan ellos —esos «ellos» deben de ser esos a los que la gente llama «estos»—.

Todos necesitamos de vez en cuando algo que nos ayude a parar y que nos ponga en orden internamente cuando patinamos de mala manera, o cuando hayamos decidido jugar al «todo vale», sabiendo que si todo vale, vale todo, con la condición de que el día que nos pase algo no nos quejemos, porque jugábamos a eso.

O sea, que hay que educar a los padres. Pues ¡menuda revolución civil vamos a montar! Pero como dicen en mi tierra, «no hay otra». Ya podemos hacer Planes de Educación, ya podemos poner máquinas de preservativos en los colegios, ya podemos regalar suscripciones de periódicos a los chicos, que si en casa no les educamos, los chavales saldrán de los colegios con una deformación grave pensando que su objetivo en la vida es ser animalitos sanos, que cuando les falle el preservativo ya abortarán —total, ya lo hacen muchas— y que papá Estado, mamá Autonomía y la abuelita Ayuntamiento ya les arreglarán las cosas cuando sean mayores. Y si no se las arreglan, se amenaza con una huelga general y ya está.

Sabemos que los sinvergüenzas no desaparecerán. Que ya firmaría por que hubiera unos pocos menos. Pero que, en general, haber vivido estos años pasados con ese escaparate tan espectacular de indecencia pública va a ser bueno. «En general» quiere decir para la gente normal, esa que se da cuenta de que lo de «todo vale» no es verdad y que el «todo vale» nos ha llevado a esta situación y que no puede ser que eduquemos a nuestros hijos en el «todo vale», porque van a ser unos desgraciados. Quizá con mucho dinero, pero desgraciados. Porque con mucho dinero se puede ser muy desgraciado. Yo conozco a más de uno, que, muy triunfador muy triunfador, pero me da pena porque, como dice un amigo mío, «es tan pobre que solo tiene dinero».

Que dentro de la seriedad hay que tomarse en serio lo de la honradez porque, o estamos en un mundo de golfos/pillos/sinvergüenzas o es que todos los que hay se han puesto de acuerdo para salir en los periódicos a la vez. Y corremos el peligro de pensar que siempre el otro es el peor y que yo, humilde trabajador, soy una flor de loto en un lodazal.

Pues, mira, no. Flores de loto no hay demasiadas. Y a las que hay, no les va mal, de vez en cuando, un buen lavado y un buen fregado, porque si no se mustiarán y, como dicen en mi tierra, se pocharán.

Necesitamos que venga alguien a recordarnos cosas. Ahora, con Google, tenemos todo lo que buscamos, pero como con frecuencia no buscamos lo que hay que buscar, pues no lo encontramos.

Así que apostar por la decencia es algo que me dice que seré más persona si no robo, si no mato, si no me dedico a corromper a los niños, porque corromper es enseñarles que lo malo es bueno y lo bueno, malo.

De esta forma el mundo se arreglará cuando los mundanos —o sea, los que vivimos en el mundo— decidamos jugar en serio a no jorobar al prójimo y a no hacer daño al primero que pase, porque para eso somos libres, para fastidiar.

Y eso no se arregla como dijo una señora en una entrevista que leí en un periódico: «No espere de nadie que sea ético: exíjaselo por contrato». Pero creo que lo que va por dentro —la honradez, la no honradez, la vergüenza, la falta de vergüenza— no se arregla con un contrato.

Si soy sinvergüenza y firmo un contrato por el que me comprometo a tener un comportamiento decente, no se preocupe, señora, que seguiré siendo sinvergüenza, ahora con contrato. Y como, además de sinvergüenza seré avisado, no me cazarán usted. Y para cuando me cace, que me quiten lo *bailao*, porque lo *bailao* estará en las Caimán.

HAY QUE ARREGLAR EL MUNDO

Hay que arreglar el mundo. Pero no «además de» nuestro trabajo, sino «por medio de» nuestro trabajo y de nuestra vida normalita. Es decir: no se trata de trabajar y, a la salida, decir «me voy a arreglar el mundo», porque a esas horas te coge cansado y piensas: «Me voy a casa; del mundo me ocuparé mañana».

Hemos de trabajar, de vivir, de estar con la familia, de estar con la gente, de tal manera que de nosotros se diga que este trocito de mundo que soy yo funciona bien y que la persona que ocupa ese trocito de mundo, es fiable. Sin contrato, es decir, de verdad.

La labor es ingente, o sea, muy gorda. Porque ha habido —y sigue habiendo— una oleada sucia de sinvergonzonería que casi nos arrolla. Y lo que no es admisible es pensar que como hay ola, me incorporo a ella, que esto del surf me gusta. Hay que hacer surf al revés, vamos, hacia dentro del agua, lo que debe ser muy difícil. Pero si no decimos estas cosas, estamos timando a la gente. A veces, engañándola con buena voluntad. Pero engañándola.

La cosa va por dentro. ¡A ver si nos enteramos! Porque se nos ha ocurrido que a base de leyes, decretos y cosas así mejoraremos a la gente. Y lo único que hemos conseguido es que no fumen. Hemos descubierto, por tanto, que:

- Meter la mano en la caja ajena y llevarse el dinero está mal.
- Y que buscar niños para hacer porquerías con esos pobres chavales está mal.
- Y que ser trepa está mal (antes no se decía «trepa», pero la idea sirve).
- Y que ayudar a los demás está bien.
- Y que dejar abandonado al abuelo en una estación de servicio está mal.
- Y que enriquecerse hundiendo al prójimo está feo.

Y se les ha olvidado. Ya sé que la vida es dura y que cuando hay necesidad se echa mano del primer euro que pasa por delante de ti y que a veces se te olvida —acuciado por el hambre, sin duda— que ese euro no es tuyo.

Y cuando ya has saciado el hambre te apetecen otras cosas. Te puede apetecer un coche sensacional o la secretaria del vecino, que tampoco está mal. Y como tienes dinerete suelto y cierto prestigio —los cursis te dirán que eres un *winner*—, pues te lo crees y a por el coche y a por la secretaria.

Y para esto no hace falta ser el director general del FMI. A veces basta con ser directivo del club de fútbol de tu barrio para pensar que eres el más guapo, el más listo y el más *sexy* de la localidad, y que adónde vas tú con esa mujer que tienes, habiendo tantas de mucha más clase en tu barrio —los hombres/las mujeres somos así de idiotas—.

No tendremos que poner de modelos para la juventud a personas que no lo son, aunque esos supuestos modelos se lo crean y la gente se lo repita muchas veces.

LA DECENCIA SE VIVE EN CASA

La decencia se vive en casa, lo digo en todas las conferencias que doy sobre la familia. Bueno, y en las de economía también. Porque es una verdad como un templo. Se es buena persona cuando te lo han inculcado desde pequeño tus padres con su empeño, su ejemplo y su dedicación.

Los padres de familia son los responsables de sus hijos. Que no piensen que en el colegio se arregla todo. No se arregla nada si los padres lo estropeamos en casa.

Y, por favor, que nos den libertad a los padres para que llevemos a nuestros hijos al colegio que nos dé la gana. El que quiera que sus hijos sean comunistas, a un colegio que tenga una bandera roja con la hoz y el martillo. Y si, con esa bandera, lo quieren mixto, allá ellos. Y si lo quieren con educación diferenciada —chicos por un lado, chicas por otro— allá ellos. El que prefiera que sus hijos no sean comunistas, lo mismo.

Y si esto, además, lo combinamos con grandes dosis de libertad individual, será la repanocha. Esto de la libertad les molesta a bastantes. No sé por qué, pero les molesta. Debe ser eso que leí hace poco de que todos los hombres llevamos un caudillo totalitario en el interior.

Hay mucho trabajo, pero que mucho. Y esto, como he dicho antes, o se empieza en la familia o no hay solución. Lo de los códigos éticos es un cuento. El código ético le trae sin cuidado al sinvergüenza que se parte de risa mientras lo presenta ante la prensa.

Con un código ético un sinvergüenza se vuelve un «convergüenza», en vez de darse cuenta de que se convierte en un sinvergüenza con código ético, que es distinto.

Y la ética y la moral —a las que yo llamo «decencia» para que a la gente no le chirrien ni me digan si mi ética es tal o si creo en la pascual— son dos elementos que hay que saber definir de carrerilla, como se sabe uno del Barça las *champions* de Messi o uno del Madrid los peinados de Cristiano —del Zaragoza no digo nada porque no pueden presumir ni de una cosa... ni de la otra—.

La ética es «la parte de la filosofía que trata de la moral y de las obligaciones del hombre». La moral hace referencia a «las acciones de las personas, desde el punto de vista de la bondad o de la malicia».

Y para que se enterasen también de que el que no tiene ética es por una de dos razones:

- Porque en su casa, sus padres, con su manera de ser y de vivir, no se la enseñaron.
- O porque se la enseñaron y él, con su manera de vivir, la olvidó.

Y esa persona sin ética, cuando recibe un código ético, lo único que piensa es que le gusta porque está encuadrado en piel; o no le gusta si está en una vulgar carpetilla de plástico.

EL MORAL HAZARD

Una vez más, he decidido poner en orden la mesa de mi despacho, que es una mesa pequeña, que compensa su pequeñez con mi desorden. Como me ha entrado la «neura» del despacho sin papeles, procuro romper todos los que tengo, pero siempre queda alguno.

Y en una de estas he encontrado un recorte de periódico en el que se hablaba que aquellos que provocaron —por no decir que organizaron— la gran estafa de la crisis e incurrieron en una acción de *moral hazard*. Los que pensamos en inglés llamamos lo *moral hazard*, los que piensan en español le llaman «riesgo moral», y los que quieren que se les entienda dicen que es lo que pasa cuando haces un chanchullo tan gordo, tan gordo, que estás seguro de que vendrán a rescatarte, porque, si no, el tinglado se va a la porra —los de Harvard le llamamos a esto *too big to fail*, o sea, que si se hunde, nos hundimos todos—. Con lo cual, vete a pedirles prudencia a estos chavales, que saben que dan volteretas en el aire, saltando de trapecio en trapecio, pero con red. Y que esa red la pagamos los de siempre, frase que me molesta mucho cuando la oigo, pero que, a veces, es verdad.

Pues estos chicos, además, presumen.

Y es que cuando se roba, para que te lo perdonen, hay que restituir. Por lo menos eso es lo que decía el catecismo Astete Vilariño, que yo estudiaba en los jesuitas de Zaragoza. Y si el Astete lo decía, estoy seguro de que todos, todos, todos, han devuelto lo que, por un descuido momentáneo, se llevaron.

Porque a la gente le asalta una duda que muy bien se materializó en una pregunta que me hicieron en una conferencia. A la hora del coloquio, se levantó un chaval, majó, con buena pinta. Agarró el micrófono y me preguntó:

—¿Cómo se puede ser bueno y no ser tonto en un mundo corrompido?

¡Toma castaña! Porque en los coloquios se supone que hay que contestar sobre la marcha y que no puedes decirle a ese chico que ya me lo pensaré y de aquí a un mes te contesto. Y, por supuesto, no le puedo decir que le contestaré de aquí a un mes *aprox*, porque esto de las imprecisiones me repugna, o sea, «me causa aversión o asco». En mi caso, las dos cosas.

Salí de la pregunta más o menos bien —o sea, bien *aprox*—, pero por la noche, en la cena que tuve con los organizadores, tuve la suerte de que me pusieran en frente de uno que tenía las ideas claras y que, además, estaba dispuesto a aclararme las mías, lo que siempre es de agradecer.

Me dijo que el chaval no había preguntado cómo conciliar ser bueno con ser rico, sino ser bueno y no ser tonto. Y que eso le hacía ver que aquel chico estaba preocupado por ser bueno, no por ser rico. Que lo de rico venía por otro lado: por trabajar muy bien, por tener un producto fenomenal, por dar un servicio espléndido..., y que no venía por engañar al prójimo miserablemente, por soltar discursos falsos, por estafar a todo el que pasara por la acera... Porque así podías ser rico, pero no bueno.

—Y yo —me decía mi compañero de cena— prefiero que en la lápida del cementerio me pongan «buena persona que sobrevivió dignamente» que «canalla que se hizo rico».

Y añadió:

—Manías que tengo.

Y para responder a esa pregunta hay que darle muchas vueltas al tarro. A veces empiezo a pensar una cosa, luego me voy por las ramas, después por otras ramas y, al final, acabo diciendo aquello de «¿a qué venía todo esto?».

Mi mujer suele contar cosas de su abuela. Parece que un día aquella señora, a sus noventa años bien cumplidos, hablaba con otra señora, más o menos de la misma quinta. La otra señora se llamaba Santos —por aquello de que cada uno se llama como quiere—. Las dos eran bastante sordas. De vez en cuando, en plena conversación, se callaban las dos. Al cabo de un rato la abuela de mi mujer decía:

—Santos, ¿de qué estábamos hablando?

Y la buena de doña Santos contestaba:

—¡Y yo qué sé, hija mía!

Y seguían felices.

Ya me he ido por las ramas. Pero las ramas, en esta ocasión, me llevan a otra pregunta de la que he hablado en otros libros pero considero muy necesaria en este punto del tema, pregunta que me hicieron en otra conferencia: ¿cómo se globaliza la ética?

Cuestión llena de sentido común, porque si hemos globalizado la falta de ética y nos hemos dado cuenta de que eso nos ha llevado a la situación actual y vemos que, o nos volvemos éticos o no hay nada que hacer, será que hace falta globalizar la ética.

El tema parece que es difícil, porque todos sabemos que es más cómodo ir cuesta abajo que cuesta arriba. Y, además, hemos ido cuesta abajo a una velocidad tan grande que para frenar y dar marcha atrás y subir lo que hemos bajado hace falta mucho esfuerzo. Y muchas ganas.

Oigo hablar de ética, de moral, de decencia, y pienso que todo es lo mismo y que utilizamos cada palabra según nos venga a la cabeza. Como a mí me gusta mucho el Diccionario de la Real Academia Española, quiero completar la definición que he puesto antes con otros significados más. El Diccionario también dice que «ética» es una cosa «recta, conforme a la moral». Moral es la «ciencia que trata del bien en general». Y de paso busco «decencia»: «Dignidad en los actos y en las palabras».

Es decir, que, cuando dicen que falta ética, quieren decir que no se hacen cosas rectas, conformes a la moral, o sea, que se ignora o se desprecia —más bien esto último— el bien en general y que de la dignidad no se preocupa nadie.

Y si a eso le unes lo de la bondad o malicia de las acciones, entiendes que lo que se ha globalizado es un cisco y que, o nos enteramos de eso, o nos pasaremos la vida discutiendo sobre si lo bueno es la austeridad o el crecimiento y si el BCE tiene que fabricar euros y, en caso afirmativo, cuántos —respuesta fácil: un montón—.

Pero, claro, pienso yo: si hablamos de las acciones humanas en cuanto a su bondad o a su malicia, quiere decir que hay humanos que hacen acciones, unas buenas y otras

malas. Y los humanos somos señores/as individuales, con lo que lo de la globalización de la ética puede entenderse mal.

Porque hay que darse cuenta de que la globalización es el resultado de muchas acciones individuales. Lo que pasa es que, como las comunicaciones están como están, o sea, muy bien, y como todos nos enteramos a la vez de lo que hacemos todos, pues o cada uno de los «todos» se comporta decentemente o ya te puedes ir olvidando, majo, de lo de la globalización de la ética.

Y si te olvidas de eso, también de las soluciones técnicas, porque las soluciones técnicas, llevadas a cabo por sinvergüenzas, resultan: «sinvergonzadas». Muy técnicas y muy glamurosas. Pero sinvergonzadas.

Nos metemos mucho con las entidades financieras —yo, el primero—. Nos metemos con la clase política —yo, el primero—. Nos metemos con las patronales, con los sindicatos, con los equipos de fútbol. Y quizá, nos olvidamos —yo, el primero— de que todas esas cosas no existen. Lo que existen son las personas, que, en unos casos, se han reunido para hacer un banco y, en otros, para hacer el Alcoyano —equipo al que le tenía mucha simpatía y al que ahora le tengo más, porque un día conocí al presidente y al vicepresidente, que son majísimos—.

O sea, que esto es difícil. Y que en este tramo horizontal en el que estamos después de la caída, que está siendo largo, duro y doloroso, pero que tenemos que convertir en apasionante, o empezamos a ver cada uno cómo andamos de decencia o, chico, no hay nada que hacer, a pesar de lo que digan los poderosos —que, por cierto, nunca he sabido muy bien quiénes son—.

Sigo diciendo que hay que hacer la revolución civil. Pero esa empieza dentro de cada uno. Y si pienso que da lo mismo decir blanco que negro, jurar que es de día siendo de noche y mentir con toda la paz del mundo, mientras meto la mano en la caja ajena con gran naturalidad, señores, no hay solución.

Y, por eso, si no estamos decididos a hacer lo que los sofisticados llaman «la regeneración moral» y que consiste solo en que cada uno intente distinguir el bien del mal y, como consecuencia, se esfuerce por hacer el bien, que no me vuelvan a preguntar cuándo se acabará esto. Porque tengo la respuesta clarísima: NUNCA.

No estaría mal que mi querida Angela Merkel nos regalara a cada español un espejico para que nos pudiéramos contemplar con detenimiento y, mirándonos a los ojos, decidir de verdad si somos decentes, éticos, morales o francamente mejorables en los tres campos, que son el mismo. Es posible que no estemos en condiciones de comprar —y pagar— millones de espejos para cada español —y cada europeo—. Pero doña Angela, las prioridades son las prioridades y la decencia no es discutible.

EL PUDOR Y EL PUDOR

Leo en *Time* que el 24 por 100 de los ejecutivos de Wall Street consideran que una conducta ilegal o no ética puede ser necesaria para tener éxito en las finanzas. O sea, que cuando paseas por Wall Street y te quedas admirado de esos mozos/as tan majos, tan másteres ellos y tan guapos ellos, uno de cada cuatro es un chorizo.

Como cuando estaba escribiendo el libro era verano, prefiero pensar que tres de cada cuatro son honrados. Y pienso que estos señores —los honrados— tienen una gran responsabilidad en la sociedad. Y como no quiero quedarme en teorías generalistas, que me encantan, porque dices unas cuantas frases sin sentido, pones cara seria y quedas bien, he decidido escribir tres cosas que tienen que hacer esos señores, a quienes, a partir de ahora, llamare así, «señores», para distinguirlos del 24 por 100:

- Con su trabajo normal y su competencia, estos señores tienen que demostrar que, para triunfar, no hace falta apuntarse a la camorra. Que se puede triunfar sin hacer daño al prójimo.
- A estos señores les pido que trabajen duro, para que el 24 por 100 se hunda. Ya sé que está mal desear que alguien se hunda, pero este es un caso de legítima defensa.
- A estos señores les pido que retiren sus subvenciones a las Escuelas de Negocios donde esta gentuza haya hecho un máster. Ya sé que de la mejor Escuela de Negocios del mundo puede salir algún pajarraco. Si es uno, considéralo un accidente. Si son dos, dos accidentes. Si son tres, quítenles la subvención, vayan a ver al decano de la Escuela y explíquenle cuidadosamente por qué se ha quedado sin dinero. Y díganle que procuren que sus amigos hagan lo mismo. Y que el día en el que esa Escuela se hunda, que no digan que es por la crisis. Que es porque fabrican productos de mala calidad.

El Diccionario de la Real Academia Española define el pudor como «honestidad, modestia, recato». Y también como «mal olor, hedor». Por aquello de que los extremos se tocan, estoy viendo casos —muchos, muchísimos— de falta de pudor en el primer sentido y de sobra de pudor en el segundo.

No soy quién para acusar a nadie de falta de honestidad, pero sí de falta de recato, como me parece falta de recato cuando alguien sale en la tele y nos cuenta qué le pasó con su mujer o con la amiga de su mujer o con aquel chico que era muy majo, pero que, en sus ratos libres, metía la mano en la caja del Ayuntamiento, porque para eso era alcalde. Y con quién se acostaba cada uno y cada una.

A veces, pienso que la falta de recato es consecuencia de eso que nos ha dado por llamar «autenticidad», o sea, que cada uno hace lo que le apetece, y, además, lo cuenta, porque uno es así de auténtico. Con este significado, por cierto falso, de la autenticidad, resulta que cuanto más dura tienes la cara, más auténtico eres. Y de ahí a la falta de recato va un nanomilímetro, que me parece que es algo muy pequeño, si es que existe.

BUENOS Y MALOS

Desayuno con mi amigo de San Quirico. Hace tiempo que no nos veíamos. Hablamos de todo —hoy no tiene mérito hablar de todo, porque ¡cuidado que hay cosas!—. Me habla de una persona a la que los dos conocemos. Es un personaje extraño, que se cree genial, raro, de los que gozan cuando encuentran fallos para poder echar una bronca, de los que creen que dirigir es vigilar, de los del «piensa mal y acertarás». Le digo a mi amigo:

—¡Pobre hombre, está loco!

Me mira muy serio y asegura:

—¡No seas ingenuo! ¡No está loco, es malo!

De verdad, siempre que había visto a alguien hacer cosas mal hechas había pensado que estaba loco. Otras veces había creído que era bobo por meterse en semejantes tinglados. Pero lo de «malo» no lo había considerado.

Cuando mi amigo me dice eso, recuerdo que en una contra de *La Vanguardia* entrevistaron a un señor —me parece que psiquiatra—, que opinaba algo así como que no hay derecho a que cuando alguien hace algo malo se diga de él que está loco. Venía a decir que el loco hace locuras y el malo, maldades, que es una cosa muy distinta.

En casa siempre hemos coleccionado todo: sellos, latas, botellas de cerveza, corchos, robots, sobres de azúcar, botijos, ceniceros robados... También, chapas de botella. Me regalaron hace poco una cerveza que no tenía —con tantas colecciones es facilísimo hacer regalos en mi familia. Cuando vuelvo de viaje le traigo a mi mujer dos sobres de azúcar, después de haber puesto el azúcar en el azucarero porque en casa todo se aprovecha, y da saltos de alegría—. Pues en la chapa había una palabra en mayúsculas: *ROGUE*. Voy a mi diccionario inglés y encuentro que *rogue* significa «pícaro, pillo». Lo bueno es lo que habían puesto alrededor de esa palabra: «*Dedicated to the rogue in each of us*». O sea, «Dedicado al pillo que todos llevamos dentro». Al pillo, al pícaro, al sinvergüencilla, al sinvergonzón.

Incluso al malo. Porque desde el desayuno con mi amigo de San Quirico leo mis dos periódicos con otro criterio. Y descubro gente mala.

Para los católicos esto no es extraño, porque sabemos lo del pecado original. Adán y Eva eran unos tíos majísimos, pero Eva se comió la manzana y ahí se estropeó todo, y nuestra naturaleza quedó tocada y nos sucede eso que dice otro amigo mío: que no sabe qué le pasa, pero que todo lo que le gusta o es pecado o engorda.

Soy patrono de la Fundación Alia2, dedicada a la lucha contra la pornografía infantil en Internet. Los policías y los guardias civiles que utilizan el *software* que les proporciona la Fundación nos cuentan unas cosas que hacen que se nos pongan los pelos de punta. Y ahora me he enterado de que esa gentuza que hace esas cosas no está loca, no. Son malos. Comparados con Hitler y Stalin, no sé quién es peor.

Gracias a Dios, también en el mundo hay personas buenas. Muchas. Quizá, menos «espectaculares». Hará un tiempo estuve en la presentación del proyecto «Como en casa», de la Fundación Miguel Gil Moreno —Miguel era fotógrafo de guerra, muy amigo

de mis hijos, que murió asesinado en Sierra Leona—. Estas personas ayudan a familias de clase media que lo están pasando mal. Antes se llamaban «pobres vergonzantes». Queda mejor decirlo de otra manera, pero la situación es la misma. Son familias con un cierto nivel social que, de repente, por la maldita crisis y por los malditos malos que han hecho toda clase de canalladas, se han quedado sin poder comer.

La Fundación les hace la compra, la paga y hace que se la envíen. De modo que cuando llega la comida a casa nadie sabe que aquello es una ayuda. Hasta el portero piensa que los señores del cuarto derecha han vuelto a hacer la compra en El Corte Inglés.

Pero los malos son más espectaculares y da la impresión de que la gentuza ha salido a la calle. No digo que han salido del armario por no insultar a los que han salido del armario por otras razones.

La gentuza está amparada por un absoluto desconocimiento de lo que hacían, por parte de sus jefes. Nadie sabía nada de lo malos que eran. Como si la estructura de esa organización —política, social, económica— estuviera formada por ángeles buenos, buenísimos, bastante tontitos, que con las alas se tapan los ojos para no ver las charranadas que hacen los malos, malísimos; charranadas, por cierto, de las que los angelitos, con mucha frecuencia, también se aprovechan.

Cuando digo buenos quiero decir gente limpia, noble, que sabe que lo que está bien, está bien y lo que está mal, está mal. ¡Casi nada! Y como ya he dicho unas páginas atrás, esto se aprende en la familia.

Es posible que los malos también aprendieran cosas buenas en sus familias. Pero algo pasó y se convirtieron en gentuza. A ver si hay suerte y se acuerdan de lo que les enseñó su mamá, que era una santa.

EL DOCTOR HOUSE Y LOS EJES DEL MUNDO

«¿Ha oído eso de que no se puede vivir sin amor? Pues el dinero es más importante». «Todo el mundo miente». Quizá estas dos —junto a la de «no es lupus»— sean las más populares frases del doctor House, un médico de un serie de la tele que es famoso por ser un genio con mal genio, que cura a los pacientes, a veces muy a su pesar. No lo suelo ver pero mi mujer sí, y alguna vez que me he sentado con ella a verlo me ha llamado la atención por este tipo de frases.

Y me da miedo que nos creamos las dos cosas. Ya sé que hay que decir que el peligro está en que se las crean nuestros hijos/nietos, pero me parece más peligroso que me las crea yo, y gente como yo, porque si nos las creemos, actuaremos así, nuestros hijos/nietos se lo creerán y el salvaje Oeste será una playa idílica comparada con lo que va a ocurrir. —Me parece que me he equivocado. Debe ser culpa del iPad. Tenía que haber puesto «con lo que ocurre hoy» en vez de referirme a «lo que va a ocurrir»—.

Hemos montado un mundo que gira alrededor de varios ejes a la vez. Esto, en una esfera, es difícil, porque si gira hacia la derecha y hacia abajo, y, a la vez, un poco a la izquierda y otro poco hacia arriba, se oirá un chasquido y algo se romperá.

En el mundo pasa lo mismo, porque es una esfera, a pesar de lo que decía un amigo mío cuando salía a pasear de noche por el monte: que se veía claramente que era plano. Pues no. Es una esfera, que, estos momentos, está girando alrededor de varios ejes:

- El poder.
- El dinero.
- La codicia por el poder y el dinero, que hace que, cuando tengo poder, quiera más y cuando tengo dinero quiera más y así tendré más poder y luego más dinero y luego más poder, hasta conseguir ser, de aquí a unos años, el más poderoso y rico del cementerio, mientras mis herederos llenan las páginas de sucesos de los periódicos.
- La mentira como instrumento de la codicia.
- La desfachatez, que se puede definir también como la estupidez al cuadrado, pensando que, como soy auténtico y creo que tengo las espaldas cubiertas, hago lo que me conviene y, además, impunemente, mirando por encima del hombro a los otros porque, pobres mortales, no son capaces de abrirse camino en la vida como yo lo hago (a machetazos).

No he puesto el sexo porque creo que es una consecuencia de todo lo anterior, aunque, a veces, ves gente que está *obsexionada* —con x— y que actúan como si, al morir Franco y desaparecer la censura franquista, hubiesen descubierto que los niños no vienen de París. Y lo tienen que contar a todo el mundo, sin duda para contribuir a erradicar la ignorancia.

Puede ser, por tanto, que hayamos topado con la globalización de la indecencia. ¿Cómo se producen las crisis de decencia? Por actos indecentes de muchas personas. ¿Y

cómo se arreglan? Por actos decentes de muchas personas.

YO YA ME DEFINÍ

Suele ocurrir. Escribes de algo y alguien se queja de que no lo haces de otra cosa. Y no se dan cuenta de que no escribes de eso porque no sabes, porque te da pereza o porque piensas que te puedes meter en un huerto. Te obligan, eso sí, a definirte de forma inequívoca en muchos temas, también personales, de moral, sociales...

El 13 de septiembre de 1933 me bautizaron. Por tanto, me definí en muchísimas cosas. Yo no me enteré. Luego, sí, y me di cuenta de que esto de ser católico tiene sus ventajas y sus inconvenientes.

Una de las desventajas es que, si eres católico, hay que serlo *full-time*. No tengo datos a mano, pero me parece que fue Lenin el que dijo que no quería comunistas de fin de semana, que los quería a tiempo completo. Pues, salvando las distancias, con el catolicismo pasa lo mismo.

Y otra desventaja es que tienes que saber qué quiere decir ser católico. Salvando otra vez las distancias, es como ser socio del Barça, que como es más que un club te hace actuar de una manera concreta: hay que odiar al Madrid, hay que decir que hace sesenta y tres años nos robaron a Di Stéfano, hay que saber cantar que *tot el camp es un clam* y cosas así.

«Soy un católico no practicante», cosa que, con todo respeto, me parece absurda, porque, o juegas al fútbol, con todas sus consecuencias —copas ganadas, copas perdidas y algún tobillo roto— o toreas, con todas sus consecuencias —orejas cortadas, salidas en hombros, cogidas o broncas si lo haces mal—. Y si eres un futbolista no practicante y los días de partido te vas a Las Ventas a torear, no eres futbolista. Eres torero.

Y creo que hay que formarse en la moral, hay que entender cómo funciona el mundo, por qué el bien es necesario y el mal hay que frenarlo. Es más fácil estudiar algo que ser algo. Estudiando se aprenden cosas. Para ser buenas personas, el esfuerzo debe ser muchísimo mayor. En algunas ocasiones da la impresión de que algunos han llegado tarde. Y de que, en el camino, algo les ha pasado que les ha dejado moralmente lisiados para toda su vida.

Porque hay cosas que están bien y cosas que están mal. Un señor que maltrata o mata a su mujer está haciendo algo que, objetivamente, está mal. No por una convención social, no porque se haya votado en el Congreso. No porque matar no sea legal. No. Está mal y punto. Y el día en que nos digan que está bien por una convención social o por una votación en la que los partidarios de matar a mujeres sean mayoría o porque el correspondiente ministro de Justicia —que está hasta el gorro— haya visto una buena ocasión para colar el tema en el anteproyecto de ley, ese día también estará mal. Objetivamente.

Recuerdo un chiste de Mingote, de hace muchos años. Decía algo así como: «Desengáñese, doña Eugenia, al cielo iremos los de siempre». Pues eso.

3

SOBRE LA DECENCIA. YO DE MAYOR QUIERO SER LUIS MIGUEL DOMINGUÍN

Vuelvo a desayunar con mi vecino de San Quirico. Esto de tener un libro por escribir hace que quede mucho con él para ver si me da pistas sobre cómo continuar la historia. Me dice, en voz muy baja, que a él le gustan los toros. Y le brillan los ojos cuando le digo que a mí también. Y mucho. Y, como si me hubieran dado cuerda, le cuento lo que me pasó en un ascensor, en Bilbao, en el hotel Carlton, hace años.

Allí me encontré con Luis Miguel Dominguín. Para los que no sepan quién era, diré que fue un gran torero. Es posible que ahora solo se le recuerde por ser el padre de Miguel Bosé. Pero entonces, el famoso era él.

Muy polémico, con muy buena pinta, se había casado con una actriz italiana que a mí me gustaba mucho y había organizado un lío enorme, levantando el índice en una plaza de toros para que la gente supiera que era el número uno.

Mi relación con él se redujo a una noche en la que Luis Miguel, acompañado de su cuadrilla, subía a su habitación en el mismo ascensor que yo.

Había sufrido una cogida el día anterior. Iba renqueando. El ascensor del Carlton, entonces, era de aquellos antiguos que tenían asiento. Debía de ser porque eran muy lentos y se podía echar una cabezada mientras llegabas a tu piso.

Entró Luis Miguel y se sentó en el banco. Estaba muy pálido y con muy mala cara. Cansadísimo. Uno de los de la cuadrilla le dijo:

—Maestro, ¿por qué no suspende la corrida de mañana?

Y él, en un susurro, respondió, mirando al suelo:

—El público.

Me quedé impresionado. Luis Miguel no necesitaba para nada torear el día siguiente. Tenía dinero de sobra y la excusa —que no era excusa, porque yo lo vi— era muy fácil. Bastaba con un certificado médico que dijera: «El diestro Luis Miguel Dominguín está hecho polvo y no puede torear». Yo hubiera firmado como testigo.

Llegué a mi piso y salí del ascensor. Allí se quedó él, mirando al suelo.

A veces, con las personas con las que hablo, o cuando veo cómo funcionan las familias y el poco ejemplo que dan, o en las empresas con las que tengo relación, me acuerdo de Luis Miguel, como ejemplo de responsabilidad: «El público...».

Cuando veo a gente que cumple con sus compromisos, tomándoselos a pecho, aunque tenga las cervicales un poco cascadas por culpa del ordenador, pienso: «Como Luis Miguel».

Cuando veo otros que, sin pegar ni brote, ponen cara de que hacen muchas cosas, y hacen muchas declaraciones, vacías de contenido, como es natural, pienso: «Si Luis Miguel levantara la cabeza...».

Y así me manejo. Y de ahí deduzco cosas:

- Deduzco que cualquiera que cumpla con su deber, aunque sea de una manera callada, hecho cisco y mirando al suelo, da un ejemplo fenomenal y ayuda a los demás, porque, sin darse cuenta, les está enseñando cómo hacer las cosas bien.
- Deduzco que para enseñar hay que hablar poco y hacer mucho.
- Ya sé que no hay nadie imprescindible, pero he llegado a la conclusión de que todos somos imprescindibles. Aquel día podía haber toreado otro, pero Luis Miguel era Luis Miguel y «el público» quería que toreara él. Como tú eres quien eres y yo soy quien soy. Irrepetibles.
- Nunca he creído que las personas seamos unidades intercambiables. Lo que hace este no lo puede hacer aquel mañana. No, porque este es una persona que se aporta a sí mismo, aun en el trabajo más mecánico y más rutinario.
- Creo que ese trabajo, oficialmente «pobretón», se convierte, como dice mi consuegra, en un «trabajazo», según cómo sea la persona y el cariño que ponga en él.

Acabamos de desayunar. La botella de vino se había acabado y el bocadillo de jamón ibérico, también. Pedimos café.

Y yo, como ya había soltado mi rollo, lanzado, le confesé a mi amigo de San Quirico:

—Además de los toros, me gusta mucho el boxeo.

Y él, mirando alrededor, me dijo:

—Calla, que te pueden oír —y añadió—: No habrás ido en un ascensor con un boxeador, ¿verdad?

* * *

Luis Miguel toreó al día siguiente y el toro le volvió a coger. Esta vez, la cogida fue más grave. Aquel día me di cuenta de que Luis Miguel, de verdad, era el número uno.

4

YO DE MAYOR QUIERO SER UN JOVEN EMPRENDEDOR (O UN VIEJO EMPRESARIO)

Está de moda lo de emprender. Está de moda ser emprendedor. A veces no se cuenta la historia completa —que para emprender se tiene que echar más horas que nunca— y da la sensación de que se usa la palabra «emprendedor» para no decir empresario, que un sector de la sociedad ha establecido que es algo malo.

Yo quiero ser un joven empresario. O sea, quiero jugarme mi dinero —y el dinero de mis socios si los tengo— para hacer negocio, crear empleo y beneficiar a la sociedad.

Para ser empresario hay que renunciar a muchas comodidades —durante un tiempo previsto y con el consentimiento de la familia, que sabe que te metes en esa aventura *full time* para poder llegar a tener éxito— y estar dispuesto a levantarse después de cada caída. Que las habrá.

También hay que trabajar incansablemente. Sé que lo he dicho ya, pero es que hay que trabajar mucho, y trabajar muy bien las horas trabajadas.

Una vez tengamos esto asumido, debemos tener en cuenta estas ideas:

- El empleo lo crean las empresas.
- Estas empresas pueden ser grandes o medianas o pequeñas.
- También pueden ser públicas (o sea, en parte mías) o privadas, o sea, en parte mías si es que he puesto dinero allí.
- En las empresas hay dos niveles:
 - a. El nivel del que se juega su dinero, es decir, el empresario. Como esta palabra empezó a sonar mal, porque a unos cuantos se les ocurrió que todos los empresarios eran muy mala gente, ahora les llamamos «emprendedores», hasta que a alguno de ellos le vaya muy bien y le volvamos a cambiar el nombre.
 - b. El nivel de los que el empresario contrata porque él no puede o no sabe hacerlo todo. Los empresarios y los empleados son necesarios en un país. Mucho más los empresarios, claro, porque son los que tienen ideas, se juegan sus perras y contratan gente. Lo que ahora se llama «crear puestos de trabajo».
- El empresario pone su dinero y, con frecuencia, necesita más. Como es una persona honrada (porque si no lo es no es empresario, sino facineroso), va a un banco, expone sus necesidades, explica sus planes; el banco, por su parte, estudia el tema y le alquila el dinero, cobrándole unos intereses, porque ese es su negocio.

— Si el empresario no es de fiar o si presenta un plan que no se aguanta ni con tirantes de acero, el banco no le alquila el dinero, cosa que me parece de puro sentido común.

La idea es, por tanto, ser honesto y transparente, motivar y ser un ejemplo de actuación, casi como el yerno que toda suegra quiere tener de verdad, sin poses. Ser guapo, más por dentro que por fuera —aunque por fuera la belleza siempre ayuda—. Si tu empresa es guapa, menos piedras en el camino.

Guapo quiere decir serio, responsable, no alocado, dándose cuenta de que no se puede hacer el tonto en materia económica, porque lo económico repercute en lo no económico. O sea, si tú te gastas mi dinero y yo no puedo comer, un día me enfado y digo dos tacos.

La guapeza exige valentía. En las películas del Oeste —que a mí me gustaban mucho cuando iba al cine Actualidades en Zaragoza—, el bueno siempre era guapo y valiente. Y siempre salvaba a la chica, cargándose a quien hiciera falta.

CON ESTA MENTALIDAD, PODRÍAMOS FUNCIONAR

Me voy un poco por las ramas pero vuelvo enseguida: imagina que este planteamiento de que nadie nos tome el pelo se aplicara a todo el país. Yo siempre he pensado que dirigir un Gobierno es como dirigir una empresa. Pero como mucha gente dice que no y pienso que ellos saben, no lo cuento muy alto para que no me tachen, una vez más, de ignorante.

Y vuelvo de las ramas, sin irme del todo: si yo soy accionista de la empresa de la que estoy hablando, exijo al responsable que la dirija bien. El que dirige la empresa la organizará siempre en función de lo que quiera conseguir:

Cuando yo trabajaba en el IESE, asistí a una clase que daba otro profesor. El tema era «Estructura de dirección». El profesor fue dibujando un organigrama lleno de cuadritos. Dibujando y dibujando, llenó la pizarra. Y preguntó:

—¿Qué os parece esta estructura para la empresa que estamos estudiando?

Hubo intervenciones de todo tipo. Uno de los asistentes se fijó en la figura del director general y respondió:

—Para dirigir una empresa con esa organización hay que tener carisma.

En aquel momento otro, que normalmente estaba callado y que parecía que no se enteraba, dijo:

—¡*Carlisma, carlisma*, es esa organización, con tanta gente mandando!

Todos nos reímos. Él, no. Porque quizá no sabía lo que era «carisma» y entendió que se hablaba de que la organización era carísima, pero estaba transmitiendo un mensaje muy serio: como montemos una organización con cientos de cuadritos y, dentro de cada cuadrito, una persona que cobre su sueldo, los gastos fijos serán enormes, y como los gastos fijos se pagan con la diferencia entre lo que se vende y lo que cuesta lo que se vende, o subimos precios o bajamos costes... O bien, cambiamos la estructura y nos dejamos de quimeras, que los tiempos no están para fantasías.

En España somos unos cuantos millones de accionistas que hemos elegido a unos señores para que nos gobiernen. Poner en orden siempre es doloroso, porque a todos nos gusta un poco la jarana, que es muy divertida, pero que luego hay que pagar.

Hace años estuve en un consejo en el que había dos bandos: los buenos —nosotros— y los malos —ellos—. La cantidad de tiempo que perdíamos preparando planes para arrollar al equipo contrario hacía que se nos olvidara para qué estábamos allí.

Y cuando se olvida una cosa tan importante, los accionistas y los empleados tienen derecho a insultarte, porque lo que estás haciendo es una injusticia.

ENTUSIASMAR

Hay que saber entusiasmar a la gente con la que trabajamos. Y quererla, por supuesto.

Para querer a la gente no hay que hacer cosas raras. No se trata de ser el simpático de la reunión. Se trata de ayudarles a sacar todo lo bueno que llevan dentro. Y esto exige «exigencia», hacer que aprendan:

- Que el trabajo no está hecho hasta que no está acabado, y bien acabado.
- Que las chapuzas están pasadas de moda, si es que alguna vez lo estuvieron.
- Que el trabajo en equipo quiere decir que todos tiramos del carro a la vez y en la misma dirección.
- Que es muy bonito hablar de responsabilidad social de la empresa y, a la vez, poner zancadillas al trozo de sociedad que tenemos más cerca (los que trabajan con nosotros).
- Que, cuando trabajamos, de vez en cuando alguno se cansa, alguno tiene un problema, alguno se despista. Y ese es el momento de echar una mano a esa persona:
 - a. A veces, con una bronca, en privado y sin gritos, que no sirven para nada.
 - b. A veces, con una conversación tranquila.
 - c. A veces, dándonos cuenta de que lo que le pasa es que no sabe hacer aquello. Y hay que enseñarle.

PERSONAS QUE SON POSAVASOS

Pienso en la cantidad de currículum que he visto en mi vida. En ellos se describe con detalle —y con algún adorno que otro— lo que ha hecho una persona. Según las modas, empiezan por el principio —por lo primero que hizo— o por el final —lo último que ha hecho—. Si no han acabado la carrera dicen que tienen «estudios de...». Si no saben inglés, ponen que tienen el nivel X. Si no lo hablan, dicen: «Inglés. Leído».

Describen sus logros, siempre desde su punto de vista, claro. Lo hacen sin ninguna originalidad: «orientación a resultados, empatía, visión estratégica...». Incluyen sus aficiones: «esquí, *mountain bike*, música clásica...».

Pero reafirmando una idea que comenté en algún otro libro, nunca me he encontrado con nadie que ponga lo que yo valoro más. Que aquel ciudadano es un tío majo. Seguramente porque debe ser difícil decir: «Soy un tío majo», o porque a muchos no les diría nada, etc.

Mi amigo de San Quirico, del cual más de una escuela de negocios podría aprender muchísimo sobre formación y detección de talento, me cuenta que en las empresas que él conoce hay personas que son útiles, que sirven, porque sirven a los demás. Y que eso no tiene nada de servil. Que cuando una persona se cree que su empresa o su departamento o su subdepartamento o su subsubdepartamento están para que le sirvan a ella, aquello es un infierno. Y se lía la manta a la cabeza y, embalado con su brillante análisis, reparte a los políticos, que nunca está de más, con ironía aplastante:

—¡Ya va siendo hora de que la gente presuma de servir a los demás! Estoy cansado de tantos «servidores públicos», como ellos se llaman, que puede que sean públicos, pero de servidores no tienen nada.

Retoma su discurso sobre la empresa, animado por el Cardhu, y dice que cuando en cualquier organización las personas se ayudan, trabajan en equipo, no luchan por apuntarse los tantos y practican lo que él llama «elfútbol total» —todos atacando, todos defendiendo—, aquello funciona de maravilla.

Me hace mucha ilusión la alegría de mi amigo. Este tío no para de darme lecciones. Ahora añade:

—Mira, Leopoldo, me gustaría ser posavasos. Ya sé que no se ve, ya sé que se ensucia, ya sé que no se apunta los tantos... Porque cuando la gente ve una mesa brillante, dice: «¡Qué mesa tan bonita!». Y no: «¡Qué posavasos más fenomenal!».

No quiero interrumpirle, porque lo veo lanzado:

—Pues yo he decidido ser posavasos en mi casa, y con mis amigos, y en mi empresa, donde mando, y mucho, no te creas. Y donde, a veces, pego broncas, sobre todo cuando me encuentro con algún gallito que quiere sobresalir, apoyándose en los hombros de los demás.

Y concluye:

—Me parece que vosotros, en la ciudad, a esto le llamáis ser un «tropa».

EL TODO

Antonio era un fuera de serie, muy amigo mío. Como era de Zaragoza nos entendíamos bien. Tenía un carácter muy fuerte y, a veces, me corneaba cuando yo no le seguía o cuando despachando con él, me distraía, pensando en las musarañas.

Aunque para hablar de Antonio necesitaría muchos libros, lo que más tengo que agradecerle es que se dedicara, durante años, a enseñarme, a ser mi maestro, no con técnicas, que pudiéramos llamar, convencionales, sino con su exigencia y su paciencia.

En aquella época yo me encargaba —con otros, por supuesto—, de la compra de terrenos y edificios para la empresa en la que trabajaba.

Había un terreno, que se veía desde el despacho de Antonio, que a mí me gustaba mucho. Negociamos las condiciones con el propietario y concretamos la operación. Solo faltaba el visto bueno de Antonio.

Fui a despachar con él con sensación de triunfo, porque me sabía bien la lección. Le enseñé el terreno —que era una preciosidad—, le planteé las condiciones —que eran muy buenas— y quedé a la espera de su aprobación y de su felicitación por lo bien que yo lo había hecho.

Como no soy mala persona pensaba trasladar inmediatamente la felicitación a los que trabajaban conmigo. Pero eso de que te feliciten te hace ilusión. Luego, pones cara humildica y dices lo de los futbolistas:

—Ha sido una labor de equipo.

Una vez más, Antonio me desconcertó:

—He oído que, en el futuro, por ahí podría pasar una autopista. ¿Sabes algo?

Con voz ligeramente temblorosa le contesté:

—Sí, pero no nos afectará.

—¿Estás seguro? —continuó.

—Sí.

—De acuerdo, compra el terreno —ratificó.

Con aire triunfal recogí los papeles, di la vuelta y empecé a salir de su despacho. Digo «empecé» porque cuando estaba al lado de la puerta Antonio comenzó otra vez a hablar:

—Espera un momento. Un cosa sin importancia. Por favor, prepara una nota, sin ningún formalismo, en una cuartilla, en la que digas que si en el futuro pasa una autopista, que no pasará, o pasa lo suficientemente cerca como para que haya mucho ruido, que no sucederá, te quedarás tú con este terreno y el edificio que hayamos construido encima, y lo irás pagando en plazos mensuales con tu sueldo.

Mi cara debió de ser un poema, porque, medio sonriendo, me preguntó, el muy ladino:

—¿Qué pasa, es que no estás seguro?

—Hasta ese punto, no —le contesté.

Y él, sin perder la sonrisa, declaró:

—Hay que estar seguro hasta ese punto.

Han pasado cuarenta años y aún no se me ha olvidado. Mis hijos también han ayudado a ello porque cada vez que pasamos por la casa que allí construyeron y a la que,

por cierto, sí que le ha afectado un poco la ronda —lo que Antonio llamaba «la autopista»—, me dicen:

—Papá, tu chalé de Pedralbes.

Aquel día aprendí el significado de la palabra «todo». Y le cogí un gran respeto. Nos tenemos que dar cuenta de qué es lo que decimos cuando hablamos de que hemos acabado un trabajo «del todo», de que nos hemos entregado «del todo» a nuestra mujer o a nuestro marido en el matrimonio, de que decimos «toda» la verdad.

LA CULTURA DEL ESFUERZO

Los más mayores se acordarán del que fuera primer ministro británico durante la Segunda Guerra Mundial, Winston Churchill. Nos han contado que en su mítico discurso dijo que solo podría ofrecer al pueblo británico «sangre, sudor y lágrimas» —el famoso *blood, sweat and tears*—. Se han hecho películas con ese título e incluso hay un grupo musical americano llamado así.

Lo que pasa es que Churchill nunca dijo eso. Lo que dijo fue: «Ofrezco sangre, esfuerzo, sudor y lágrimas», y hemos quitado el «esfuerzo» como si nada. Y dejamos la «sangre» como si fuera que nos hemos caído, el «sudor» porque hace mucho calor y las «lágrimas» como si estuviéramos pelando cebolla. Y no, lo importante de esa frase es el «esfuerzo».

El trabajo implica esfuerzo, y, como consecuencia, también sangre, como muestra de lo que uno sufre a veces por sacar adelante las cosas, sudor, porque es consecuencia inmediata y alguna que otra lagrimilla a veces se nos escapará.

No soy partidario de decir lo de la «cultura del esfuerzo», porque lo otro, lo de la vagancia y la gandulería, no es cultura. Y no hago más que recordar a mis hijos —para que se lo digan a los suyos—, que no se puede hacer palanca con un churro y que en este plan que hemos llevado hasta ahora estamos fabricando una generación de churritos que tienen todo tipo de maquinitas y teléfonos móviles desde la cuna, y, si no las tienen, se quejan, y que pueden pasar de curso con ciento sesenta asignaturas suspendidas para evitar que se traumatizen y que saben muy poco, muy poco —lo que han aprendido por televisión— y que, además, les dicen que son patriotas —no sé de qué patria, por cierto —, si consumen mucho, y...

Por tanto, cuando preguntan por el futuro de los jóvenes contesto lo de siempre: que si estamos en la aldea global hay que buscar empleo o crear empresas en la aldea global, o sea, en Polonia, por ejemplo, como hizo un chico a quien le di clase hace unos años. También pienso lo de siempre: que no se puede generalizar y que cada persona es cada persona.

Que hay chavales en paro que un día dejaron los estudios para trabajar en la construcción y ahora se han quedado sin empleo y tienen poca formación. Esos me preocupan. Este es el momento de volver a estudiar, mientras se busca trabajo. O sea, el momento de trabajar como nunca, no de dedicar sus horas a fabricar una pancarta pidiendo empleo. Porque quejarse no sirve de nada. Solo para desfogarnos. Pero mientras nos desfogamos, suceden tres cosas:

- Que no hacemos nada.
- Que aun no haciendo nada, perdemos energías.
- Que como consecuencia, cuando se trata de trabajar con alguien que tenga una vaca, lo primero que decimos es que tenemos derecho a ordeñarla, en vez de plantearnos cómo ayudar a que esté más gorda, más lustrosa y produzca más leche.

Y eso no hay que olvidarlo, ya que es fundamental porque esos chavales que se quejan, que se desfogan así y que son blandengues son los trabajadores del futuro, los que tienen que sacar adelante a las empresas.

Ya lo comenté en mi libro anterior. Cuando monté la mía, prohibí a los que trabajaban conmigo —chicos jóvenes majísimos—, que dijeran que estaban agotados después de una jornada normal. Y entiendo por «jornada normal» una de ocho, diez o doce horas, según lo que haga falta.

Porque, como siempre, hay que trabajar. Y, como siempre, hay que ser honrado. Y, como siempre, hay que ser leal. Y, como siempre, no se debe meter la mano en la caja ajena y llevarse los euros que encontremos a casa, sin permiso del dueño. Y, como siempre, es bueno construir. Y, como siempre, es malo destruir. Y, como siempre, es malo criticar porque sí.

Meto todo en el saco porque no me gustaría nada que las personas que trabajaran conmigo en mi empresa no cumplieran con esos «como siempre». Y deben tener claro que cuanto más nos exijan, mejor. A otro nivel, que cuanto más nos hablen de obligaciones y menos de derechos, mejor —aunque luego no votemos a los que han tenido esa osadía—. Aunque a veces pensemos que nuestro jefe nos tienen manía.

Que cuanto más trabajemos, mejor. Esto ayuda a la humildad y ayuda a la exigencia —en este caso, a la autoexigencia, que tampoco es malo—.

Que cuantas más horas echemos a nuestra formación como personas, mejor. He dicho como personas, o sea, como gente de fiar. Que por ahí hay algunos que no son de fiar, aunque hablen e intenten lucirse mucho.

Que cuantas más horas le echemos a nuestra formación técnica, mejor. Cuando digo «técnica» seguramente utilizo mal la palabra. Quiero decir: el médico como médico, el futbolista como futbolista, el ama de casa como ama de casa, la consejera delegada como consejera delegada y así —quiero decir que la formación no consiste solamente en saber dónde está el botón del corrector ortográfico de nuestro ordenador, porque si no, el día que escribamos una postal diciendo «desde este lugar maravilloso, un abrazo», habrá tantas faltas de ortografía que nadie se dará cuenta del cariño con el que la hemos escrito —.

Y, por supuesto, cuanto más talento, mejor, y enfocado a ser el número uno en lo nuestro.

Los que ocupan un puesto tienen unas responsabilidades. Si el puesto es importante, en una empresa importante y con una remuneración importante, la responsabilidad tiene que ser importante. No me sirve que me digan que el de arriba no tiene por qué enterarse de lo que hacen los de abajo. Tiene que enterarse, ¡vaya que sí! Y si no se entera porque no tiene tiempo o porque se cansa que se vaya a su casa. Porque no sé qué es peor, si un jefe corrupto o un jefe bueno, bueno, que no se entera de nada y permite —quiero pensar que por omisión— que por debajo de él la corrupción campe a sus anchas.

Que aparte de que lo que está bien está bien y lo que está mal, está mal, en este caso nuestro, Hacienda —que somos todos— nos está mirando, o sea, todos nos miran.

Esto se entiende si se tiene claro que solo las empresas pueden crear empleo y, por tanto, es fundamental todo lo que ayude a las empresas a crearlo.

* * *

Por cierto, así como de pasada, he dicho que todos tenemos que luchar por ser el número uno en nuestro oficio. Lo repito ahora, porque no quiero que lo leas así como de pasada. Tenemos que luchar honradamente por ser los números uno. A nuestros hijos hay que animarles para que, estudien lo que estudien y trabajen en lo que trabajen, no se limiten a ser un digno penúltimo, empatado a puntos con el último. Han de ir a por el primer puesto, luego ya veremos adónde llegan. Que mediocres ya tenemos, y en abundancia. Y como parte importante de la eterna revolución civil por la que abogo, debemos empezar la revolución de los números uno por echar de sus sillones y de sus empleos a tantos y tantos y tantos y tantos mediocres como estamos aguantando.

PERFIL DEL EMPRESARIO

En este momento he decidido no volver a utilizar eso de los «emprendedores», y mucho menos lo de la «emprendeduría», palabro extraño que no quiere decir nada y que no sé si lo ha aceptado la Real Academia Española, pero si lo han hecho, allá ellos.

Las personas empresarias deben tener en cuenta ciertos requisitos imprescindibles:

- Deben querer ser empresarios.
- Deben ser personas dispuestas a jugarse su dinero o firmar una póliza de crédito, que ahora, según el momento en el que se lea esto puede ser pan comido o una auténtica quimera.
- Deben ser personas que admitan (que exijan, que se exijan a sí mismas) que la responsabilidad de su negocio es suya y solo suya, y no de los señores encuadrados en diversas organizaciones que son muy malos y no nos dejan vivir y a quienes siempre es cómodo echar la culpa de lo que nos pasa.
- Deben ser personas que exijan a los que trabajan en su empresa que se enteren de que a todos les interesa que aquello vaya bien y que, con su esfuerzo, aquello irá mejor y todos comeremos.
- Deben ser personas como el señor que me dijo que gracias a una política austera (o sea, llevada con la cabeza) de reparto de dividendos, se había permitido el lujo de no depender de los bancos y (más lujo aún) de financiar a sus clientes («A los buenos, claro», añadió).

SOBRE LOS OBJETIVOS

Cuando me dedicaba a enseñar (¿?) política de empresa en el IESE, decía que los objetivos no servían de nada si antes no se determinaba lo que había que hacer para conseguir eso, quién lo iba a hacer, cuánto iba a costar y en qué plazo se quería conseguir. Señalaba que los objetivos que no son medibles no son objetivos. Porque si no todo podría quedar en una serie de deseos teóricos —y sabemos que de lo teórico a lo no hecho hay una distancia muy corta—.

Cuando trabajaba en mi empresa de consultoría siempre estaba a la espera del pedido gordo, el que nos daría trabajo unos años, el que nos permitiría contratar gente, el que traería dinero a espuestas. Lo llamábamos «el» pedido. Y a veces, muchas o casi todas, «el» pedido nunca llegó.

Eso no significa que no fuese una buena empresa, que vendiéramos buenos servicios y que fuéramos excelentes en la resolución del trabajo. Solo que, a veces, nos enamorábamos del objetivo y eso nos distraía y nos hacía ser menos eficientes. Si pensamos que lo único que tiene que hacer una empresa es ser eficaz tenemos un modelo perfecto: la mafia.

En un momento de euforia contraté a unas cuantas personas. Pocas. Al cabo de un tiempo vi que me había equivocado, que realmente no hacían falta. Y las despedí, una por una. Procuré hacerlo con firmeza amable. Les pagué lo que había que pagarles, sin regatear un céntimo. Gracias a Dios, hoy todas son muy amigas mías.

Aquellas personas las contraté llevado por mis sueños de grandeza. Puedo decir que gracias a esos sueños tuvieron un sueldo durante unos años. Luego volví a la realidad. Como era el dueño del negocio nadie me pidió cuentas del dinero que había gastado en las indemnizaciones. Pero si hubiera habido accionistas, podrían haberme preguntado:

—Oiga, don Leopoldo, ¿por qué se le fue la olla? ¿Por qué, con sus bobadas, nos ha costado ese dinero?

Yo me habría defendido diciendo cosas sobre el entorno, la crisis, la generación de *cash flow* y otras varias..., pero me habría tenido que buscar otro empleo porque me habrían echado.

Salvajes que hacen de capitalistas, muchos. Pero como soy de Zaragoza, no reblo —o sea, no retrocedo—, o sea, sigo sin admitir que el capitalismo es malo. Lo que sí reconozco es que se han colado muchos que han aprendido trucos y se han dedicado a hacer daño.

La empresa tiene que ganar dinero. Eso es la eficacia. Esa tontada de *business is business*, que se utiliza para excusar trapicherías y cambalaches sucios, no es verdad ni lo ha sido nunca. Que el hombre honrado no cuelga su honradez en el perchero cuando entra en su empresa para recogerla cuando sale. Que o es coherente en su vida —en toda su vida— o es esquizofrénico —con perdón de los esquizofrénicos que no tienen la culpa de tanto sinvergüenza suelto—.

Me gustaría que cuando me muriese, la gente pensara de mí que más que ser un empresario eficaz, había intentado ser un empresario decente.

LA EJECUTIVA DEL AL LADO

Una vez más, ir en el AVE te permite comprobar que, gracias a Dios, todos somos muy distintos.

En la fila de atrás, una señora de unos cuarenta y cinco años hablaba con una subordinada. Me enteré de muchas cosas, entre otras, de los nombres de los que trabajan en la empresa, de la reunión que tuvieron el otro día —que no debió de salir bien porque la gente estaba muy molesta—, de que ella quería ganar tiempo, etc.

A su lado, un mocetón con una camiseta de los Ángeles del Infierno —o algo así— ponía cara de circunstancias, y mientras intentaba ver la película se iba enterando de las manifestaciones de la brillante ejecutiva —que será brillante y será ejecutiva, pero la clase de discreción se la saltó el día que la dieron en la *business school*, de cuya *junta de alumni* le han hecho vicepresidenta en atención a sus méritos—.

La ejecutiva, sin duda, elegida para su cargo por la cuota correspondiente —la mitad de hombres, aunque sean estúpidos; la mitad de mujeres, aunque también lo sean—, remató su tercío con una «revolera», es decir, «larga en cuyo remate el torero hace girar el capote por encima de su cabeza».

—Ya sabes, cariño, que yo no soy de las que piensan que los demás son buenos —soltó.

¡Esta chica es un tesoro! El mocetón de la camiseta puso cara de circunstancias como si estuviese preocupado por la película y, cuando le miré disimuladamente, sonrió.

Las personas que piensan que los otros no son buenos y que solo hablan de ellas mismas mientras menosprecian a los demás son un lastre para una nación. Son personas que empiezan hablando de mí —de ellos—, siguen con el mí —de ellos— y se acuestan con el «migo» —de ellos—, mientras desprecian a los que les rodean, cantando todas las maldades —reales o supuestas— que, llenos de virtud, descubren en los demás y, de paso, todas las virtudes —reales o supuestas— que descubren en sí mismos mirándose en el espejo.

A este tipo de personas les cuesta ser «de los que piensan que los demás son buenos». No porque ellos sean especialmente buenos o especialmente malos, sino porque nacieron con ese defecto, en casa les educaron así y en el colegio ayudaron a sus padres en eso que, equivocadamente, llamamos educación.

Daban ganas de levantarse y decirle:

—Señora, no está usted sola en esto de pensar mal de la gente. Pero haga un esfuerzo para cambiar, que tampoco es para tanto.

TIEMPO DE REMAR

Lo he dejado caer al principio —esto de repetirse y de irse por las ramas tiene eso, que puedes dejar caer cosas, recuperarlas, perderlas otra vez...—: nos deberían contar la historia completa de los empresarios. Y sobre todo, de cómo afrontaron los malos tiempos cuando estos llegaron. Porque llegan. Siempre.

La Biblia habla de «tiempo de nacer, tiempo de morir; tiempo de llorar, tiempo de reír; tiempo de romper, tiempo de coser; tiempo de callar y tiempo de hablar». Ahora estamos en tiempo de remar.

De pequeño, veraneaba con mis padres en San Sebastián. A principios de septiembre, prácticamente como cierre de la temporada estival, se celebraban en La Concha las regatas de traineras. Como mi madre era de Irún, nosotros íbamos con la de Fuenterrabía —así se llamaba la actual Hondarribia—, que ganaba con cierta frecuencia, aunque de vez en cuando vencía Pedreña y nos estropeaba la fiesta. La llegada era todo un espectáculo, y ver a los remeros destrozados por el esfuerzo, otro. Tan destrozado el que había ganado como el que no.

Nunca he estado en una trainera, pero me parece que el remero no mira adónde va. Se fía del patrón. Él rema y rema, y con su esfuerzo, y una buena dirección del patrón, gana. O no.

Siempre he recordado una historia que me contaban en mis años en el IESE de una persona, un empresario importante, que encargaba las cosas más urgentes al que tenía la mayor carga de trabajo. Porque decía —con razón— que son los que mayor carga tienen los que sacan las cosas adelante —los que reman—.

Nosotros, a remar. Aprovechando todo lo aprovechable. Sabiendo que en el remar está el éxito.

SER LEAL

Tengo encima de la mesa de mi despacho de San Quirico un montón de servilletas de los últimos desayunos con mi amigo. Como ahora paso largas temporadas aquí, son más frecuentes nuestros desayunos, pero también los momentos en los que no encuentro o no pongo en orden todo lo que apunto con él.

Se cumple aquello que me decía:

—No me cuentes más cosas, que no me caben, que el saber ocupa lugar.

Un día, sin que viniera a cuento, señaló:

—Desengáñate, Leopoldo, el directivo que tiene un lío es mal directivo.

Debí de poner cara de extrañeza porque continuó:

—Es mal directivo porque cuando trabaja está pensando en el lío y se distrae.

Debe de haber bastante gente que un día tuvo un mal día, o una mala noche, y, aprovechando la ocasión y con un par de copas de más se acostó con el primer mozo o la primera moza que pasaba cerca.

Eso es una cosa. Eso es una metedura de pata. Cuando uno mete la pata, la saca. Y ya está. Esa persona ha sido infiel puntualmente, entendiendo por «puntualmente» hacerlo una vez, no a la hora en punto.

Hay otros/as a quienes lo de «puntualmente» no les resulta suficiente y le cogen afición. Están casados, pero les parece que si de vez en cuando le echan un poco de salsa picante a la vida, aquello funciona mejor, porque pasarse años y años siendo leal al mismo o a la misma es un poco aburrido.

Y así tienen dos vidas: la seria y la frivoleta. La de una honrada madre de familia, ejecutiva de una multinacional, por un lado, y la de una *belle de jour*, o de *nuît*, por otro. O la de un padre amantísimo de su mujer y de sus hijos, y a la vez amantísimo de una «pindingui», nombre que, en una deliciosa comedia, Jaime Salom daba a las chicas un poco animadillas.

A esa persona que lleva dos vidas se le añade otra: la de su trabajo profesional. Su día se complica: es leal a su mujer/marido, pero menos; es leal a la paralela/paralelo, pero no demasiado.

Y con ese planteamiento, ¿por qué ha de ser leal a su empresa?, ¿qué tiene la empresa que no tenga su marido/mujer?, ¿por qué cuando está con sus amigos/as presume de sus conquistas y no de que está fotocopiando documentos de su empresa para pasarlos a la competencia?

Si vivimos una vida, o somos coherentes en nuestro comportamiento por la mañana, por la tarde, por la noche, en el fútbol, en la cama, en la iglesia, en la oficina y en la discoteca, o nos tendrán que llevar pronto a una clínica mental.

¿Puedo fiarme de alguien que ha metido la pata? Por supuesto que sí, porque como todos metemos, de un modo o de otro, la pata, de lo contrario acabaría por no fiarme de nadie. Pero ¿puedo fiarme de la persona que lleva dos vidas? ¿Puedo decir que es un tema privado y que en lo profesional es de fiar? Pues mira, majo, que no, que no me fío, porque cuando hablo con esa persona, no sé si hablo con «la buena» o con «la otra».

Y bastante complicada es la vida como para liarme más.

5

SOBRE EMPRENDER. YO DE MAYOR QUIERO SER RAMÓN Y JAVIER

Ramón y Javier son dos amigos míos. Los dos fueron futbolistas famosos. Ramón metió el primer gol en la Romareda cuando se inauguró el estadio del Zaragoza. Yo lo vi hace cincuenta años.

Ya he contado en alguna otra ocasión la historia de Javier: fue internacional y, por lo que dicen —yo no lo vi— falló un gol clamoroso en un partido contra Francia, me parece. De esto hace otros cincuenta años.

Lo supe en una boda. Nos pusieron en la misma mesa, con otros matrimonios. Al hacer las presentaciones, uno de los invitados, que no conocía a Javier, le dijo:

—¡Menudo gol fallaste ante Francia!

La mujer de Javier, muy discreta, me susurró en voz baja:

—Con la cantidad de goles que ha metido y este va y habla del de Francia.

Aunque parezca que no viene a cuento, me acordé del día en que me impusieron, junto a otras personas, la medalla de plata de la Universidad de Navarra, como premio a nuestros veinticinco años de trabajo en ella —tal vez habría que haberle dado el premio a la Universidad, por habernos aguantado tanto tiempo—.

Me encargaron que hiciera el discurso de agradecimiento. Para prepararlo, pregunté a cada uno de los homenajeados —tres profesores, dos secretarias, dos directivos, un jardinero— que me dijeran algo importante que hubieran hecho en sus vidas profesionales. Todos me contestaron lo mismo:

—¡Nada!

Ninguno había metido el primer gol en un estadio ni había fallado uno en un partido internacional. Y a pesar de eso —quizá por eso— la Universidad nos concedía tal galardón.

Lo he pensado bastantes veces. Ramón y Javier son dos hombres de una pieza. Con unas carreras profesionales brillantes, sacadas adelante con un gran esfuerzo, y con unas familias fenomenales, que tampoco han salido bien por sí mismas, sino gracias al trabajo que padres e hijos han puesto para que aquello saliese así.

Todos en la vida tenemos algún éxito, grande o pequeño. Todos metemos nuestro primer gol en la Romareda —Ramón siguió metiendo goles y se llevó el trofeo Amanecer, que otorgaba un periódico de Zaragoza, ya desaparecido—. Todos tenemos algún fracaso en nuestra vida. Todos fallamos algún gol contra Francia —después de ese partido, Javier siguió siendo internacional. Como dicen en mi pueblo, «algo tendrá el agua cuando la bendicen»—.

El otro día, alguien, lleno de buena voluntad, me dijo:

—Se te recordará siempre por el informe sobre la crisis ninja.

¡Dios no lo quiera! ¿Te imaginas mi nicho, el 149 del cementerio de San Quirico, con una lápida que diga: «Aquí yace Leopoldo Abadía, que escribió *la Crisis Ninja y otros misterios*»?

¡Vaya fracaso de vida! Prefiero que pongan que intenté ser una buena persona, que tuve una familia formidable, que tuve amigos, que metí algún gol alguna vez y que fallé clamorosamente otros. Y que, a pesar de todo, a pesar de los pocos éxitos y de los muchos fracasos, continué trabajando.

En una canción, Julio Iglesias habla «de tantos fracasos, de tantos intentos». Me gustaría mucho que me recordaran por los muchos intentos. Porque la vida es eso: intentar y volver a intentar, animar a nuestros hijos a que intenten y vuelvan a intentar, animar a nuestros amigos a que hagan eso, a no darse nunca por vencidos.

Antonio, el primer jefe que tuve, y de quien he hablado antes —y seguiré hablando— me dio una vez un encargo. Se lo hice y me dijo que no estaba bien. Lo volví a hacer y me volvió a repetir que no estaba bien. Al quinto intento le dije:

—No sé hacerlo.

—¿No sabes hacerlo? Pues ¡hazlo! —me contestó.

Volví a mi despacho dispuesto a hacer aquello o a morir en el empeño. ¡Y lo logré!

Antonio se limitó a decirme:

—¿Ves como sí que lo sabías hacer?

Me fui a casa feliz. Nadie me dio el trofeo Amanecer, pero me quedé tan contento... No me acuerdo de qué encargo era, pero sigo presumiendo de que lo conseguí hacer.

6

YO DE MAYOR QUIERO SER OPTIMISTA

Mi amigo de San Quirico venía contento porque había hablado con un conocido suyo. Este hablaba de Albert, uno de sus hijos, definiéndolo como «el que siempre da buenas noticias». Y mi amigo decía:

—¡Qué definición más buena! ¡Ya me gustaría que dijese eso de mí!

Y aprovechando que ya nos habían traído la botella de vino, esa de la que decidimos no volver a hablar para no escandalizar a los que nos decían que en una de estas cantaríamos el *Asturias, patria querida*, se enfrascó en una disquisición sobre lo de la botella medio llena y la botella medio vacía.

Y me habló de su mujer. Ellos van todos los domingos a misa a una capilla pequeña que hay al lado de San Quirico. La capilla tiene el techo bastante alto, y en el techo hay doce bombillas, de las que dos están fundidas hace tiempo. El otro día le dijo a su mujer:

—¡Qué vergüenza! Esas bombillas no funcionan hace meses.

Su mujer le contestó:

—¡Fíjate qué bien lucen las otras diez!

Yo me acordé de Barto. Era otro gran amigo. Se llamaba Bartolomé, pero en Venezuela, donde vivió mucho tiempo, decidió acortar el nombre y llamarse Barto —no sé como lo consiguió, pero en todos sus papeles aparecía con ese nombre—.

Trabajé tiempo con él. Era una gozada. Siempre encontraba la parte buena de las cosas. Un día estábamos en el aeropuerto de Bilbao —donde íbamos con mucha frecuencia—. En la plataforma de estacionamiento uno de los aviones rozó con un ala a otro. No pasó nada, pero se retrasó todo mucho: tuvieron que bajar los pasajeros, hubo que repasar los aviones... Total, un par de horas.

A mí me dio la vena crítica:

—Con la cantidad de maniobras que ha hecho ese piloto en este aeropuerto, es vergonzoso que roce a otro avión.

Y Barto, sin mover un músculo de la cara, me dijo:

—Con la cantidad de maniobras que ha hecho ese piloto en este aeropuerto es maravilloso que solo haya rozado una vez.

Pero ahí no acabó la lección. Al cabo de unos días le invité a cenar a casa. Llegó en ese momento en el que los padres van pidiendo a los hijos que se vayan a dormir y los hijos no acaban de irse. Mientras hablábamos, envié a la cama a tres niños que, al cabo de dos minutos, aparecieron otra vez con las excusas que todos hemos oído cientos de veces: «Quiero agua. Quiero pis. ¿Puedo ver la tele?...». Yo les mandaba inmediatamente a la cama y ellos se volvían a marchar. Poco después regresaban todos, con las razones intercambiadas —el que antes quería agua ahora quería pis, y el del pis quería ver la tele—. Yo les volvía a mandar a la cama y se iban otra vez.

Después de repetir el proceso varias veces, exclamé:

—¡Qué desobedientes son estos niños!

Y Barto, lleno de calma, dijo:

—No son desobedientes. Obedecen muchas veces.

Y es que, en ocasiones, encontrar el lado positivo de las cosas es muy complicado. Incluso hay que saber decir los noes y los síes con sonrisa, aunque los noes no sean buenos para los que quieren síes, y los síes no gusten a quienes esperan noes.

* * *

Me vienen a la mente dos frases que me gustan mucho: una es de Woody Allen, y dice: «El 90 por 100 del éxito se basa simplemente en insistir». Otra es de Antonio Gramsci: «Al pesimismo de la inteligencia hay que oponer, a veces, el optimismo de la voluntad».

* * *

No hace mucho di una conferencia para cuatrocientos chavales que estuvieron con cara muy atenta todo el rato, aunque estoy casi seguro de que los tuits volaban por el ambiente, porque esto es algo que estos críos hacen de maravilla: decir al mundo lo que opinan de ti —que puede ser bueno o puede ser muy malo— mientras parece que te animan —«Siga, siga, que lo está haciendo muy bien»—.

Les dije que vivíamos una época larga, dura y dolorosa, y que la teníamos que convertir en apasionante, y que esto significaba que los primeros que teníamos que ser apasionantes éramos nosotros.

Ser apasionante quiere decir saber distinguir lo que está bien de lo que está mal — porque hay cosas que están bien y cosas que están mal— y una vez sabido hay que vivirlo. Y se vive con unidad de vida —«insistiendo», diría Allen— para que tu familia sea fenomenal, para que la empresa en la que trabajas sea fenomenal y para que el parque al que sacas a pasear a tu perro sea fenomenal —lo cual quiere decir que tendrás que recoger lo que el animal vaya dejando—. Eso es ser optimista al completo. Porque si no, nuestra sociedad es un conjunto de *chalaos* en el que somos muy buenos en casa — hasta cierto punto— y unos cretinos en el trabajo, y pensamos que aquí vale todo y que, como ya he dicho antes, el *business is business*. Y así nos va. Y venga a protestar de la situación, de los sindicatos, del Gobierno y de la oposición, sin darnos cuenta de que lo que tendríamos que hacer es poner un espejo grande en la Puerta del Sol en Madrid, otro en la plaza de Cataluña en Barcelona y otro en la plaza de España de Zaragoza —aquí sería más difícil por las obras del tranvía—, mirarnos en el espejo correspondiente y hacer una manifestación contra nosotros mismos.

En este punto quiero hablar de María Jesús, una amiga de Barcelona. Nos vemos y nos mandamos correos con frecuencia. Cuando me he puesto a «repasar» lo último que había escrito y me repetía la idea de que «Yo de mayor quiero ser optimista» he recibido un mensaje suyo. Dice que se acuerda «un montón» de nosotros y acaba como siempre, enviándonos «un abrazo». Pero lo mejor es una foto que adjunta de un niño sonriente con cara de listo y de pillo, que dice: «Hoy no sabía qué ponerme y... ¡¡¡me puse contento!!!».

Y choca frontalmente con lo que leo en los periódicos, en Internet, en Twitter o escucho por la radio. No encuentro datos objetivos para ponerme contento —salvo que gane el Zaragoza, cosa rara que produce una alegría desmedida—, y recibimos a diario más información negativa que positiva.

Pero María Jesús, que de tonta no tiene nada y que seguro que ha leído los periódicos, ha visto la tele y ha oído la radio, me está diciendo que me ponga contento. Y me pongo a pensar, a ver de dónde saco la «contentez» —palabra que acabo de inventar y que supongo que no volveré a utilizar nunca—. Gestos. Estilo. Cercanía. Soplo de aire fresco, en un momento en que el aire fresco se agradece. Porque el aire está un poco sucio. Porque lo que se lee y se respira no anima —iba a decir «porque la gente está como acurrucada en su casa, esperando que escampe, y no escampa»—. Por eso apuesto por el optimismo por encima de todo, luchando, esforzándome y consiguiendo contagiarlo al que pueda.

SOBRE EL OPTIMISMO.

YO DE MAYOR QUIERO SER

JOHN FITZGERALD KENNEDY

Una noche de octubre de 1963, en Boston, mi mujer y yo íbamos al cine y nos encontramos con el presidente Kennedy. Él había ido a un acto cerca de allí, y lo vimos a dos metros. Majo, sonriente, con muy buena pinta. Un mes más tarde lo asesinaron.

Aquella mañana había estado estudiando en la biblioteca de la Harvard Business School y volvía a casa en mi coche, un Cadillac muy viejo que, cuando andaba, era una maravilla —con mucha frecuencia no quería andar—. Puse la radio y oí que el presidente, desde Dallas, volvería a Washington *some time in the morning*. Llegué a casa y nos pusimos a comer. Al cabo de un rato, José Antonio, otro profesor del IESE, nos llamó para darnos la noticia.

Han pasado más de cincuenta años y aún me da pena. Como me da pena el asesinato de Bob Kennedy, cinco años después.

Leo cosas sobre el presidente. Parece que no hizo mucho, que no sacó adelante muchas leyes —dicen que le gustaban las mozas. La suya era muy guapa. Debía de tener el corazón amplio—. Pero su asesinato todavía me produce tristeza. Me da la impresión de que alguien nos quitó la ilusión, como alguien me quitó la ilusión de que Bob hiciera lo que no pudo hacer Jack.

Dos días después llegamos a casa, y Sofía, una chica de Viver de la Sierra, cerca de Calatayud, que trabajaba en nuestra familia, nos dijo:

—Ha pasado algo. Han matado a alguien.

Ruby había asesinado a Oswald delante de las cámaras de televisión, en una escena de película mala con actores malos, pero con fuego real.

Mi mujer, de vez en cuando, es conspirativa. Nunca se creyó el informe Warren que dictaminó que a Kennedy lo mató Oswald porque sí, y que a Oswald lo mató Ruby porque le daba pena Jacqueline. Por cierto, he leído que Oswald salía corriendo del edificio de Dallas desde donde había disparado y tropezó con un periodista que, como no había móviles, le preguntó dónde había un teléfono público. Y Oswald, que no debía de estar para muchas amabilidades, hasta tuvo la gentileza de indicarle una cabina cercana.

Indignación, claro. Pero vuelvo a Kennedy, porque no quiero que esta gente me quite la ilusión. Quiero una indignación ilusionada y exigente. Quiero que los que gobiernan y los que se oponen a los que gobiernan y los que pululan a su alrededor —me parece que esta frase ya la he dicho alguna otra vez, pero no se me ocurre nada nuevo— se miren al espejo y se pregunten dos cosas: ¿soy capaz de ilusionar a alguien, además de a mi

santa/o mujer/marido que me ríe las gracias y me aplaude todas las chumineces que se me ocurren? Y ¿pido a la gente de mi bancada que, por favor, no me aplaudan en el Congreso cuando me levante, diga una tontada y me siente?

Y si estas dos preguntas te las haces tú mismo en tu situación —como padre, trabajador o empresario, amigo, familia, etc.—, ¿crees que eres un verdadero «ilusionador» de personas?

El optimismo y la ilusión son contagiosos. Pongámonos las pilas para contagiar a cuanta más gente, mejor.

8

YO DE MAYOR QUIERO SER UNA PERSONA EDUCADA

He hablado de educación en cada uno de mis libros anteriores. He dicho cosas como:

- La educación se recibe en la familia y que el colegio, por muy bueno que sea, no es más que un complemento de lo que se haga en casa.
- Parece que si llegas al Gobierno lo primero que hay que hacer es una reforma de la ley de educación.
- La revolución (no reforma) educativa debe consistir en crear buenas personas; y una vez hechas, llenarlas de conocimiento. Pero primero, la persona.

Por tanto, cobra aún mayor sentido lo que opinaba un amigo, experto en temas de educación —y en muchas otras cosas— que me decía que en un colegio, lo primero que hay que hacer es educar a los padres; lo segundo, a los profesores; y lo tercero, a los chicos. Así que a elegir: o hacemos la revolución educativa o hacemos el idiota.

Los periodistas, cuando me entrevistan, están interesados en aquello que digo de que «hemos vivido por encima de nuestras posibilidades». Porque, unos más y otros menos, piensan que ellos no han vivido así. Es verdad que alguno hizo un viaje de novios que todavía está pagando. Y que otro se compró un piso pensando honradamente que lo podría pagar, y que cuando bajase el euríbor también lo haría el recibo de la hipoteca — el pobre no miró lo de la cláusula suelo, cláusula túnel o como lo quieran llamar, que consiste en poner topes por arriba («Si el euríbor sube por encima de no sé cuánto, no lo tendré en cuenta») y por abajo («Si llega a menos de no sé cuánto, miraré para otro lado»—. Pero eso no es vivir por encima de las posibilidades. Es intentar vivir, simplemente, y cuando uno hace esto, se va de viaje de novios y se compra un piso.

Lo de que «esos» tienen la culpa, también se oye mucho. Lo de que nadie devuelve lo que robó, también. Lo de las pensiones. Lo de los desahucios y más, mucho más, como es natural.

En una ocasión una periodista —una chica joven, muy maja, que coincidió con uno de mis hijos en alguno de los cursos que repitió en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra— me habló de la importancia de que los chavales supieran euskera —ya he dicho que mi madre era de Irún. Ni ella ni su hermano hablaban euskera (vascuence, se llamaba entonces). Mis abuelos maternos, sí—.

Le dije que me parecía fenomenal que la gente hablara el idioma de su tierra, que lo estudiara, que lo escribiera, porque eso enriquecía el amor a lo tuyo y, entre otras muchas cosas, era una forma de evitar que se perdiera algo muy valioso. Pero también le dije que no se me distrajeran: que todos los chavales tenían que aprender inglés, y

hablarlo de corrido y pensar en inglés y coger un acento, el de Massachusetts o el de los *cockneys* de Londres, el que quisieran.

Cuando estuve en Harvard solía ir a desayunar los sábados a un bar que había en Harvard Square. El camarero, un negrote grande, puso cara de no entenderme cuando le pedí por primera vez un *ham and egg special*, pronunciado palabra por palabra, correctamente, según pensaba yo. Al tercer intento, el camarero sonrió y dijo:

—Ah, ¿jamenecspechial?

Así aprendí. Pero para eso hay que estar en Harvard Square. O en Kentucky, donde seguro que lo pronuncian de otra manera. O en cualquier sitio en el que no haya un castellanoparlante o un euskeraparlante o un catalanoparlante o fablaaragonesaparlante con el que nos podamos desahogar en nuestro idioma cuando nos entre la llorera. En ese caso, a llorar en inglés. Porque el euskera, el catalán y la fabla aragonesa, o el bable o el silbo gomero son muy patrióticos, pero no sirven para comer. Mejor dicho, sirven para comer en esos sitios, pero como resulta que en esos sitios hay menos oportunidades de encontrar trabajo que en el resto del mundo, y en todo el resto del mundo se entienden en inglés —excepto en Latinoamérica, que se entienden en castellano—, pues, o aprendemos los idiomas que se necesitan para comer o pasaremos mucha hambre.

Por eso, no quiero más reformas educativas. Quiero una revolución educativa, que me forme chicos para trabajar en este mundo que, gracias a Dios, se nos ha hecho pequeño. Y o nos hacemos grandes para dominar el mundo pequeño o nos hacemos pequeños para fracasar rotundamente y podernos ganar la vida en la acera de nuestra calle, vendiendo pipas.

Tengo una ilusión: que en las escuelas de Cataluña la lengua vehicular sea el catalanocastellanoinglés y en las de Euskadi el euskeracastellanoinglés y así sucesivamente, incluyendo el silbo, si se considera necesario. Me encantaría que los profesores llegaran a clase y, sin avisar, la dieran en inglés, pasando al castellano en la clase siguiente y al catalán en la otra. O mezclando idiomas, que sería más divertido.

Quiero que todos los chavales de España sean chavales globalizados. Que no sean solo de San Quirico, porque aquí te entiendes con todos, hables lo que hables. Pero cuando alguno de San Quirico se mueve por el mundo —y hay algunos que excepcionalmente bien, y, si no, que se lo pregunten a mi vecina Eva, que vende cuadros en Los Ángeles y en Seúl como los podía vender en Nueno, provincia de Huesca—, resulta que ese —esa, en el caso de Eva— sabe inglés.

De paso me gustaría mucho que esos chavales trilingües tuvieran una ortografía perfecta en los tres idiomas. Y digo esto porque recibo mensajes de chicos que me piden opinión para algún trabajo que les han encargado en el colegio o en la universidad, y de algunos se puede decir que no dan ni una. Cuando hay que poner b, ponen v, y viceversa. Y pasa lo mismo con la h y sin la h, y con la g y con la j, olvidándose de que Juan Ramón Jiménez, que decidió ignorar la g y poner todo con j, era Juan Ramón Jiménez, premio Nobel de Literatura, entre otras cosas.

Aprovechando la revolución, hemos de sacar gente bien educada. Y eso es responsabilidad de la familia. El colegio ayuda. Pero copiando una frase mía, que, como

me salió muy bien, la repito a todas horas, «si a mis hijos no les enseño que escupir al prójimo está mal, ya puedo mandar al niño a Harvard, que volverá escupiendo en inglés» —lo del inglés, en sí, sería una ventaja—.

Por eso, la revolución educativa exige unos profesores trilingües, bien educados, que sepan que ellos no educan, sino que ayudan a los padres a educar, y que, o les gusta su profesión —que es muy dura, porque aguantar a unos cuantos mozalbetes es muy pesado— o que se dediquen a otra cosa, que, como sabrán inglés, podrán encontrar empleo por el mundo.

O sea, que políticos empeñados en «doctrinar» en educación: olvidaos de las reformas educativas y haced una revolución educativa.

Si yo fuera ministro de Educación, que nunca lo seré, los profesores lo iban a tener crudo, porque les pondría un listón tan alto que tendrían que sudar —Manolo, un profesor al que conozco desde hace años, se saltaría el listón a la primera y le sobrarían dos palmos. Y gracias a Dios, no es el único—.

Si no crees que hay que ir a por la excelencia, no a pasar como se pueda, o sea, a sacar un 6,5 sobre 10 porque eres la mejor nota de la clase —es decir, eres el mediocrito rey en una clase de mediocres—, si no crees que hay que tener eso que ahora se llaman valores, que las abuelas los llamaban de otra manera —buena educación, honradez, lealtad, sinceridad, ayuda a los demás—, mejor quédate en casa y atribuye todo lo malo que te suceda en la vida —que será mucho— al alcalde de tu pueblo o, si piensas en grande, al presidente de tu comunidad autónoma o, si piensas en más grande —cosa que dudo— al presidente de la nación. Y ahí pararás, porque ni sabrás que existe la Unión Europea.

* * *

He dicho que el camarero de Harvard Square era un negrote y lo repito con todo cariño y todo respeto. Ya sé que ahora hay que decir que era de color, pero aquel era negro. Como el betún. Lo mismo que yo soy blanco. Como la leche. Las cosas son como son.

* * *

EL ARBOLICO

En Valencia me encontré un día con Miguel. Es un hombre de mi edad, aragonés, que vivía en Zaragoza cerca de mi casa y que dice que tiene más nivel que yo, porque él era de la parroquia del Gancho y yo, de la de San Felipe. Nunca le he preguntado qué diferencia había entre las dos y por qué es más que yo, pero lo cierto es que siempre que hablo con él noto que me mira por encima del hombro.

Miguel tiene unos cuantos nietos. Yo conozco a algunos. Le hablo del mayor, un chaval de once años, despierto, avisado, majo —para mí, decir que alguien es «majo» es el mejor piropo que le puedo echar—. Le digo:

—¡Qué chaval más listo!

Miguel hace un gesto raro y me sorprende. Me aclara que se ha extendido el rumor de que ese crío es listo. Que él no le considera listo. Que es un niño normal. Y añade:

—Es un arbolico que está creciendo y que ya veremos cómo es cuando se haga árbol grande.

Cuando pienso que ya me dado la lección de hoy, remata y me da la segunda:

—Yo me limito a cuidarlo.

Una vez más, Miguel me ha mirado por encima del hombro y, de una manera educada, ha vuelto a dejar claro que los de la parroquia del Gancho son de más categoría que los de San Felipe.

Vuelvo, entonces, a la revolución educativa: debe tener por objetivo fundamental que los ciudadanos de este país sean gente noble, honrada, leal, trabajadora, de fiar, personas que se sientan responsables de su pasado, de su presente y de su futuro, que no busquen subir la escalera utilizando como peldaños a los demás... La lista podía ser infinita, pero ya se ve por dónde voy.

Voy por la «formación de personas», palabras que enmarcaría y colocaría en cada sala de profesores de cada colegio de España, para que nadie se olvidara de lo verdaderamente importante.

Como ya he adelantado, la revolución educativa empieza por la familia y continúa en el colegio. Allí el chaval tiene que encontrarse con profesores que hayan leído el cartel de «formar personas» y se lo hayan creído. Y que no practiquen el amoralismo, doctrina viejísima que el Diccionario de la Real Academia Española define como «tendencia filosófica del siglo XIX que elimina de la conducta las nociones de bien y mal moral» —¡toma castaña con los modernillos amoraes que sufrimos ahora! Ya han conseguido llegar al siglo XIX. A este paso, se plantan en el XX en un plazo relativamente corto—.

¿Y el plan de estudios? Se me había olvidado, porque como doy tanta —tantísima— importancia a los padres en primer lugar o a los profesores en segundo, casi se me pasa por alto eso de que ahora hay que estudiar matemáticas, ahora no; ahora ponemos geografía y luego la quitamos; escribimos una cosa que le llamamos historia y en nuestra autonomía la explicamos contando que nosotros hemos ganado todas las batallas del mundo contra los malos del mundo, hemos inventado todos los inventos de la historia de

la humanidad y si algo nos ha salido mal, no ha sido por nuestra culpa, sino por lo malos que eran los demás.

Mi amigo Miguel se despidió de mí, se puso la gorra y se fue despacio para su casa. A la gente que se cruzaba con él le debió de parecer un señor mayor, más bien gordo, de esos que ya sirven para poco.

Pero mientras se iba, yo le miraba con admiración, porque le vi ocupado en hacer la auténtica revolución educativa, la que consiste en «cuidar el árbol» con amor, con dedicación, sin darle importancia, sin salir en los periódicos. Estuve a punto de correr detrás de él para darle un abrazo de agradecimiento en nombre de todos los arbolicos que hoy están creciendo y que, muy pronto, serán unos árboles maravillosos si los cuidamos bien y no los estropeamos. Me dio no sé qué y no lo hice.

Pero ahora, si tuviera los móviles de los últimos ministros de educación de nuestro país, y el de los próximos les llamaría para decirles:

—Dejaos de tontadicas y hablad con Miguel.

LOS CRACKS

Se repite varias veces al año, en eso que los medios llaman «el fichaje del siglo», que, como el partido del siglo, suele ocurrir varias veces al año. Me refiero a cuando se presenta un futbolista *crack* en un club, *crack* a la espera de que el susodicho no haga *crack* y venda muchísimas camisetas. Y si marca un gol, bienvenido sea.

Aparece vestido de gala ante mucha gente y mucho periodista. Todos felices. Es un chavalico. También está muy contento. Coge el balón y le da setenta toques antes de dejarlo caer al suelo. Si no hubiera anochecido, aún seguiría, y, además, sonriendo, sin darle importancia. A mí eso me admira, porque un día, en el Colegio del Salvador, en Zaragoza, le di tres toques a un balón antes de que se me cayera al suelo y acabé agotado.

Alguna vez me han preguntado qué persona ha influido más en mi vida. Cuestión muy difícil, porque soy incapaz de decir que gracias a don XX soy lo que soy. Siempre he creído que somos lo que somos gracias a nosotros y gracias a mucha gente que, a nuestro alrededor, nos ha ayudado con su manera de ser y su modo de vivir, frecuentemente sin conocernos ni enterarse de que nos estaba ayudando.

Estás agradecido a tu padre porque, con su vida, te enseñó a trabajar mucho y muy bien. Y a tu madre porque, también con su vida, te enseñó a querer. Y a un profesor del colegio para el que los alumnos eran lo principal de su vida y se quedaba trabajando horas y horas sin mirar el reloj ni leer el convenio colectivo de Enseñanza Pública. Y a aquel actor de Hollywood de los años cuarenta que al preguntarle por qué tenía tan buena fama en su vida privada, contestó:

—Porque mis pecados solo se los cuento a mi confesor.

Busco modelos para mis nietos. Mi primera impresión es que el «mercado de modelos» está difícil.

Que quienes silban un himno, una bandera, un símbolo que puede ser importante para otros no lo hace con la idea de ejercer su libertad de expresión, si no con el fin de molestar, o sea, de ser un ceporro maleducado. Y que el que pretende sembrar el odio entre Cataluña y el resto de España es un impresentable, aunque presuma de historiador.

Y que Neymar es un chavalico majo que, por ahora, no es un modelo para la juventud. Y que si mis nietos piensan que triunfar en la vida es venir en avión privado con sus amiguetes y la novia, y dejar al hijo en Brasil con la exnovia-madre del niño, alguien les tiene que decir que eso no es triunfar. Y por si no se lo dice nadie, se lo diré yo.

Yo, que estaba deseando que viniera Neymar, que ayudara a que Messi fuera el mejor jugador del mundo, que dijera; «Bona tarda a tothom», y, sobre todo, que metiera goles, a ver si así se me olvidaba el disgusto que tengo con el Zaragoza.

Y a mis nietos les diré también que si un día son los mejores estudiantes de España — que por el camino que van, dudo que lo sean—, cuando vaya a darles el diploma le tendrán que saludar con respeto y no pegarse la chulada de salir corriendo y presumir de

macho —ellas también—, porque le han hecho un corte de mangas simbólico a ese señor.

Modelos, por favor, modelos, en el sentido de «punto de referencia para imitar». Y nosotros, los mayores, que nos creemos que no necesitamos esos modelos, por lo menos, no molestar. No vaya a ser que algún chaval quiera ser como yo cuando sea mayor y yo sea un auténtico desalmado.

He hablado, así de pasada, de la libertad de expresión y el derecho a decir lo que se quiera. Es un tema controvertido que me tiene algo descolocado. Porque la libertad de expresión tiene límites. Repito: la libertad de expresión tiene límites.

Por mucha democracia, derechos y libertades que tengamos yo no puedo ejercer mi libertad de expresión y meterme con la madre de uno que me caiga mal y, aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, rematando y metiéndome con *tos* sus vecinos, familia y conocidos.

Cuando veo un estadio silbando el himno de España, no veo a miles de personas ejerciendo su derecho a expresarse, veo a miles de maleducados.

Cuando veo a un actorzucho meterse con la Virgen del Pilar, no veo libertad de expresión. Veo a un maleducado que, además, se mete con mi madre —me encantaría verle pasear por Zaragoza y comprobar si los maños quieren ejercer su libertad de expresión contra él—.

Porque, a veces, confundimos la libertad de expresión con la mala educación. Y ahí viene el lío.

Cuando veo gente bien educada, me entusiasmo. Quizá porque abunda la gente grosera, o porque no abunda, pero a los que hay se les ve y se les oye mucho. Cuando el rey echa piropos a su padre y a su madre me emociono, porque es de bien nacido el ser agradecido.

Casi todo es opinable, pero la buena educación es o no es, nada más. Si hay símbolos que unen a mucha gente de forma noble, es del todo respetable. Ya sé que se me dirá que lo de la patria es para los viejos chochos o para los no viejos nostálgicos, que algunos hasta se sabían —se saben, nos sabemos— la letra que compuso —¡horror de los horrores!— José María Pemán, y que, entre otras cosas, decía: «Gloria a la patria que supo seguir, sobre el azul del mar, el caminar del sol». Ya sé que eso es una vaguedad, como la de tantos himnos nacionales, cuasi nacionales o pueblerinos que sufrimos ahora.

¡Vete a decirle a cualquier pájaro de poca edad que se ilusione por algo, que se emocione por algo, que se le humedezcan los ojos por algo! En cuanto consiga que sus padres suelten la poca pasta que pueden soltar, ¡a vivir! Y después, a seguir viviendo, que uno es joven y llegará a viejo de una manera u otra.

Me acuerdo de un profesor de una Escuela de Ingenieros, hace muchos años. Sabía muy poco y era muy mal profesor, y se le notaba. Un día dedicó toda la clase a escribir una demostración en la pizarra. Escribiendo y escribiendo —con la ayuda de una chuleta— llegó al resultado correcto. Solo había un problema: había partido de una premisa equivocada. Cuando al acabar de escribir, el alumno listillo se lo dijo, cambió la ecuación de partida, mantuvo todo lo demás y dijo:

—Es lo mismo; el resultado es correcto.

9

SOBRE LA EDUCACIÓN. YO DE MAYOR QUIERO SER TIERNO GALVÁN

Mi vecino de San Quirico y yo nos pusimos filosóficos. Él me decía:

—Cuando pasan los años te das cuenta de las tonterías que has hecho de joven.

Esto me ayudó a recordar una que hice yo a los cuarenta y ocho años, edad que a mucha gente no le parece estrictamente juvenil.

En 1982 operaron a mi hija Elena en la Clínica Universitaria, en Pamplona. La recuperación fue lenta y yo tuve que hacer de madre —en Barcelona, durante la semana— y de padre —en Pamplona, los fines de semana—.

Todos los sábados cogía un avión, me iba a Pamplona, estaba con mi mujer y mi hija, y volvía el domingo por la tarde.

Un domingo hacía muy mal tiempo y nos anunciaron que el vuelo a Barcelona se cancelaba. Podía alquilar un coche, pero no me apetecía nada conducir unas cuantas horas con aquella lluvia.

Entonces descubrí que en la pista estaba un avión pequeño y que había un grupo de personas con cara de ir en él. Un señor de aquellos llevaba una gabardina azul y me pareció que podía ser el piloto. Me acerqué y le pregunté qué plan de vuelo tenían. Me contestó muy amable que aquel era el avión que utilizaba Tierno Galván en la campaña electoral y que iban a Madrid.

* * *

Supongo que te suena el nombre del «viejo profesor». Enrique Tierno Galván fue, después, alcalde de Madrid y causó sensación cuando, socialista él y culto él, recibió al papa Juan Pablo II con un discurso en latín.

* * *

El señor de la gabardina azul —que después me enteré de que era Urralburu, el que fuera presidente de Navarra— me dijo que iba a hablar con el piloto. Este dijo que sí, que me llevaban a Madrid, desde donde yo podría coger un puente aéreo para Barcelona. Me presentaron al piloto, diciendo:

—Aquí, el piloto. Aquí, el señor que va a volar con nosotros.

Me pidieron las maletas y me invitaron a embarcar.

* * *

Ya se ve que las medidas de seguridad del viejo profesor eran nulas y que se fiaba de cualquiera que le pidiera volar con él.

* * *

Fuimos hacia el avión Urralburu, Tierno Galván y yo en primera línea y unos chicos jóvenes, detrás. En el aeropuerto se quedó mi mujer y mi cuñado Carlos, que le decía:

—Tu marido está como un cencerro. Si le pasa algo a este avión, a ver cómo explicamos que iba en el avión haciendo campaña para el PSOE.

Mientras Tierno Galván se despedía de Urralburu, yo entré en el avión y ocupé mi sitio. Al cabo de un momento el profesor entró, se me acercó y me preguntó si estaba cómodo. Le contesté que, por supuesto que sí, pero que, después del favor que me hacían llevándome en el avión, me parecía excesivo que se preocupase por mi comodidad. Y Tierno Galván me contestó:

—Cuando uno tiene un huésped, siempre hay que preocuparse por que se encuentre cómodo.

El viaje fue una delicia. El profesor se puso a leer en la parte posterior del aparato y yo me quedé hablando con los chavales que colaboraban en la campaña y que me preguntaron, cuando ya estábamos volando:

—Usted nos votará, ¿no?

Les expliqué cuáles eran mis ideas políticas y les dije:

—Me atrevo a decíroslo ahora porque si os lo digo en el aeropuerto, igual no me lleváis.

Nos reímos mucho en el viaje y llegamos muy pronto a Madrid.

El profesor y yo llevábamos abrigos iguales. Yo señalé cuál era el mío y, al meter la mano en el bolsillo, me di cuenta que llevaba un rosario. Y pensé: «Menos mal que no nos hemos cambiado los abrigos. Porque si al pobre don Enrique, en un mitin, se le cae en público el rosario del bolsillo, pierde las elecciones».

En Barajas estaba la María, el avión en que hacía campaña Felipe —como ya éramos casi de la familia, a González le llamábamos Felipe—. La María era más grande que el nuestro, pero a mí, el «nuestro» me parecía más acogedor.

Tuvimos que aparcar el avión. El profesor empujaba por un ala y yo, por otra.

Me despedí de todos, les di las gracias y volé a Barcelona en el puente aéreo.

Al cabo de unos días me encontré al profesor y a los chavales en el hotel Ercilla, en Bilbao. Los chicos se acercaron inmediatamente. Yo les pregunté:

—Ganaremos, ¿no?

Y ellos, dejando de sonreír, me contestaron:

—Nosotros, sí.

Y ganaron.

En aquel vuelo el viejo profesor me dio una lección de finura. Me parece que hoy se nos ha ido la mano un poco en esto. Cuando preguntas a alguien qué tal está, muy pocos contestan: «Bien, ¿y tú?». Casi todos responden: «¡¡Bien!!».

A alguien le puede parecer que estos son convencionalismos sociales, pero si a la vida no le ponemos un poquito de aceite y no la engrasamos algo, resulta que cada día somos más burros y es más difícil y más desagradable ir por la calle.

Esto de la finura —otros le llaman la buena educación— no es cuestión de dinero. Hay ricos que son ordinarios como tochos y menos ricos con los que da gusto hablar.

No sé qué habrá sido de mis amigos los chavales socialistas. Quizá son ministros. Eran finos, educados. Sabían que pensábamos de manera diferente, pero que cabíamos todos en este país y, más aún, en aquel pequeño avión.

Yo creo que en esto de la educación hay que «pasarse». Es preferible pedir todo «por favor» que ir dando órdenes a troche y moche. Es preferible decir siempre «muchas gracias» y no pensar si aquello era la obligación de esa persona.

Es preferible dar la bienvenida en una reunión a la persona que se incorpora que no pensar: «Bastante he hecho con nombrarle consejero. ¡Y con lo que cobra!». Es preferible felicitar a uno por algo que ha hecho bien y no decir siempre que «todos» lo hacen mal «todo» y, además, con mala intención.

Es preferible no pararse en la cortesía, ni pararse en la tolerancia, que a mí siempre me ha parecido una palabra triste —«A ver si consigo tolerarte»—.

Hay que llegar a la amabilidad, y, si me apuras —muy poco—, al cariño, con la gente que nos rodea, que bastantes hipotecas tiene este valle de lágrimas como para que unos y otros, además, nos hagamos la vida imposible.

O sea, que es preferible ser persona, darse cuenta de que tratamos con personas, de que hablamos con personas y de que la empresa, la familia y el club de natación donde todos los días nada mi consuegro —uno de los varios— están formados por personas. Personas con sus ilusiones, sus ambiciones nobles, sus preocupaciones, sus éxitos y sus fracasos, que de todo hay.

Mi amigo de San Quirico, después de oírme la perorata, llamó al camarero y dijo:
—¿Se debe algo?

10

YO DE MAYOR

QUIERO SER UN FAN DE LA FAMILIA

He hablado mucho sobre la familia y poco puedo agregar ya. Hice un libro monográfico sobre ello —creo que es lo mejor que he escrito y, entre nosotros, tampoco es para el Nobel de Literatura, pero a muchísima gente le gustó y entendió que la familia es un lugar divertido, un lugar de acogida y de unión—.

Como ser fan de la familia forma parte de mis jóvenes ochenta y dos años actuales, quería trazar cuatro ideas que he encontrado apuntadas en algunas servilletas.

Hay que ser consciente de que cuando se forma una familia se forma un nuevo mundo, una vida de aciertos y desaciertos, de algunas preocupaciones pensando lo que puede pasar, y de alegrías al ver que no ha pasado... Lo normal.

Una vez leí en un periódico que hablaban de los altibajos que había tenido una pareja muy famosa a la que auguraban un inminente divorcio. De nuevo, otro vaticinio que acabó en error. Mi mujer, al leer la noticia, me dijo:

—¿Deberíamos hacer nosotros nuestra lista de momentos de altibajos en nuestros cincuenta y siete años de casados?

Al cabo de diez minutos, a mi mujer le entró la risa floja:

—¿Por qué estamos perdiendo el tiempo haciendo la lista de altibajos, si eso es lo normal en la vida?

Eso es lo normal en la vida: los altibajos. En la vida de un matrimonio, en la de un club de fútbol —que se lo pregunten al Zaragoza—, en la de un boxeador, en la de un camarero y hasta en la de una *stripper* que, de repente, ve que otras se desnudan con más éxito.

La familia tiene que ser el lugar donde grabemos con letras de oro la frase: «No me amargo porque no me da la gana».

Mis suegros, padres de diez hijos, eran majísimos. Cuando empecé a ir a su casa, me resultaba difícil orientarme —era hijo único—. Poco a poco me fui acostumbrando, y, ahora, cuando en San Quirico no hay veinte personas, entre hijos, nietos y amigos, tengo una angustiosa sensación de soledad.

En casa de mis suegros había normas. La gente puede pensar que eso es lo natural en una familia numerosa. Yo también lo pensaba hasta que me casé, los hijos fueron llegando y nuestra casa se convirtió en lo que un periodista calificó de «caos organizado». Ni normas ni nada. Y las que podía haber, no estaban escritas, con lo cual era más fácil cambiarlas.

Una de las normas de mis suegros era que en las comidas no se podía hablar ni de religión ni de política. Les debía de dar miedo que las discusiones se enconasen y que los

hermanos se olvidaran de lo principal, que era quererse. Cuando ahora les veo reunirse una vez al año simplemente para demostrar y recordar que siguen siendo hermanos, me hace mucha ilusión.

Ya he dicho que en mi casa no hay normas. Las comidas siempre son una sorpresa, porque nadie sabe sobre qué se va a discutir en cuanto sirvan el primer plato —en cuanto lo sirvan los hombres, porque en mi casa, las mujeres no se levantan a la hora de comer, una norma—.

Con tanta gente, cada uno piensa como quiere y, peor aún, lo hace en voz alta. Digo «peor aún» porque, de vez en cuando, alguno se tira a la piscina y sostiene muy serio algo que hace estallar la discusión inmediatamente. Y, además, lo hace con toda la intención, porque, muchas veces, me mira y me guiña un ojo, como diciendo: «Ya verás cómo entran al trapo». Y entran. Siempre. No hay trapo que se quede ondeando en el aire. Entran.

Mis hijos tienen una ventaja: que dicen lo que piensan y que, además, lo hacen gritando y con cara de que se lo creen. Así no te queda ninguna duda: son transparentes como el agua de un arroyo cristalino.

Alguno no es imparcial, porque los recortes le han llegado al alma, pasando por el bolsillo.

En la discusión, mi mujer y yo no solemos intervenir. De vez en cuando nos miramos y sonreímos. En la última, en plena cena, iban llegando otros hijos que se incorporaban en marcha a la discusión sin saber muy bien de qué iba. Pero como el objetivo era discutir, tampoco tenía mucha importancia el tema. Me gustó que nadie se metiera con nadie en lo personal. Ninguno dijo a otro: «Claro, como a ti te van bien las cosas...». No. En el fragor de la batalla dialéctica había una norma —ya llevamos dos—: la del respeto a la persona con la que no se está de acuerdo.

En mi casa se bendice la mesa al empezar a comer o a cenar. Por tradición, bendice el más pequeño que sepa hacerlo —más normas—. Al acabar, damos gracias. Esa oración la rezo yo, y marca el momento en que el que tenga sueño o ganas de irse, se va.

No hace mucho cuando la discusión estaba en todo su esplendor, mi mujer dijo:

—¿Rezamos?

Todos se callaron, yo di gracias, ella se levantó, dio las buenas noches, echó un beso a todos —porque si se pone a besuquear uno por uno, aún estaría haciéndolo— y se marchó. Aguanté cinco minutos y también me levanté para irme. Una de las hijas, cuando me iba, me dijo en voz muy baja:

—Cobarde, sacas el tema y te largas sin decir lo que piensas.

A esa sí que le di un beso.

Me quedé en el despacho unos veinte minutos, contestando unos correos que me habían llegado. Salí y me encontré a los discutidores tumbados en unos sillones muy cómodos que tenemos, viendo la tele y riéndose juntos.

Y me fui a la cama feliz. Y renové mi idea: soy fan de la familia.

LA NAVIDAD

Aprovecho este momento en el que hablo de la familia para incluir algunas ideas sobre la Navidad.

En el libro *36 cosas que hay que hacer para que una familia funcione bien* dije que hay que celebrar todo. Que suficiente tenemos con los pájaros que nos gobiernan y las desgracias terribles como para no festejar todo lo posible. Cumpleaños, santos, aniversarios de boda, comunión o bautizo, graduaciones, exámenes aprobados, bolis encontrados. Todo.

Por eso me gusta la Navidad. Nadie me puede aguar la fiesta: ni la falta de dinero cuando en nuestra familia dábamos de comer a los doce hijos —que te prometo que todos comían, y mucho— ni cuando me intentan convencer de que el consumismo lo invade todo.

Yo celebro muchas cosas en Navidad. Unas muy profundas porque soy católico. Y otras importantísimas porque lo son en sí.

Lo de la «feliz Navidad» sale del corazón. Porque querer que alguien sea feliz es algo muy serio. Es querer:

- Que a ese alguien le vayan bien las cosas.
- Que su familia le quiera y que se note que le quieren.
- Que se encuentre acompañado en los momentos buenos y en los menos buenos.
- Que sepa que siempre tiene un rincón calentito donde acudir cuando las cosas vienen mal dadas, que, a veces, vienen.
- Que los demás (familiares, amigos, vecinos) sepan que en casa de esa persona tienen muchos rincones calentitos para cuando a ellos las cosas les vengán mal dadas, que, a veces, les vendrán.
- Que, de vez en cuando, esa persona se pueda quedar sola con sus cosas y sus pensamientos y algún rezo que otro, aunque oficialmente uno no crea en nada, sea una persona a la que le gusta el ruido y le vaya la marcha y las muchedumbres.
- Y más cosas, que seguro que entre todos podríamos poner.

Celebrar la Navidad no es más que aprovechar para demostrar que tienes amor que dar. Algo que, hasta no hace mucho, era propio de quien vivía su vida normal. Y que forma parte de la familia, de su trayectoria vital. También, como decía antes, las alegrías y las penas, las leyendas familiares, las historietas míticas... Todo ayuda a crear un mundo —un ecosistema que diría algún resabido— de comodidad.

Recuerdo que cuando mis hijos eran pequeños y se rompía algo nunca había sido nadie. Simplemente, aquello se había roto. Si mi mujer o yo dejábamos algo en su sitio y siete días más tarde aparecía debajo de la cama o encima de la nevera, tampoco había sido nadie. Todos ponían caras angelicales, absolutamente inocentes.

Como consecuencia, mi mujer inventó lo del señor pequeñito que entraba por la ventana, hacía desaparecer las cosas o las cambiaba de lugar, poniéndolas en los lugares más inverosímiles. A partir de entonces, cuando pasaba algo raro, la familia gritaba al unísono:

—¡Ha sido el señor pequeñito!

Y es una gozada ver que ese señor pequeñito también vive en casa de mis hijos, en muchas de las cuales, ya empiezan a romperse cosas de forma misteriosa.

Al ver esto pienso que bendita familia y bendita comodidad.

11

SOBRE LA FAMILIA. YO DE MAYOR QUIERO SER JULIO IGLESIAS

Mi mujer y yo estamos siendo muy felices en nuestro matrimonio. Hace unos años celebramos nuestras bodas de oro y lo celebramos tirando la casa por la ventana y con todos nuestros amigos.

Es muy difícil decir cuáles han sido las causas para que, cincuenta y siete años después, las cosas nos sigan yendo tan bien. Cuando digo «las cosas» me refiero a que sigamos ilusionados, a que nos sigamos queriendo, a que mi mujer me siga pareciendo guapísima y que yo a ella le siga pareciendo normalito, que ya es bastante.

Si nos ponemos a pensar en las causas, me parece que la lista sería interminable y, además, incompleta. Para detallar lo que nos ha pasado en más de cincuenta años harían falta muchas páginas y se nos olvidaría la mitad.

Pero sí hay un punto en el que he pensado muchas veces: que mi mujer me aceptó como yo era, y me sigue aceptando, y que yo la acepté a ella como era, y la sigo aceptando. Lo digo por activa y por pasiva: a la gente hay que quererla tal y como es. Que ella nunca quiso que yo fuera como Julio Iglesias ni yo le comparé nunca con Rita Hayworth.

Que yo me casé libremente con una chica que me gustaba y que me sigue gustando, y que tiene sus virtudes y sus menos virtudes. Y que ella se casó con un chico que alguna virtud tendría y que puedo asegurarte que tiene bastantes «menos virtudes». Y esto que me ha pasado en mi matrimonio me sirve para otras muchas situaciones.

«Con estos bueyes hay que arar» es una frase que ya he puesto antes —nunca me ha gustado del todo, por lo de los bueyes, pero que refleja perfectamente lo que pienso—. Y pienso que:

- Hay que aceptar a las personas como son, no como quisiéramos que fueran o como nos haría ilusión que fueran.
- Al hablar de «personas» me refiero al marido, a la mujer, a los hijos, a los nietos y a nuestros amigos.
- También me refiero a nuestro jefe, a nuestros subordinados, a los clientes, a los proveedores y al del bar donde solemos desayunar.
- Las personas mejoran, pero no cambian. Es decir, que el que tiene mal genio, si lucha mucho, conseguirá tener un poco menos de mal genio, pero no se caracterizará nunca por ser el más amable de la urbanización.
- En ese aceptar e intentar ayudar a que mejoren las personas que nos rodean nos jugamos mucho.

— Nos jugamos:

- a. La paz en el matrimonio y el cariño de nuestra familia.
- b. El poder trabajar a gusto en nuestra empresa sin creer que, en ese preciso momento, alguien está hablando mal de nosotros a nuestras espaldas.
- c. El dejarnos de fantasías en la familia, tales como:
 - i. «Si mi mujer fuera de otra manera, las cosas nos irían mejor».
 - ii. «Si mi hijo fuera medio metro más alto y, además, supiera jugar al baloncesto, a estas alturas estaría en la NBA y yo viviría en Estados Unidos».
- d. El dejarnos de fantasías en la empresa, tales como:
 - i. «Si este subordinado fuera de otra manera, esto iría mejor».
 - ii. «Si mi jefe fuese el tío más cariñoso, amable y dicharachero del mundo, la empresa funcionaría de otra manera».

¡¡Qué horror!! Prefiero ser feliz con esta persona «concreta», prefiero querer a esos seres «concretos» que son mis hijos, prefiero procurar trabajar muy bien en ese trabajo concreto y con esas personas concretas que tengo a mi alrededor.

Y si de paso les ayudo a mejorar y, también de paso, ellos me ayudan a mí, miel sobre hojuelas. O sea, como dice un amigo mío: ¡Bingo!

12

YO DE MAYOR QUIERO PENSAR EN LOS DEMÁS

A veces se nos llena la boca de frases preciosas con las que presumimos de lo mucho que queremos a los demás. Intentamos mostrar que somos generosos, que somos desprendidos, que los demás pueden contar con nosotros.

Con los amigos, también. Los amigos se distinguen porque siempre te dicen lo que les parece que te conviene y nunca lo que les parece que te gustaría que te dijeran, aunque no te convenga. O sea, que cuando un amigo te cuenta que algo no funciona bien, el amigo es el que te sitúa el problema en frente y te da pistas de lo que debería hacerse y te plantea las preguntas adecuadas. ¿No será que las cosas son más simples de lo que parecen? ¿No será que cuando un matrimonio riñe —que es lo más normal del mundo—, en vez de plantearse cómo romper aquello es más fácil ver cómo arreglarlo?

Al margen de los amigos, darse a los demás implica renunciar a uno mismo. Ya sé que hoy en día es muy difícil transmitir esta idea a los jóvenes. Abandonar lo tuyo para ayudar a los demás en algunos casos es como una fórmula matemática irresoluble.

Hacer cosas por los demás es la única forma de vivir una vida plena.

A veces lo que nos falla es el *marketing*. Creo que no hay mejor *marketing* que ayudar haciendo las cosas de forma discreta, sin que se entere la gente. Porque a quien le tiene que repercutir —al necesitado—, le llegará tu acción de sobra y te repercutirá inmediatamente a ti que también eres un necesitado, pero de otro tipo.

Esto es la solidaridad, la palabra que gracias a la oleada de modernidad de las últimas décadas a cambiado de acento y se dice ahora solidaridad.

Añado que en los tiempos duros, o sea, aquellos en los que tenía que dar de comer y de estudiar a tantos mozos —ocho— y a tantas mozas —cuatro—, que no sé si estudiaban mucho, pero que, como he dicho, comían una barbaridad, ya en aquellos tiempos, digo, procuraba echar una mano a instituciones que hacían cosas buenas y de las que me fiaba.

Hay que dar dinero a personas u organizaciones que hacen cosas buenas por la sociedad y que ahorran al Estado muchos millones de euros, sacrificándose por los demás. Y por ello, la lista de nuestros gastos mensuales debería tener fija la partida de «donativos».

Las malas situaciones, como esta crisis mundial, pueden fomentar el egoísmo. O sea, pensar que con lo mal que lo estoy pasando y con lo negro que está el horizonte, allá los demás con sus problemas. Pues mira, no. Allá los demás, no. Allá tú, allá yo, echando una mano a esos que lo pasan todavía peor. Que hay muchos.

ALGO ESTAMOS HACIENDO MAL

Leí un estudio hecho por Unilever que decía que los restaurantes españoles desperdiciaban más de sesenta y tres mil toneladas de comida al año.

Esto, en euros, es mucho, muchísimo: doscientos cincuenta y cinco millones. No es una cifra como las que estamos acostumbrados a ver, que todo son miles de millones de euros, pero *déu n'hi do*, que dicen los catalanes. O sea, que no está mal del todo.

Como siempre ocurre, mientras leía este estudio, encontré en *La Vanguardia* una noticia relacionada. No sé si es que las cosas coinciden —uno de mis hijos a esto lo llama «patafísica»— o es que, cuando lees algo nuevo, te fijas más en cosas que antes pasabas por alto. La noticia era escalofriante: decía que en Europa acababan en la basura ochenta y nueve millones de toneladas de alimentos al año.

De Bruselas a Somalia hay once mil quinientos kilómetros. En coche, según Google, siete días y siete horas con tráfico. En avión, supongo que unas doce horas. O sea, que si sales a las siete de la mañana puedes estar allí a las siete de la tarde, a tiempo de ver el telediario somalí, porque en Somalia deben de ser las nueve.

O sea, que, prácticamente, Somalia está ahí al lado. Y ahí al lado se nos muere la gente de hambre mientras nosotros tiramos a la basura ochenta y nueve millones de toneladas, o sea, ochenta y nueve mil millones de kilos de comida. Esto quiere decir que si nos pusiéramos en cola los siete mil millones que vivimos en este mundo, para repartirnos lo de la basura nos tocarían a 11,7 kilos de comida por persona, vamos, un kilo de comida al mes para cada uno.

Como en Somalia hay menos de siete mil millones de personas, los que hay se hartarían de comer y sobraría comida para Etiopía, Sudán y unos cuantos países más.

Algo estamos haciendo mal. Muy mal. Yo ya sé que los ochenta y nueve mil millones no son utilizables, pero, hombre, algunos, sí. Me hace ilusión que la Unión Europea se diera cuenta de eso. Me preocupa que el Parlamento Europeo haya «comenzado a mover la pesada maquinaria comunitaria para mejorar la eficacia de la cadena alimentaria del campo al consumidor». Y que, como consecuencia, quieran reducir esa cifra a la mitad para el año 2025. O sea, que nos faltan nueve años para que el problema se reduzca a la mitad.

Tengo un amigo que un día, por falta de datos, hizo un juicio muy negativo sobre una persona. Cuando esa persona se enteró, le dio todos los datos que demostraban que su comportamiento había sido correcto. Mi amigo le pidió perdón, y añadió:

—Cuando uno mete la pata, la saca.

Tenemos la pata muy metida en muchos temas. Ha llegado el momento de sacarla. Costará más o menos, pero hay que empezar a sacarla.

Hace tiempo alguien me dijo que el Gobierno no estaba haciendo nada contra el aborto —otro problema gordo—. El que me lo dijo ponía cara de urgencia, porque el tema es urgente. Las cifras, muy feas.

Tengo datos de 2008, o sea, un poco pasados. Ese año en la Unión Europea se realizaron 1.207.646 abortos. No sé qué habrá pasado desde esa fecha, pero me parece

que las cifras anuales se han mantenido más o menos.

Voy poco al cine. A la hora de comer le suelo decir a mi mujer:

—Esta noche, vamos.

Ella me mira con cara de pena y me responde:

—Tendrás sueño.

Y tengo sueño. Y no vamos al cine. Y con la tele me pasa lo mismo. Pero un día en San Quirico nos quedamos a ver una película que no me acuerdo cómo se llama, con Dustin Hoffman de protagonista y una chica muy maja que tampoco sé cómo se llama.

En la película, Dustin y la chica están empezando a tontear. Sentados en dos sillas, en un bar, ella mira a lo lejos y, sorbiéndose las lágrimas, le dice que hace tiempo se quedó embarazada y que se libró del niño sin pensarlo mucho. Añade:

—Muchas veces pienso si aquel hijo sería ahora un gran director de orquesta. O un neurótico.

Aquí hay que aclarar que se puede ser neurótico y gran director de orquesta, y neurótico con un oído como un saco de patatas. Pero para cualquiera de las cosas hay que «ser», y si no me dejan que sea y se me cargan cuando estoy pensando si ser director de orquesta neurótico o neurótico no director de orquesta, problema resuelto. Resuelto para todos, excepto para el neurótico en potencia, que se va a la basura, y allí se encuentra con las ochenta y nueve mil millones de toneladas que le podían haber dado de comer a él y a los restantes 6.999.999.999 habitantes del mundo.

Algo estamos haciendo mal. Muy mal. Nos cargamos a la gente, por aquello de que somos libres. Tiramos a la basura los alimentos, por aquello de que somos libres. Y mientras tanto unos cuantos, unos muchos, gracias a Dios, se matan a trabajar en esos países pobres —incluida España— en los que hay colas de personas que no pueden comer. Y en mi parroquia nos piden que llevemos comida. No dinero. Comida. Porque en el mundo —y en mi barrio— hay gente que no puede comer.

* * *

Hablando de estos temas, me dijo uno que si quería hacer obras de caridad, que las hiciera. Pero ¿cómo le digo yo a ese señor que esto no es caridad, sino justicia?

* * *

Y pensé que los mediocres desaparecerán algún día y que algunos irán a la cárcel y que nos volveremos a enterar de que lo importante es lo importante, y que lo no importante no tiene importancia, como su propio nombre indica.

Y que lo importante estará ligado a la responsabilidad individual y la responsabilidad individual estará ligada a la honradez, y la honradez estará ligada a un trabajo bien hecho, y el trabajo bien hecho estará ligado a trabajos de verdad. No a empleos falsos pagados con dineros auténticos —los nuestros—.

Es verdad que hay dos clases sociales: la mayoría y la minoría. La mayoría, que sabe lo que está bien y lo que está mal y que asiste pasmada al espectáculo diario en el que los de la minoría exhiben sus vergüenzas y, sobre todo, sus desvergüenzas, intentando que nos creamos que, para triunfar en la vida, hay que ser como ellos.

Yo quiero seguir en mi clase social, porque intento ser de la mayoría. Y tengo la esperanza de que mi clase social arrincone a la otra.

13

SOBRE LA SOLIDARIDAD. YO DE MAYOR QUIERO SER ITZHAK PERLMAN

El otro día leí una cosa que me gustó. Se refería a Itzhak Perlman, un violinista que yo no sabía ni que existía. Si tú lo sabías, perdón por mi ignorancia.

Este señor tuvo polio. Al cabo de los años, en un concierto en Nueva York, se le rompió una cuerda del violín. Silencio absoluto. Consternación general. La sustitución del violín por otro era una tarea un poco pesada. Andaba mal, tenía que salir dificultosamente, afinar el nuevo violín, volver a entrar.

Perlman estuvo con los ojos cerrados unos momentos, sonrió y, ante el asombro de todos, indicó al director de la orquesta que podían seguir. Tocó maravillosamente. Al acabar, el público, el director y el resto de los músicos, puestos en pie, le dieron una enorme ovación. Él levantó el arco del violín para pedir silencio, y dijo:

—¿Saben?, a veces el deber del artista es descubrir cuánta música puede hacer con lo que le ha quedado.

Nos está quedando menos de lo que teníamos. Es muy posible que nos quede todavía menos. Pero hay que descubrir cuánta música podemos hacer cada uno con lo que quede. No cuánta música puede hacer el Gobierno para que toquemos el violín. Porque nosotros somos el violín.

¿Te imaginas a cuarenta y seis millones de habitantes siendo empresarios de sus propias vidas, intentando, intentando, intentando, sin hablar de la crisis, sin esperar a que el Gobierno nos sacara las castañas del fuego, probando ideas, echando horas y horas al trabajo, horas y horas a la familia, horas y horas a sus amigos?

YO DE MAYOR QUIERO TENER CRITERIO SOBRE POLÍTICA

Me da la sensación, cada vez que reviso el tema, que el abismo entre lo que los políticos dicen y hacen, y lo que la sociedad quiere y demanda, es cada vez mayor. Y no solo eso: la gente, nosotros, estamos luchando como jabatos para sacar este partido de fútbol adelante.

Pensaba hace poco que andamos enloquecidos y que, alguna vez, tenemos ganas de pedir «suspensión de actividades». O sea: «Dejadme un poco en paz, no me atosiguéis con más discursos sembradores de odio, no me agobiéis diciendo lo malos que son los demás y lo buenos que sois vosotros, porque, como dice mi amigo Alberto, sois todos una castaña. Dejadme una temporada. Luego, ya volveréis a molestar lo que queráis, pero parad un poco».

Por favor, ¡basta de ruido!, que nadie puede trabajar con el estruendo que hay. Que cuando a alguien no le gusta algo, en vez de hablar de ese algo donde tiene que hablar y con quien tiene que hablar, sale a la calle, se compra un altavoz y grita diciendo cosas que no tienen nada que ver con el asunto de que se trata, porque su objetivo no es ayudar, sino enmarañar las cosas e intentar sacar todo lo malo que los humanos llevamos dentro, que, por aquello del pecado original, es bastante.

Y así, en vez de perdonar, azuzamos. En vez de aclarar, oscurecemos. En vez de olvidar, inventamos —he dicho inventamos. No he dicho recordamos—.

Para empezar, debemos cuidar conceptos. Hay que hablar de «el otro» y no de «el adversario», porque en mi España, adversarios, ni uno. Personas con opiniones distintas, todas. Eso es muy bueno. Y el que no lo sepa, que se entere. Y el que no lo admita y, además, vea adversarios por todas partes, que vaya a un psiquiatra corriendo. Yo le puedo recomendar dos.

Lo malo es que no se me ocurre nada para solucionar las cosas de forma rápida. Esto es profundo. Pero si un país que no iba mal del todo, en el que, en un momento difícil, se pusieron todos de acuerdo para decir eso de «tú te olvidas, yo me olvido, nosotros nos olvidamos y todos nos ponemos a trabajar», no puede haberse convertido de la noche a la mañana en un país en el que yo no me olvido, tú no te olvidas y aquí no se olvida nadie de nada, ni de lo que me hiciste ayer por la mañana. Y además de no olvidarse de nada, se les ocurren cosas que los normales ven con cara de asombro, mientras los anormales gritan ¡olé!

Cuando les oigo, pienso que no hay derecho a que tengamos que aguantar y sufrir a tanto tonto. Y que, además, tengamos que ver cómo se jalean unos a otros, y cómo se jalean unos a unos, o sea, a sí mismos.

* * *

Antes se chillaba chillando. Ahora se chilla en portadas de periódicos. El resultado es el mismo: empate a cero.

* * *

Mi amigo de San Quirico dice que una cosa es gobernar y otra, dirigir. Que lo de gobernar le suena a gobernadores romanos, que solían ser un poco bestias, y que lo de dirigir le suena a saber dónde vas. Es una manía que tiene hace tiempo y a la que yo nunca había hecho mucho caso, pero que ahora me está dando vueltas por la cabeza.

Como siempre, he ido al Diccionario de la Real Academia Española, que dice que no hay mucha diferencia entre «gobernar» y «dirigir», con lo que algunos argumentos de mi amigo han saltado por los aires. Pero, lleno de moral, insisto y copio solo lo que conviene a la teoría de mi amigo. El Diccionario dice que «gobernar» es «dirigir un país». Y de «dirigir» dice que es «llevar rectamente algo hacia un término o lugar señalado». Y de ahí deduzco que para dirigir hace falta saber adónde hay que ir. Aquí puede haber dos contestaciones: a ganar elecciones y a hacer que España funcione bien.

Y señala mi amigo que «dirigir» es un proceso —él dice «una cosa»— que tiene siete pasos. Y como le veo lanzado, copio, mientras le doy fuerte al jamón ibérico que, no sé si es por el frío con el que ha llegado octubre a San Quirico, hoy está riquísimo.

Según mi amigo, los siete pasos son:

- Saber dónde estamos.
- Saber dónde queremos ir.
- Determinar qué hay que hacer para pasar de donde estamos adonde queremos ir.
- Determinar quién lo va a hacer.
- Determinar cuánto dinero nos va a costar.
- Determinar de dónde vamos a sacar ese dinero.
- Hacerlo.

Y tener en cuenta estos tres principios básicos:

- No es un triunfo que nos podamos endeudar más.
- Es malo estirar el brazo más que la manga.
- No es bueno tirar millones de euros a la basura en caprichitos.

Y como soy el abanderado de la causa europea y, nos guste o no, estamos yendo a velocidad de crucero hacia los Estados Unidos de Europa, no me canso de repetir que a mí me parece que la Unión Europea es una familia en la que los hijos —las naciones que la forman— se comprometieron a portarse bien, a no gastar más de la cuenta, a no subvencionar todo lo subvencionable, a no tirar el dinero en auténticas bobadas, a

trabajar mucho, a trabajar bien, a eliminar parásitos, a decir la verdad sobre sus cuentas...Y eso es duro de asumir tras vivir como ricos siendo elementalmente pobres.

Y como este país que es España, y esta nuestra comunidad, que es Europa, está compuesto de personas, hay que pensar que, como en todas partes, nuestra sociedad cuenta con muchas personas muy presentables y otras muy impresentables. Y muchas que luchan por salir adelante trabajando y algunas que quieren salir adelante sin trabajar. Pero son más los «buenos» que los «malos» —pongo entre comillas buenos y malos porque buenos totalmente buenos no hay, y malos totalmente malos, quiero creer que tampoco—. Y eso da mucha esperanza, que a estas alturas de la película es casi todo el guion.

Creo que el lío mental que tenemos en Occidente cada vez es más evidente.

Vivimos un momento de auge de populismos. Ya sé que nos estamos como hace setenta años, ni nada parecido, gracias a Dios. Pero hay muchas formas de imponer ideas de forma sutil, haciendo como que son democráticas cuando en realidad atentan totalmente contra la dignidad de las personas.

Vivimos una época en la que sabemos, también gracias a Dios, que las dictaduras no son buenas, está más que claro. Pero que por el simple hecho del paso de los años, sean unas buenas y las otras malas, como estamos haciendo ahora, nos acabará creando tal exceso de personalidades que al final acabaremos teniendo una multisociedad multidemocrática, multidictatorial y multiesquizofrénica, porque eso no habrá mente sana que lo aguante. En España somos expertos en esto.

Y cuando uno se va de España durante unos días, tiene tiempo suficiente para darse cuenta de que:

- Todos nuestros problemas no son para tanto.
- La mentalidad de que mi pueblo es mi pueblo y los demás pueblos, incluido Nueva York, no valen nada, es ridícula.
- Lo de la globalización es verdad. Lo incómodo es que te cansas.
- Las personas con las que te encuentras son normales, o sea, que se dan cuenta de las cosas que pasan.

Ver que aquel proceso en el que se había instalado la crisis formado por sinvergüenzas —estúpidos— ingenuos, se puede convertir de forma real en un viaje a la inversa, fulminando nuestra ingenuidad por sensatez contra los estúpidos y los sinvergüenzas.

Le preguntaron a sir Alex Ferguson, entrenador del Manchester United desde 1986 hasta 2013, cómo hacía para ir renovando con éxito un mismo equipo a lo largo de los años, y contestó:

—Es sencillo: solo hace falta ir expulsando a los estúpidos.

La receta me parece estupenda. Quizá habría que ofrecerle un puesto a sir Alex aquí en España para que trabajara una temporada —a tiempo completo, claro— y nos ayudase a aclarar la situación.

Veo que «estúpido» quiere decir «necio, faltar de inteligencia». E inmediatamente antes, el Diccionario dice que «estupidez» es el «dicho o hecho propio de un estúpido».

Una vez leído esto, coge un periódico, el que quieras, y empieza por la primera página y comprueba si no es necesario tener a sir Alex Ferguson a tiempo completo en España.

Pienso que la mayoría de los partidos políticos ha montado un tinglado de suciedad viscosa y pestilente a su alrededor, del que viven los partidos en sí, los que mandan en esos partidos, las familias de los que mandan, los amigos, etc.

Me repito mucho, pero es que esta gente, también. Y si ellos no cambian de rollo, yo tampoco. No se puede ser sinvergüenza. Me refiero a toda esa gentuza que se salta a la torera el bien y el mal, confunden el bien con el mal, cuando hacen el mal ponen cara de que hacen el bien, mientras se van insultando cuando a alguien se le ocurre tirar ligeramente de alguna mantita.

Me encantaría que nuestros políticos fueran competentes, trabajadores, inteligentes, educados, con una vida que pudiera servir de modelo a los demás, sin decir «mírenme, qué guapo soy», pero «siendo guapos», de manera que la gente dijera:

—Ese tío es como Dios manda.

No hace falta ponerlo, pero lo pongo: que sean honrados. No hace falta ponerlo por lo mismo que cuando Florentino Pérez, en un anuncio, busca un jugador para el Real Madrid; entre las condiciones no está «que sepa jugar al fútbol», porque se da por supuesto. La honradez es una asignatura obligatoria, no opcional.

Imagino una familia, unos vecinos, un país, un continente, un mundo en el que esos seis requisitos anteriores—seguro que hay más pero estos me parecen imprescindibles—se cumplieran. Imagino cómo repercutiría en mi familia, en mis vecinos, en mi país, en mi continente, en mi mundo... Aquella revolución civil de la que hablo y que ansío cada vez está más cerca. —Iba a añadir «yo no me voy de este mundo sin ver esa revolución civil», pero no lo digo por si tarda más de lo previsto—.

¡Menuda revolución civil! ¡Esta sí que me gusta! La revolución individual de cada uno para tener más criterio, para matarse a trabajar, para buscar empleo por el mundo, para aprender inglés, para saber que todo depende de uno mismo y para entender que lo de Estado del bienestar nos gusta a todos, pero que eso cuesta dinero, bastante, y ahora no hay.

Y así, a fuerza de muchas revoluciones individuales, un día nos despertaríamos viendo que habíamos hecho «la» revolución, sin ruido, que es como se hacen de verdad las grandes revoluciones.

LA FÓRMULA SECRETA

Para mí hay una ecuación fundamental para que entre todos podamos —siempre— sacar las cosas adelante. La ecuación es la siguiente:

A (austeridad) + C (crecimiento) + RES (reformas estructurales), todo ello envuelto en H (honradez) = dar la vuelta a España como un calcetín.

Austeridad es gastar con la cabeza.

Crecimiento es ayudar a las empresas.

Reformas estructurales es quitar todo lo que sobra en las diecisiete nacioncitas que forman España y reducir la administración del Estado a lo imprescindible. Sobre estas he escrito ya mucho.

Y, finalmente, la variable envolvente: la H. La honradez. En este tema estoy dispuesto a aceptar cualquier eslogan: «¡Basta ya!», «¡Tolerancia cero!», «Estoy hasta las narices!», «¡Vigilen sus nombres no vaya a ser que haya otro que se llame exactamente igual que usted y que sea muy malo, mientras usted es muy bueno!», etc. Y sobre esta última, nunca habré escrito —ni yo ni nadie— suficiente.

Que si Shakespeare hubiera vivido ahora en España, no habría dicho eso de que algo huele podrido en Dinamarca.

UN PAÍS DE INTELECTUALES

Cuando se acaba el verano en San Quirico, las tertulias de sobremesa se alargan. Alguno se duerme, por el calor y porque en los pinos corre un airecillo muy agradable. Otros se van despertando y se añaden nuevos temas a medida que se producen las reincorporaciones.

* * *

«Los pinos» es el único rincón del jardín donde no hay pinos. Nadie sabe por qué le pusimos ese nombre a ese rincón, pero se llama así desde que hicimos la casa, hace cuarenta años.

* * *

En una tarde del último verano estaba con mi amigo de San Quirico y otros que conocemos de por aquí, fundamentalmente amigos suyos. Profesiones, varias. Estudios universitarios, ninguno. Majos, todos. De fiar, todos.

En estas tertulias no solemos hablar del Barça y el Madrid, ni de Simeone, ni, a pesar de mis intentos, del Zaragoza. De la corrupción, tampoco. Creo que les he contagiado y los corruptos les dan pena.

De política sí hablamos. De politiquilla, no. Fue un principio que establecimos el primer día y que nos sirve para seleccionar temas. Porque todos, humanos al fin y al cabo, somos dados al cotilleo, aunque cuando alguien habla de un programa de televisión que se dedica a eso, ponemos cara de asco, de estar por encima del bien y del mal: «No veo ese tipo de programas».

* * *

¿Para qué los vas a ver, si te los montas en tu casa cuando hablas con tu familia o con tus amigos y despellejas a todo el que tenga la desgracia de cruzarse en tu camino?!

* * *

El cotilleo no es vicio de mujeres. He dicho antes que a todos nos gusta. Y, como decía mi amigo Antonio —lo he contado muchas veces, porque me hace mucha gracia—, «cuando digo todos, quiero decir todos. Porque si quisiera decir casi todos, lo diría, que soy muy preciso en mis afirmaciones». Y no pongo lo de tod@s porque me parece una tontería.

He conseguido, más o menos, que, con la excusa de la prohibición de la politiquilla, mis amigos vayan levantando el vuelo y no hablen casi nunca del pueblo de al lado ni de

lo mal que lo hace el alcalde de otro pueblo vecino. Hablan de Europa, del BCE, del FMI...

Me parece que estoy educando bien a mis amigos. Ya piensan en el mundo. Los pueblerinos están dejando el puesto de pueblerinos a otros, que, por lo que leo, están ansiosos por ocuparlo.

A mis amigos les repugnan las guerras y todo lo que se haga para dividir a la gente. Manolo, uno de ellos, pintor de brocha gorda, habla poco. Unos días antes, muy serio, dijo:

—Rencor, con rencor se paga; odio, con odio se paga.

Y se calló, y desde entonces llevaba dos tertulias sin abrir la boca.

Estando así las cosas, alguien habló de los intelectuales y de «la responsabilidad que tienen de poner mentalmente las cosas en orden en nuestro país» —frase recogida textualmente—. El que soltó esa frase me miró y se corrigió:

—No solo en nuestro país, sino también en Europa. —Me siguió mirando—. Y en el mundo.

Después, miró a Manolo, como si ya hubiera cumplido conmigo.

* * *

Como siempre, lo estropecé un poco y pregunté:

—¿Qué entendéis por «intelectual»? —Luego, para rematar, añadí—: Para vosotros, ¿Zapatero o Rajoy son intelectuales?

Y después volví a preguntar:

—¿Y los otros? ¿Los que llegan nuevos o incluso los que se quieren ir hacia el abismo?

Cuando haces una pregunta que en realidad son cuatro, dominas a la audiencia, porque tú te callas y dejas que se enzarcen en la discusión, cada uno contestando a una pregunta distinta de la que contesta el otro. En el barullo, me parece percibir cierto complejo de inferioridad, como si los intelectuales fueran gente de otro nivel, más alto.

Como estos son de pueblo, pero no incultos, les oí hablar de la Generación del 98, de la del 27, de la Residencia de Estudiantes y de las tertulias del café Gijón. Y del Quatre Gats y del Grupo de Artistas Catalanes Independientes en Cataluña. No sé si es que son mucho más cultos de lo que yo pensaba o es que dominan la Wikipedia.

Pero, venga de donde venga la cultura de mis amigos, me parece que su enfoque está equivocado. Que si el intelectual tiene «la responsabilidad de poner mentalmente las cosas en orden en nuestro país», no podemos esperar a ver lo que dicen unos señores que se llaman a sí mismos intelectuales y que, por sus palabras y, peor aún, por sus hechos, sean lo que, técnicamente, se llama ceporros ilustrados.

A estas personas, incapaces de poner mentalmente en orden su vida, les cae muy lejos poner realmente en orden la sociedad.

O sea, digo, haciéndome hábilmente con el mando de la tertulia, que o me esfuerzo yo por ser un intelectual, aunque sea carpintero, o ingeniero de industrias textiles que es lo

que soy, o nunca ayudaré a poner las cosas en su sitio, y me pasaré la vida quejándome de que Angela, con la simpatía que la caracteriza, me está obligando a ser austero.

Volviendo a lo concreto, no quiero dar mi opinión sobre si son intelectuales los señores que he citado antes —tengo el día fino; normalmente, les habría llamado mocicos; sin que sirva de precedente, lo dejamos en señores—.

Y no lo quiero contestar, porque esa es una pregunta que nos tenemos que hacer todos. O sea, ¿soy un intelectual? Y para no liarnos con el significado de la palabra, utilizo, una vez más, la triquiñuela de cambiar la definición. Ahora he decidido que intelectual es definido como «persona que utiliza la cabeza». Y como la utiliza, puede ayudar a poner mentalmente en orden, etc.

Porque, utilizando la cabeza, puedo llegar a conclusiones, por supuesto opinables, pero no absurdas.

Necesitamos ser intelectuales y que nuestros políticos lo sean. Todos, unos y otros, intelectuales decentes, claro.

Intelectuales, todos. Y, de nuevo, lo suelto: ¡menuda revolución! Digo la palabra «revolución» y mis amigos se animan. Como se anima cualquiera que se da cuenta de que, para poner las cosas en orden, no hay que ir a tomar café con unos señores oficialmente muy listos ni esperar a que esos señores nos salven.

La tertulia se ha alargó mucho y anocheció. Alguna vez la hemos prolongado cenando. Es que en los pinos se está muy bien.

Aquel día, sin embargo, mis amigos no se quedaron. Cuando se iban despidiendo pensé que hay poca gente que pueda decir que en su casa ha habido una reunión de intelectuales.

San Quirico, haciéndole la competencia al café Gijón en sus buenos tiempos.

Me cuesta cada vez más ir por las calles de este pueblo sin contárselo a la gente. Se me nota la soberbia.

En Barcelona, disimulo más.

SOBRE LOS PLANES IMPOSIBLES

Intento reunir ideas que sean atemporales. Porque yo de mayor quiero ser joven y no sé si cuando llegue a ser un joven mayor la Merkel seguirá, el Zaragoza ya habrá ganado la Champions o Cataluña se habrá integrado, por fin, en Aragón, volviendo a sus orígenes.

Pero como pertenezco al hoy, también quiero contar dos brevísimas ideas sobre lo que hoy pasa en España.

Por un lado, se está empezando a anunciar que algunos partidos políticos piden al pueblo que desobedezca las leyes en base a unos derechos históricos para unos, elementos de justicia para otros. Por un lado, me gusta lo de la desobediencia, porque si se implanta esa doctrina el alcalde de San Quirico no va a cobrar el IBI de mi casa ni la tasa de recogida de basuras por mucho que se empeñe. Y, en cuanto vuelva a Barcelona, semáforo en rojo que vea, semáforo en rojo que me salte. Y las multas de tráfico las va a pagar la tía de los políticos de turno. Y es una pena que se haya muerto Helmut, mi perro, porque cuando le sacase a pasear, sus excrementos los iba a recoger la misma tía a la que me acabo de referir.

Una segunda idea, sobre el «viaje a lo desconocido» que algunos enloquecidos intentan vestir con una bandera que, además de tapar de mala manera sus vergüenzas, no representa más que a unos cuantos. El viaje a lo desconocido, a medida que se hace supuestamente conocido, cada vez gusta menos. No veo un solo argumento serio. Todos son viscerales, pseudohistóricos.

Y con eso, a no ser que sea que el Zaragoza gane la Champions, no se construye el futuro de nadie. Es más, lo del Zaragoza sí que sería una cosa novedosa. Lo del viaje a lo desconocido recordaría a épocas oscuras.

En definitiva, nada nuevo.

Durante una temporada, el rey David se portó bastante mal. Se lió con la mujer de Urías, uno de sus generales, y luego mandó al pobrecico al sitio más peligroso de la batalla para que se lo cargaran y no se enterase de que su mujer estaba esperando un crío, cuyo padre era el susodicho David —luego, el chaval, Salomón, salió muy listo, pero eso no demuestra más que lo que ya sabemos: que Dios escribe recto con renglones torcidos—.

El rey, después, se arregló. Sentó la cabeza y se dejó de frivolidades. Y escribió unos cuantos salmos, como ciento cincuenta o así, según he visto en Wikipedia, que califica a los salmos como «poesía religiosa hebrea». También he visto un altorrelieve que está en el Museo del Louvre, en el que aparece David dictando salmos a cuatro escribas que debían de pensar: «Como este siga inspirado, no acabamos».

Por casualidad, encuentro en mi biblioteca el Libro de los Salmos. Tropiezo con el salmo 2, que empieza preguntándose por qué las naciones trazan planes vanos. David nació hacia el año 1040 antes de Cristo, o sea, que escribiría —dictaría, por lo del altorrelieve— este salmo hacia el año 1000, pasadas sus veleidades con la mujer de Urías, y supongo que con algunas otras señoras que se le pondrían a tiro.

Planes vanos en el año 1000 antes de Cristo. Me roza el pesimismo por un momento y, antes de que se vaya, pienso que han pasado tres mil años y que seguimos llenos de planes vanos. O sea, que —vuelvo al optimismo—, no es verdad lo de que «cualquier tiempo pasado fue mejor» y es verdad que antes también se hacían tonterías. Y alguna canallada que otra, porque lo de Urías, lo mires por donde lo mires, fue una canallada.

Yo creo que no ha cambiado nada. Quizá las formas. Si a David le sobraba un general, lo liquidaba. Si aquí sobra un fiscal general del Estado, dimite.

Como he empezado por el salmo y luego he seguido por lo de *primum vivere*, termino diciendo que *nihil novum sub sole*, porque cada vez estoy más convencido de que nunca se nos ocurre nada nuevo.

BENITO Y LA PURGA

Que no se nos ocurra nada nuevo no significa que no haya que tener esperanza en cambiar las cosas. Se habla mucho de regeneración —política, moral, social...— y como tengo la seguridad de que eso llegará a base de empeño y de tragar muchos sapos y de quitarse de en medio —judicialmente en algunos caso, jubilosamente en otros— a muchos, pues solo queda trabajar.

No me gusta, sin embargo, no dar oportunidades y atosigar al que no es de «los míos» para conseguir que «los míos» vuelvan a su sitio del que nunca debieron salir. Y aquí solemos atosigar. Si hubiera un M. A. A. M. —Manual de Atosigamiento Al que Manda—, se indicaría que hay siete maneras de hacerlo:

- Decir que, dadas las circunstancias, no podemos darle ni los cien días de cortesía.
- Decir que a ver cuándo hace eso.
- Cuando lo haya hecho, decir que lo tenía que haber hecho antes.
- Cuando lo haya hecho, decir al día siguiente que no se ven los resultados.
- De ahí, deducir que no sabe por dónde anda.
- Hacer una encuesta en la que se pregunte a quién elegiríamos ahora, porque el que elegimos hace seis meses ya no nos gusta.
- Y, por tanto, que mejor sería que se fuera y dejase paso a otro, que ese otro sí que sabe lo que hay que hacer, sí que lo hará a tiempo y sí que los resultados se verán al día siguiente. (No se sabe muy bien quién es el otro, pero es lo mismo. No se trata de arreglar nada. Se trata de atosigar).

Todo esto está basado en un principio científico que en Aragón se llama «la purga de Benito». Mi padre le quitaba el «de» y le llamaba simplemente «la purga Benito». Consiste en que todo lo que se ha estropeado a conciencia durante unos cuantos años, se arregla en el acto poniendo a otro. Si el que lo estropeó tiene la cara suficientemente dura, dice que se arregla poniéndole a él.

Una de las características del gobernante es marcar los tiempos. O sea, que hoy hago esto y hablo de esto y dentro de quince días, hago lo otro y hablo de lo otro. Y aunque todo sea urgente, como hay que hacerlo todo, hay que poner orden. Y lo tengo que poner yo, que para algo soy el que manda, y no me lo tienen que poner esos entes que se llaman a sí mismos «agentes sociales» como se podían haber llamado «gente que habla». Porque si pierdo el tiempo metiéndome en todos los huertos en los que esos señores me quieren meter, ellos me acusan de «estar siempre a la defensiva» y yo pierdo el oremus, frase que también se dice en mi tierra cuando, a fuerza de distracciones, no sabes dónde estás.

15

SOBRE LA POLÍTICA. YO DE MAYOR QUIERO SER LIZ TAYLOR

Hace muchos años, mi familia y yo vivimos durante un curso académico en Boston. Un año fenomenal, repleto de buenos recuerdos, de cosas divertidas, de descubrimientos, de mucho trabajo. Porque había que preparar el máster del IESE, el primero que iba a haber en España —en aquellos tiempos, la palabra «máster» no existía. Bueno, sí que existía, pero nadie en España sabía lo que quería decir—.

Una noche, mi mujer y fuimos al teatro, a ver *Alguien voló sobre el nido del cuco*. El protagonista era Kirk Douglas. Nos apetecía verle en persona. Era un gran actor. Lo pasamos de miedo.

A la salida, nos encontramos con que, en el aparcamiento, un coche grande nos tapaba la salida. El bloqueo duró muy poco, porque inmediatamente apareció una pareja. Ella venía por mi lado y, al pasar, dijo:

—Perdón.

Se metieron en el coche. Richard Burton se puso al volante y ella, Elizabeth Taylor, a su lado.

En casa, siempre se ha hablado del día en que papá habló con Elizabeth Taylor. La verdad es que la que habló fue ella. Alguno puede pensar que en realidad es que no hubo conversación. Pero las leyendas familiares se crean así y es muy posible que, de aquí a muchos años, un chaval que se llame Abadía presuma en el colegio de las amistades que tenía su tatarabuelo, que en paz descanse.

No quiero que mi forma de pensar sobre la política, las creencias, la ideología... moleste a nadie. Sé que muchos tienen la esperanza de que las cosas pueden cambiar y que los políticos también. Eso espero.

Si molesto a alguien, siempre me queda el recurso que me enseñó Elizabeth Taylor: pedir perdón.

YO DE MAYOR QUIERO SER ECONOMISTA SIN SER ECONOMISTA

Un economista al que conozco ha dicho que no se estudia la economía para hacer previsiones.

Pienso que esa es la ventaja que tengo yo: que como no soy economista, sino ingeniero industrial y de verdad, de verdad, ingeniero textil, puedo hacer previsiones, porque, si salen bien, la gente pensará que soy muy listo, y si salen mal, pensará que, con lo ignorante que soy, lo natural es que me equivoque.

«La economía», «los mercados», «las condiciones macroeconómicas», etc., están producidas por personas. O sea, que, como siempre, y como debe ser, la responsabilidad es individual. Y, en esta situación actual, los individuos tenemos mucho que decir y mucho que hacer.

Creo que estamos instalados en una forma de hacer las cosas en la que hemos pagado un crédito con otro crédito, hasta que el dinero se ha acabado y, como en el viejo chiste, nos hemos encontrado agarrados a la brocha, porque nos han quitado la escalera.

En 1954 aprobé dos asignaturas de Económicas. El nombre de una de ellas era «Historia de la economía, fundamentalmente moderna». Supongo que hoy, aquella historia debe ser radicalmente prehistórica. Pero estoy casi seguro de que decía que lo de no dormir pensando cómo pagarás el crédito es malo.

Y que vivir apalancados no lleva a la felicidad.

Y que hay que recordar que déficit es igual a gastos menos ingresos, y que, para bajarlo, hay que reducir gastos y hay que aumentar ingresos.

Y que el estado de bienestar, que a todos nos gusta tanto, no es gratis.

Y no hace falta ser un Nobel de Economía para saber que, cuando se gasta a lo loco, hay que actuar sobre el dinero que entra —en este caso, impuestos— y sobre el dinero que sale —los gastos—.

Y estos son principios básicos de economía que, a pesar de mi nula formación en la materia, están como grabados a fuego y guían mi capacidad para aparecer como economista, sin serlo.

Es lo que tienen las cosas elementales. Y lo demás son divertimentos.

Todo lo que sea divertir al personal es bueno. Pero el personal no es idiota, porque, de un modo o de otro, va adquiriendo criterio. Y hay que explicarles —nos— bien las cosas de la economía real, porque de las de la irreal, con unos cuantos periódicos, la tele y la radio, tenemos para doctorarnos.

LA GEOECONOMÍA Y EL CAPITALISMO

Creo que acabo de inventar un nuevo vocablo. Digo «creo» porque la experiencia me hace ver que casi todo lo que invento ya se le ha ocurrido a alguien antes. Mucho antes.

Ahora hablo de geoeconomía, porque he pensado que el prefijo *geo* puede ayudarme a aclarar las ideas.

La geoeconomía viene de la geoestrategia, o sea, de lo que hacen directivos de multinacionales, banqueros, políticos que ven el mundo como un todo, se sientan en su sillón y empiezan a mover las piezas de aquí para allá. Cierran una empresa en París y la trasladan a Cuenca. Hacen una camisa en la India y alguien me la regala a los muy pocos días en San Quirico. China compra petróleo en África a cambio de infraestructuras.

Esto me recuerda a la película *El gran dictador*, cuando Charles Chaplin, en su papel de Hitler, juega con un globo-mapamundi enorme, sintiendo que es suyo... hasta que el globo estalla.

El capitalismo es bueno. Continúo con lo que digo siempre: que no existe el capitalismo salvaje. Existen salvajes que hacen de capitalistas.

Me encuentro con un libro fácil de leer, *Dentro de Coca-Cola*, de Neville Isdell, que fue presidente y consejero delegado de esa empresa durante cinco años. Lo hojeo, empezando por el final, que es lo que hago siempre, excepto con las novelas de intriga, porque ahí suele salir el nombre del asesino y, si me entero de quién es antes de tiempo, se acabó la emoción. En esas últimas páginas, ese señor dice que «si el capitalismo falla, será porque nosotros, los capitalistas, hemos defraudado a la gente». Me gusta, porque pienso que es una manera educada de decir lo del salvajismo.

Si a esto le añadimos que el papa Francisco, que a base de sonrisas y de gustar a todo el mundo está repartiendo estopa a diestro y siniestro, y nos recuerda las verdades del ser humano, cosa que necesitamos como el comer:

- No a una economía de exclusión.
- No a la nueva idolatría del dinero.
- No a un dinero que gobierna en lugar de servir.
- No a la inequidad que genera violencia.

Y yo procuro siempre llevar el agua a mi molino, pienso que el papa, en muchas páginas que ha escrito y con mucha profundidad, también habla del salvajismo.

O sea, digo yo: estamos en un momento en el que muchos salvajes se han hecho dueños del universo. Salvajes que tienen nombre y apellidos, porque leemos a diario sus fechorías en los periódicos. Cuando veo que una serie de bancos están implicados en la manipulación del euríbor, no me da la gana decir que los culpables son esos bancos y que de ahí se deduce que los bancos son malos.

No. Son algunos —muchos, no todos— empleados de esos bancos. Y cuanto más alta su posición en la jerarquía del banco, más bestias.

Por tanto, como sigo creyendo que el capitalismo es bueno, pido una revolución de los capitalistas decentes, porque hay tanto salvaje que la gente sin formación, como yo, hace la siguiente ecuación: capitalista igual a ser monstruoso y repugnante que va a por la yugular de la gente.

Suelo decir que la defensa contra esta gentuza consiste en no comprar nada de lo que venden si no se entiende perfectamente.

Y yo, con poca formación, veo un banquero por la calle e, inmediatamente, me cambio de acera, porque pienso que es un sinvergüenza. Aunque en ese caso concreto no lo sea y tenga que volver a cambiarme de acera para, por lo menos, sonreírle y decirle adiós.

Porque lo cortés no quita lo valiente aunque parezca una contradicción. Es como ser economista... sin serlo.

SOBRE LA ECONOMÍA. YO DE MAYOR QUIERO SER JOSEP MARIA DE SAGARRA

Josep Maria de Sagarra, escritor catalán, dramaturgo, novelista, periodista, y, según su biografía, «sobre todo, poeta», en el *Poema de Nadal* —de Navidad— de 1931, escribió: «Un camí! Quina cosa més curta de dir! Quina cosa més llarga de seguir!», o sea: «¡Un camino! ¡Qué cosa más corta de decir! ¡Qué cosa más larga de seguir!».

Y como tengo la costumbre —el vicio— de irme de lo más fino a lo más basto, me acuerdo —y no sé por qué— de Hermenegildo, el chófer de un amigo mío, que nos llevó un día. El trayecto era largo. Hermenegildo no conducía demasiado bien, pero tampoco ponía nuestras vidas en peligro. Lo curioso sucedió cuando tuvimos que subir un puerto bastante alto —no había autopista—. Para subir, rápidamente pasó de primera a segunda, luego a tercera y luego puso la cuarta. El pobre coche no podía con su alma, el motor rateaba y Hermenegildo seguía impávido. Yo iba a su lado. Al cabo de bastante rato, me dijo:

—¿Se da cuenta usted de lo que hace la falta de oxígeno? A medida que subimos, el coche se va ahogando.

Me quedé bastante cortado, con ganas de decirle: «¿Y si pusiera una marcha más corta?». Pero pensé que los especialistas son los especialistas y que quizá era verdad que faltaba el oxígeno.

Cuando, a duras penas, llegamos arriba y empezamos a bajar y el coche comenzó a tirar mejor, Hermenegildo, muy sonriente y con cara de triunfo, me dijo:

—¿Ve? En cuanto vamos hacia abajo y hay más oxígeno, el motor funciona mejor.

Al llegar al llano, sin haber cambiado ni una vez de marcha, el coche iba muy bien y el tío sonreía satisfecho.

Y por lo de mis costumbres y mis vicios, se me ha ocurrido que ya nos dijo Josep Maria de Sagarra que es muy fácil hablar del camino que hay que seguir, pero que lo difícil es seguirlo. Porque el camino, que en el GPS parece muy simple, está lleno de piedras, y como estamos mal acostumbrados, en cuanto nos quitan el asfalto nos empiezan a doler los pies. Y, además, no llevamos calzado adecuado que sirva para ese camino, que, según Sagarra, es *llarg*.

Hasta «los modelos de señora» tienen sus errores. El error de Fina consistió en llevar dos veranos seguidos el mismo vestido. Como estábamos en San Quirico, que es un pueblo fenomenal, pero que no es el último grito de la elegancia, porque los Hermès, Gucci, Ferragamo y Valentino no han abierto tienda todavía allí, a Fina le pareció que, por repetir el vestido dos años seguidos, no pasaría nada.

Pero —siempre hay un pero—, Fina no contaba con la maldad humana. Lllamarle «maldad» quizá es demasiado. Llamémosle «ganas ligeras de molestar al prójimo». Porque apareció una señora, se dirigió a ella, le dio dos besos muy sonoros y le dijo, delante de todos nosotros:

—Fina, cada año te sienta mejor este traje.

Esto nos fue muy bien, porque años después, cuando nos encontramos con Fina — que no volvió a repetir traje desde entonces—, le felicitamos, diciéndole que cada año aquello que lleva le sienta mejor.

Hermenegildo, buena persona él, solo tenía un problema: era chófer y no sabía conducir. Solo eso.

Para ser chófer hay que saber conducir. Hay que inventar, reinventar y re-reinventar. No podemos ir con el mismo vestido siempre —lo siento, Fina. Te he puesto de ejemplo malo, cuando todos los que te conocemos te ponemos de ejemplo bueno—. Pero ese es el camino: corto de decir, largo de seguir. Lo dijo Sagarra en 1931. Era un profeta.

18

YO DE MAYOR QUIERO TRABAJAR

Y como he dicho antes sin demasiada base científica, me ha ido bien en las empresas con las que he tenido alguna relación. Es la teoría del «apretaje de tuercas». Ya sé que no suena bien del todo. Incluso, en alguna empresa me han pedido que le llamara «nuevo sistema de gestión».

Pues el «nuevo sistema de gestión» —que de nuevo no tiene nada— está basado en unos pocos puntos:

- Que el hombre fue hecho para trabajar.
- Que cuando el hombre no trabaja, nota que le falta algo. Ejemplos:
 - a. El drama del paro no es solamente económico. Es algo que afecta a la dignidad de la persona.
 - b. Cuando uno se jubila, busca normalmente algo que hacer, porque si no, le entra la neura.
- Que, aunque fuimos hechos para trabajar, no todos sabemos hacerlo.
- Que a trabajar se aprende trabajando.
- Que para esto es bueno que alguien nos ayude.
- Que ese alguien puede ser un superior, un igual y, a veces, un inferior.
- Que, como en todas las cosas, en ocasiones estamos un poco vagos. Y algunos, no están, sino que son vagos.

Me preguntaron en un programa de televisión si habría que volver a la cultura del esfuerzo. ¡Pues claro, hombre, claro! ¡Si lo otro —la cultura de la vagancia— no ha sido cultura nunca! Lo que pasa es que por aquello del pecado original se nos ha olvidado que el hombre fue creado para trabajar —*ut operaretur*, como dicen los que han leído el Génesis en latín— y algunos han pensado que todo el monte es orégano y que aquí no hay que pegar ni brote.

Además, no se trata solo de trabajar más, sino de trabajar mejor y de inventar cosas que a la gente le gusten.

Sigo pensando que España es una familia mal administrada. Creo que aquí hemos montado un tinglado muy gordo y que encima, hemos puesto ese tinglado, en muchas ocasiones, en manos de unos irresponsables que se han creído que, porque eran presidentillos de comuniditas autónomas podían hacer el loco, pensando que, cuantas más locuras hicieran, más tontos les votarían. Como me repito mucho —y me encanta— repito una cosa que ya he dicho —como todo—: cuando veo alguna manifestación en la que va uno con una pancarta que pone: «¡Queremos trabajo, ya!», la traducción al español es: «¡Queremos que alguien se juegue su dinero en montar una empresa y que

nos dé trabajo a nosotros, ya!». Siempre he pensado que, si yo fuera ese empresario, iría a la manifestación y contrataría a todos, excepto al de la pancarta, por bobo.

Ya he dicho también que la generación joven tiene que saber inglés como español. Porque en el mundo se habla inglés. Y que los colegios y los que hacen los planes de estudios tienen que enterarse de eso y de que «el saber ocupa lugar» —como me dijo mi amigo de San Quirico—.

Pero resulta que a los chavales les falta motivación. En muchas ocasiones me llaman a mí o a otros como yo para dar charlas que motiven al personal, si son jóvenes, mejor.

A mí lo de la motivación siempre me ha gustado, porque eso de que me animen me hace ilusión. Tengo un amigo, ya mayor, excelente en su profesión, que a veces es un poco bruto, pero muy claro de expresión, y un día me dijo, casi gritando:

—¡La gente tiene que venir al trabajo motivada desde casa! —y añadió—: ¡Y yo, también!

Intenté decirle que sí, que era verdad, pero que, a veces, es bueno que a la motivación que traemos de casa se añada otra: el buen ambiente, el saber en qué dirección vamos, la alternancia de exigencias duras con otras menos duras, la felicitación por el trabajo bien hecho... y que no solo es un tema de buen entorno, sino de actitud. Que eso es lo que hay que cuidar.

Que parece que los chavales saben que hay que formarse, pero no saben que no solo en conocimientos, sino en comportamientos. Saber que, o nos formamos, o no encontraremos empleo nunca. Y deben saber que ese empleo puede estar en Katmandú, que está muy lejos y donde hablan muy raro y no como en San Quirico, que nos entendemos todos a la primera.

Y que ante tantas incomodidades los chavales a veces tienen la tentación de depender de lo que el Estado les vaya a dar mientras buscan trabajo..., o mientras están en ese año sabático trabajado, porque me he encontrado a algunos cuyo parón laboral, en ocasiones, no es forzoso, sino ocioso.

Y al que busca empleo y que trabaja para encontrar, eso le debe doler. Porque sabe que el mundo ahora es un batiburrillo de cosas y hay que tener más o menos las ideas claras y hay que comer y establecer prioridades. Porque pienso que es mejor un empleo que un no empleo.

¡Qué liado está todo! Si no fuera porque yo no creo en eso de los planetas, diría lo que dijo una señora hace tiempo, que se ha producido una conjunción planetaria que ha hecho que nos peguen tortas por todas partes.

Cuando leo, oigo y veo cosas, no puedo evitar esa sensación del boxeador *groggy*, que hace lo posible para no caerse, a ver si suena pronto la campana y le dan un minutico de descanso, a la vez que muchos consejos.

Como a mí me gusta mucho el boxeo —ya lo he dicho antes— y procuro ver combates en televisión, lo que más me sorprende es que un tío que no sabe por dónde anda y al que le están dando como a una estera, se siente en su rincón, beba agua por una especie de cañica doblada, aguante unos consejos que supongo que no le llegan al

cerebro y salga recuperado. Y que no me hablen de tongo, porque del que tiene un ojo medio cerrado por los golpes se pueden decir muchas cosas, pero lo del tongo, no.

CANTIDAD Y CALIDAD DEL TRABAJO

Yo pienso que no hay que trabajar más horas —el que no las trabaje, sí, por supuesto—. Lo que hay que hacer es que cada hora de trabajo sea una hora de trabajo, bien empezada, bien desarrollada, bien terminada.

Cuando comencé a trabajar en el IESE, tuve la suerte de que me nombraran adjunto a la dirección general. La suerte no fue el nombramiento. La suerte fue que el director general era Antonio Valero —no tengo más remedio que volver a nombrarle—.

Al cabo de pocos meses de estar allí, comentaba con él algo que había oído sobre «el éxito fulgurante del IESE». Antonio, como siempre, me dejó hablar —escuchaba muy bien— y cuando acabé me dijo:

—Mira, Leopoldo, de fulgurante, nada. El éxito del IESE es la demostración de lo que pueden hacer veinte personas normalmente inteligentes, trabajando en serio ocho horas diarias.

Si esto fuera verdad, que lo es, habría que hacer un repasillo de nuestro día, descontando de las ocho horas diarias, o de las diez o de las doce, cosas que hacemos a lo largo de este tiempo. Aquí es cuando hay que decir eso de que menos café y menos corrillos. Pero más importante es pedir más concentración, que es lo que hacen los porteros de fútbol con mala cara cuando un defensa se ha puesto a pensar en las musarañas y el otro equipo les ha metido un gol.

Puede ser que eso se llame «aumentar la productividad». En mi tierra, eso se ha llamado siempre trabajar bien. Y me parece que, en ese terreno, todos tenemos que aprender bastante.

En una comida de Espasa, con motivo de la Feria del Libro, me encontré con un autor, sofocado por la fecha de entrega del manuscrito a la editorial —cosa que me hizo simpatizar en el acto con él, porque eso ya me lo sé yo, que lo he sufrido—. Hablando de cómo trabajaba, me dijo que había decidido hacer horas completas, poner el temporizador de su móvil en una hora determinada y no hacer otra cosa hasta que sonara la marimba, que es el sonido que tiene instalado en el iPhone. Y me decía que así, durante ese rato, no hacía otras cosas que le apetecían, aunque, «externamente», si alguien le vigilara, podría parecer que trabajaba. Cosas tales como llamar por teléfono, mirar si le había llegado correo, comprobar un dato en vez de apuntarlo con otros que también tenía que comprobar y dedicar luego una hora a las comprobaciones. Me dijo también:

—Seguramente, este «descubrimiento» es una tontería, pero cuando me olvido, mi productividad baja. Y si mi productividad sube, resulta que «fabrico» más páginas en menos tiempo, y el tiempo que me sobra puedo dedicarlo a corregir lo que he escrito y afinar todo lo afinable. Después, si el libro sale mal, no es cuestión de productividad. Es cuestión de que el fabricante del producto, yo, no da más de sí.

Aquel día entendí mejor lo de trabajar más. Y cuando al día siguiente me encontré con una chica joven que me dijo que trabajar ocho horas no es lo mismo que trabajar siete y

media, pensé que la revolución civil, esa que quiero hacer en España, tiene esa característica: trabajar bien.

Y en estos momentos, más. Porque con lo mal que están las cosas y la competencia que hay, el que trabaje chapuceraamente se hundirá —gracias a Dios— y le echará la culpa a la crisis.

Por tanto, tenemos el hoy para trabajar.

Porque el trabajo nunca ha sido una maldición. Siempre ha sido una bendición. Lo que ha sido una maldición ha sido el cansancio. Lo de «ganarás el pan con el sudor de la frente» tiene dos partes: la buena —«ganarás el pan»— y la mala, o sea, el castigo —«con el sudor de la frente»—.

El estado de bienestar está perdiendo bienestar. Pues habrá que salir adelante por nosotros mismos. A mí también me gusta que me paguen todo, pero es que igual no somos tan ricos ni tan estupendos como nos lo hemos repetido tantas veces, mirándonos al espejo.

Ya sé que me dirán que en esta crisis pagamos «los de siempre». Pero es que «los de siempre» somos los que elegimos a nuestros gobernantes, con lo que las cosas que hagan ellos son culpa nuestra, porque nos encandilamos oyéndoles decir cosas que no se las cree ni la madre que les dio a luz y les aplaudimos diciéndoles «¡Qué graciosos!».

Trabajar, hoy. Decir lo que pensamos, hoy. No quejarnos, hoy. Darle vueltas a la cabeza, hoy. Ayudar a las empresas a crear empleo, hoy. Ayudar a los emprendedores, hoy. Exigir que las entidades financieras se saneen, hagan acto de contrición por las bobadas pasadas y abran el grifo a las empresas, hoy.

Hay mucho trabajo hoy. Y muy bonito. Y no es un castigo. Es apasionante.

SOBRE EL TRABAJO. YO DE MAYOR QUIERO SER JIMMY CARTER

Me iba de viaje y, al preparar la cartera, me di cuenta de que me había dejado unos papeles en el despacho. Eran las doce de la noche y fui a buscarlos.

Mi despacho estaba en un edificio muy bonito, acristalado, muy cómodo. En la puerta me habían puesto un ficus con hojas grandes, que siempre estaban brillantes. Yo suponía que el ficus era una planta que tenía las hojas brillantes.

Aquella noche me abrió el vigilante y me dijo:

—¿Qué, otra vez se le ha olvidado algo?

Pues sí, se me había olvidado, cosa que es muy frecuente en mi familia. Mi mujer dice que mis hijos y yo casi nunca salimos definitivamente de casa. Siempre nos vamos y volvemos porque nos hemos dejado algo.

Llegué a mi despacho y me encontré con un señor que estaba limpiando el ficus, hoja por hoja. ¡Qué sorpresa! No es que el ficus tuviera hojas brillantes porque Dios lo hizo así. Dios lo hizo, pero hay que sacarle brillo todas las noches para que tenga buen aspecto.

Con todos los papeles en la cartera —esta vez, sí—, salí y fui encontrándome con personas que estaban limpiando el edificio.

¡Otro descubrimiento! Salí del edificio impactado. O sea, que, mientras yo dormía, había personas que se ocupaban de que yo, mañana, cuando reciba a alguien en mi despacho, pueda presumir.

No sé si te pasa a ti. A mí me ocurre con cierta frecuencia. Empiezas a hablar de algo, te acuerdas de otra cosa, la empalmas con otra y llegas lejísimos.

Te explicaré lo que me ocurrió aquella noche, mientras iba a casa. La secuencia lógica te parecerá de todo, menos lógica, pero así fue:

- Pensé en lo importantes que eran las cosas pequeñas.
- Me acordé de que, en inglés (o en americano, no lo sé), cuando alguien habla de cosas pequeñas en sentido despreciativo, les llama *peanuts*. Que, como, sabes se pronuncia «pínats», más o menos, y que, realmente, quiere decir «cacahuets».
- Me acordé de que Jimmy Carter, el que fuera presidente norteamericano, tenía un importante negocio de *peanuts*, o sea, de cacahuets.
- Di un salto más y pensé que, a fuerza de *peanuts* (ahora con el sentido de «cosas pequeñas»), Carter había llegado a ser presidente de los Estados Unidos.

Menos mal que, a aquellas horas de la noche, había poca circulación y llegué pronto a casa, porque lo que he llamado «secuencia lógica» hubiera degenerado rápidamente en elucubraciones sin sentido.

Lo que pasa es que, a la vuelta del viaje, anoté en un papel «Carter-ficus». Guardé el papel y, al cabo del tiempo, hoy lo he encontrado y estoy escribiendo esto.

Cosas que me han pasado como consecuencia de lo de aquella noche:

- Que, cuando leo que XX ha comprado no sé qué empresa por no sé cuántos millones de euros, pienso, en un primer momento, que ese señor es un *crack* y que, cuando sea mayor, me gustaría ser como él.
- Que, cuando leo que otro señor ha lanzado un instrumento electrónico que ha hecho que se formen colas a las tantas de la madrugada para comprarlo, pienso, en un primer momento, que ese señor es un *crack* y que me gustaría ser como él.
- Y así, sucesivamente, con las noticias que voy encontrando en los periódicos. Siempre me gustaría ser como esos a los que nunca podré alcanzar.

Pero... salgo a la calle y veo centenares de personas. Y no reconozco a nadie, seguramente porque no he visto su foto en *El Confidencial* ni en otro periódico.

Antes, pasaba a su lado sin darme cuenta. Ahora, desde lo del ficus, pienso: «Esta señora, con esa pinta de mujer poco sofisticada y con poco glamour, ¿habrá contribuido a que XX haya podido recibir a YY en undespacho sensacional y que el despacho, a su vez, haya contribuido a que YY haya entrado con cierto complejillo y ha facilitado la operación que aparece hoy en primera página y en la que XX se cubre de gloria como hombre de visión estratégica en un mundo globalizado?».

Esto me está sucediendo cada vez más. Los realizadores de trabajos ocultos superan en mucho a los realizadores de trabajos brillantes. Y a veces puede ocurrir que despreciemos, sin querer, a los que hacen *peanuts*. Y, peor todavía, que se desprecien ellos mismos. Por ejemplo, cuando un taxista que te lleva fenomenal, que tiene el coche limpio, con música discreta, que te da conversación amable, te dice:

—Como yo no tengo estudios...

¡¡Y qué!! Nos tenemos que enterar de que el trabajo está compuesto de un poco de trabajo brillante y de un mucho de trabajo oscuro, y que, si cualquiera de los dos fallara, aquello sería una porquería.

Me acuerdo mucho del señor del ficus. Ni sé cómo se llamaba. Estoy seguro de que no leerá esto. Pero, sin tener ningún dato sobre él, cuando hago repaso de las personas que me han enseñado mucho, siempre aparece él en la *pole position*.

YO DE MAYOR QUIERO DISCURRIR

A mí me suele ocurrir que cuando alguien dice algo que yo he dicho, me cae muy bien, porque pienso que, discurrendo de otra manera y pensando de otra manera, se puede llegar a las mismas conclusiones.

Cuando se actúa sin sentido común, pasa lo que pasa. O sea, que las familias no duermen, que las entidades financieras se quedan con nuestros pisos, que los gobernantes, a poca responsabilidad que tengan, tampoco duermen y que mucha gente protesta, porque se habían acostumbrado a vivir de una manera y esa manera se ha acabado.

Que han descubierto que no quieren obedecer a esos melones que me dicen lo que es políticamente correcto porque les pagan para que lo digan.

Porque a mí siempre me ha gustado actuar según me ha dictado el sentido común y no me ha ido nada mal.

Hay millones de personas que discurren, que ven las cosas de un modo distinto al nuestro, pero que, como decía un amigo mío:

—Hay que escucharles, porque podría darse el caso de que dijeran algo inteligente.

Y si les escuchas, resulta que dicen muchísimas cosas inteligentes. Y hasta puede ocurrir que sean de un partido político distinto al nuestro.

Querer discurrir es, esencialmente, seguir buscando respuestas de forma autodidacta sin que nadie te las dé. Solo tu criterio. O sea, buscar, ahora y siempre, exige tener las ideas claras.

Y me acuerdo, en esto del «buscar», del pintor Antoni Tàpies. Leí algo que dijo y me impresionó. Tenía un ayudante al que le pedía que moviera unas tablas o cualquier cosa, porque a él, ya mayor, le fallaban las fuerzas. Y, en broma, le decía que pusiera su firma en el cuadro, porque algo había hecho. Cuando un día, ese ayudante le dijo si quería que hiciera más fino el polvo de mármol, le contestó que no quería la perfección, porque «siempre tiene que haber algo imperfecto para seguir buscando».

Que esto lo dijera un señor de ochenta y nueve años, con fama universal, que podía quedarse en casa esperando homenajes, tiene su aquel.

Y sobre todo, ahora. Porque lo de «seguir buscando» me parece que nos viene muy bien.

Hay que seguir buscando. Queda mejor así que decir lo de que «hay que volver a la cultura del esfuerzo». He dicho muchas veces —aquí mismo— que la cultura de la vagancia no ha sido nunca cultura.

Y retomo el tema del discurrir. Estoy preocupado. Porque lo veo todo clarísimo. Y cuando uno ve clarísimo lo que los otros ven oscuro, se acuerda de aquel que iba por la autopista a toda velocidad, quejándose de que todos los demás iban en sentido contrario.

La cabeza se me va —¡vaya libro que llevo!— al antiguo párroco de San Quirico. Cuando fuimos a vivir allí, en el pueblo había una plaza, la del Generalísimo Franco, y una calle, la de José Antonio Primo de Rivera. Al llegar la Transición, como había que poner otros nombres, el párroco, hombre mayor y con mucho *seny*, dijo al alcalde:

—Yo pondría nombres que no hubiera que volver a cambiar de aquí a unos años.

Gracias a Dios, le hicieron caso y hoy tenemos la plaza de la Iglesia y la calle Mayor. Imagínate si les ponen plaza de Rodríguez Zapatero y calle de Bankia. Hubiera sido terrible.

Un claro ejemplo de ideas claras.

Y como tenía muy claro que quería escribir un capítulo completo sobre el discurrir y sobre la sensatez, que para mí van muy ligadas, decidí hacer un *brainstorming* para saber exactamente qué quería decir.

A mí, lo del *brainstorming* nunca me gustó. Me parecía una pérdida de tiempo eso de reunirse alrededor de una mesa y decir lo que se te ocurriera.

Pero como estos días tengo mucho tiempo libre, entre viajes y conferencias, se me ocurrió hacer *brainstorming* solo. O sea, que el *storm*, o sea, la tormenta, iba a venir de un solo *brain*, el mío.

Lo primero que hice fue poner nombre al invento, por si tengo que registrarlo. Y le puse el *self* delante y me quedó un nombre que, si hay suerte, lo pongo de moda y pronto lo empiezan a utilizar esos señores que hablan tan serios.

Lo segundo fue establecer las reglas del juego. En realidad solo me salió una: que podría escribir lo que me diera la gana y que si decía tonterías, allá yo. O sea, libertad absoluta. Siempre he pensado que la libertad, si no va acompañada de responsabilidad, ni es libertad ni es nada. Bueno, sí que es algo: un cuento. Pero esta vez me salté la norma y decidí ir a la libertad sin responsabilidad. Lo que algunos llamarían libertinaje.

Sé que si hablas de todo lo que pasa, te dicen que no profundizas y que picoteas por el campo, y si hablas de un solo tema, que te olvidas de lo principal —porque siempre, «lo otro», lo que te has olvidado, era «lo principal»—.

Así que me surge la gran pregunta: ¿no hay nadie que discurra bien aquí?

Hay cosas sobre las que no tengo opinión, porque no sé de aquello. Por ejemplo, no entiendo nada de fútbol. Concretando, no sé por qué todos decían que Julio Salinas era muy malo, con la cantidad de goles que metía.

No sé por qué está prohibido levantar la mano y no está prohibido levantar el puño, si los dos gestos representan regímenes totalitarios, despreciadores del hombre.

No sé por qué un sindicato prefiere que su empresa —la suya, la que da de comer a los afiliados que trabajan allí— pierda un pedido antes que aceptar unas condiciones que pone el comprador.

No sé por qué hay que dar subvenciones a los partidos políticos.

No sé por qué hay que poner en la calle a personas que fueron un gravísimo peligro público.

No lo sé.

Pero eso no quiere decir que no tenga opinión. He dicho muchas veces que respeto la capacidad de discurrir del ser humano. Y si una persona mezcla la capacidad de discurrir y el sentido común, la respeto profundamente.

Se están haciendo muchas cosas que repugnan al sentido común y que se hacen por imperativo legal. Las últimas, y las próximas, excarcelaciones de gente con delitos de terrorismo, por ejemplo, son un ataque al sentido común. Ya sé que son legales. Hasta ahí llego. Pero así como lo legal no es siempre moral, y lo moral va por delante, me gustaría que el sentido común también fuera por delante de lo legal. Porque si lo legal atenta contra lo moral y/o atenta contra el sentido común, aquí hay algo que chirría. Y a mí, vivir en un ambiente que chirría me da escalofríos, ayudado, quizá, por una novela de miedo, de mucho miedo, que estoy leyendo, en la que el olor metálico, la niebla grasosa y amarillenta y los chirridos hacen que, al acostarme, tenga que hacer un serio esfuerzo para no mirar debajo de la cama.

Llevo mucho tiempo insistiendo en la lucha por la globalización de la decencia. Ahora voy a añadir la lucha por la globalización del sentido común. No con efectos retroactivos, porque no sería legal, pero sí con efectos de aquí en adelante, que no sé cómo se llaman, pero ya me entiendes.

Lo moral, el sentido común, lo legal. Un trinomio como para quitarse el sombrero. Y cuando una sociedad se rige solo por lo legal, se ven esas caras que ponen nuestros ministros de Justicia y del Interior, buenas personas ellos e ignorantes ellos, que, seguramente, pensaron que solamente con sentido común se podía funcionar y no sabían que, o das forma legal al sentido común o no sirve para nada.

Por tanto, a partir de hoy, nueva campaña: a por el sentido común. Campaña que pretende ir contra la epidemia de su falta, que yo creo que proviene de que, a fuerza de hacer y decir tontadas, llegas a creer que eres un modelo de normalidad, mientras la gente te mira pensando: «¿Se lo decimos o no se lo decimos?».

Y que no me digan lo que oí hace unos años a un señor:

—Tu sentido común no es mi sentido común.

Eso me parece una *contradictio in terminis* —hoy tengo el día culto—. Porque si es común, es común. Y si cada uno tiene su sentido común, no es común.

O sea, que a mí me gusta la gente que reflexiona, que piensa, que lucha por discurrir. No sé si he contado alguna vez —supongo que sí— que un amigo mío fue contratado por una multinacional en un país europeo para el desarrollo de nuevos productos. Le llevaron a su despacho. Ni muy lujoso, ni cutre. «En su punto», me dijo él. En la mesa, un ordenador limpio, «sin nada dentro»; un montón de hojas DIN-A4 y un bolígrafo Bic.

No había ninguna documentación. El armario que, en teoría, podía ser la biblioteca, estaba vacío. Cuando reclamó material, la contestación le sorprendió:

—Usted es el responsable de nuevos productos; diga qué material necesita y se lo proporcionaremos inmediatamente.

Cuando me lo contaba, me decía que el «usted» —el *you*— tenía un tonillo que le sugería que «usted es el responsable» —a él le pareció oír «el único responsable»— de

las ideas que «salgan de encima de esta mesa. Como consecuencia, le suministraremos el material que usted haya decidido que necesita».

Me dice que en su vida ha trabajado mucho y ha vivido mucho, lo cual puede parecer una tautología, porque si no vives la vida es que te has muerto.

Lo de la grandeza de España debió ser hace tiempo. Cuando reinaba Felipe II, en sus dominios no se ponía el sol. Ahora se pone. Con la hora de retraso de Canarias, se pone un poco más tarde, pero se pone.

Cuando empezó el máster en el IESE, yo daba clases en un curso que se llamaba «Entorno social, político y económico».

Se trataba de enterarse de lo que pasaba —aunque algunos no se lo crean, ya pasaban muchas cosas en 1963—, de entenderlo, de ver cómo aquello me afectaba a mí y a mi empresa, y de determinar cómo debíamos actuar.

Pienso en lo que hago yo ahora y me parece que se ha cerrado el círculo. Que después de dar muchas vueltas profesionales, y de las otras, en mi vida, he vuelto a preocuparme por el entorno social, político y económico.

EL DÍA DE LOS SENSATOS

Tanto hablar de sensatez. Tanto decir que el sentido común es fundamental. Tanto decir que hay dos Españas: la de los sensatos y la otra. Tanto quejarme de que los de la otra están copando los puestos de gobierno de mi querida España... Y nunca se me había ocurrido hacer una lista de los sensatos que he ido conociendo en esta última temporada. De los sensatos que, como su mismo nombre indica, practican la sensatez, o sea, aquello que los hace ser «prudentes, cuerdos, de buen juicio».

Cuando hablo de mis amigos faranduleros con amigos míos «convencionales», unos me miran con cara de sorpresa —«¿Qué le habrá pasado a este?»—, otros con cara de no saber de quién estoy hablando y otros con cara de desprecio —«¿Cómo se mezclará este con semejante patulea?»—.

Yo me divierto, porque a veces me gusta escandalizar un poco. Pero, fundamentalmente, porque yo tengo mi lista de sensatos y puedo firmar debajo diciendo que «certifico que don/doña... cumple con todos los requisitos necesarios para ser calificado como sensato/a».

Así hicimos la lista mi hijo Gonzalo y yo, echando algunas risas al pensar qué cara pondría alguna de las amigas de mi mujer para la que Intereconomía es una panda de comunistas y Federico Jiménez Losantos, un bizcocho reblandecido.

Una vez hecha la lista —de una tacada nos salieron treinta y seis—, nos dimos cuenta de que estaba incompleta, pero pensamos que ya seguiríamos otro día, porque nuestra idea era reunirnos con un número «manejable» de personas, entendiendo por «manejable» que se les pudiera atender uno por uno y que se viera que les estábamos agradecidos, uno por uno, por cómo son y por cómo se han portado con nosotros desde que los conocemos.

Luego preparamos el plan del día, con unas ideas básicas: que todos se sintieran cómodos, que oyeran sin agobios unas cuantas cosas que les queríamos decir y, por último, lo más importante: que después de una comida buena, sin estridencias, hubiera café, copas y guitarreo.

Cuando cogí el AVE para ir a Madrid ese día y mi hijo Alfonso me hizo una foto con una guitarra en la mano, el whatsapp familiar echaba humo.

El programa era muy simple: bienvenida de mi hijo Gonzalo, charleta mía sobre «Lo que pasó, lo que pasa y lo que yo digo que pasará» y luego, la comida y el guitarreo.

El festejo fue en la Ciudad de la Raqueta, en Madrid. Un día espléndido, con una brisa muy agradable. Las mesas, como en las bodas, bien pensadas, para que nuestros invitados estuvieran cómodos. Las guitarras, preparadas.

¡Qué gozada! Todos sonrientes, todos felices. Ni una crítica a nadie. Alguno hizo setecientos cincuenta kilómetros desde Tarifa, donde había dado un concierto el día anterior. Otro renunció a dar una conferencia ese día porque prefirió estar con nosotros.

Al acabar mi intervención antes de la comida, uno de los asistentes, un músico muy prestigioso, dijo que así como unos señores se reúnen una vez cada cierto tiempo en eso que llaman el Club Bildelberg, donde no se sabe de qué hablan, pero que debe ser muy

importante porque paran la circulación para que los del Club no se cansen ni se pongan nerviosos en los atascos y así sus neuronas estén a todo rendimiento en la reunión... —pongo puntos suspensivos aquí porque si no, la frase me sale muy larga—.

Decía que este señor propuso la constitución del Club de los Locos Sensatos y que aquella era la reunión constituyente. No dijo para qué serviría ese club, pero a todos nos gustó mucho la idea, que fue aprobada por aclamación.

Nuestro tren salía para Barcelona a las nueve de la noche. Casi no llegamos.

Yo iba cansado, claro. Empecé a pensar en lo del Club LS, el de los locos sensatos. Empecé a pensar en sus objetivos, que mi amigo el músico había dejado en el aire. No habíamos llegado a Guadalajara cuando lo vi claro.

La reunión constituyente era un fin en sí misma. Es verdad que les queríamos dar las gracias a todos, y dárselas de todo corazón. Es verdad que a mí me hacía ilusión soltarles la conferencia. Es verdad que me hizo mucha ilusión que la siguieran con atención y que alguno de ellos la tuiteara. Es verdad que me reí mucho en el aperitivo, en la comida y en lo de después. Es verdad que, cuando empezó el guitarreo, pedí que tocaran una de Luis Eduardo Aute, para poder intervenir yo y, después de que los que cantaban dijeran que «una de dos, o me llevo a esa mujer o entre los tres nos organizamos», tomar el protagonismo y rematar diciendo «si puede ser».

Todo eso es verdad, pero fue más importante para mí, y estoy seguro de que lo fue para todos, ver cómo se podían divertir cuarenta personas tan distintas, tan especiales, tan raras —dirían las amigas de mi mujer—, con unas ideas tan diferentes... Y cómo se puede reír el de izquierdas cuando el de derechas le dice:

—¡Pero si tu tío abuelo fue el fundador de las JONS, o sea, la última pata de la Falange española tradicionalista y de las JONS!

Nos hemos dejado mucha gente fuera del Club. Hay que incorporarlos. Ya tenemos muy avanzada la lista.

Repito que, al final del día, estaba muy cansado. Llegué a casa, desperté a mi mujer y se lo conté, de arriba abajo, con pelos y señales. No sé si mi mujer estaba en las mejores condiciones físicas como para entusiasmarse. Pero como me veía tan exultante, hasta puso cara de interés. Es una santa.

Mi primera idea fue poner en este apartado la lista de los asistentes. No la pongo porque esa reunión fue un acto de agradecimiento. Y cuando agradeces algo a alguien, no lo vas contando por ahí.

Si los agradecidos lo quieren contar, que lo cuenten. Allá ellos. Pero si luego hay una cola enorme de presuntos sensatos que quieren unirse al club, dado el nivel de los socios fundadores, que no se quejen de las aglomeraciones.

21

SOBRE LA SENSATEZ. YO DE MAYOR QUIERO SER CARMEN DE LIRIO

Hace bastantes años, Gregorio y yo trabajamos juntos en la División de Antiguos en el IESE. Era una gozada, porque nos entendíamos muy bien. Todos los días, al llegar al despacho, lo primero que hacíamos era ver las esquelas. Cada vez teníamos más Antiguos... y cada vez se nos morían más.

Dejé el IESE hace muchos años, pero me quedé con la costumbre. Coincidió con Gregorio en el AVE y se me olvidó preguntarle si a él también. Estoy seguro de que sí.

Repaso esquelas y me encuentro con la de Carmen Forn, señora de la que no he oído nunca hablar. Pero debajo pone Carmen de Lirio. Me da un ramalazo de nostalgia. Nunca la vi actuar, pero esta chica —tenía noventa años al fallecer— fue la reina del Paralelo cuando yo estudiaba la carrera en Barcelona. Ella, Alady y Antonio Amaya triunfaban en el teatro Apolo, me parece.

Leo el obituario y me río cuando, en una entrevista, ella, ya mayor, dice que la censura comprobaba si el escote tenía las medidas legamente permitidas. De ahí se deduce que con Franco no se podía ser ni un poco descocada.

Me suele ocurrir. Cuando me acuerdo de una cosa me acuerdo de otras. Salto hacia arriba, a 1931, el primer año de la Segunda República añorada por unos cuantos, que dicen que entonces se vivía muy bien. Y, como mentalmente sigo en el Paralelo, no salgo del ambiente frívolo y me voy a *Las Leandras*, «la revista más famosa de todos los tiempos», «de una escabrosidad maestra», que estrenó en Madrid ese año Celia Gámez, la Carmen de Lirio de aquella época.

O más, según dicen las crónicas.

En esa revista, Pichi, que es «un chulo que castiga, del Portillo a la Arganzuela», y que debía ser un pájaro impresentable a juzgar por las cosas de las que presumía, le dice a una moza «anda y que te onduen con la permanén», y luego, para cuadrar el verso, añade que «se lo *pués* decir a Victoria Kent», una ministra republicana.

Se acabó la República y prohibieron *Las Leandras* hasta que en 1964 se estrenó con otro título, muy fino —*Mami, llévame al colegio*—, y la pobre Victoria Kent fue eliminada y sustituida en el chotis por «un pollito bien».

Dejo de hacer saltos y me voy del ambiente revisteril, no vaya a ser que me guste. Ahora estoy en San Quirico, donde nos quedaremos una temporada larga, hasta que nos arreglen el piso de Barcelona, que se incendió y quedó hecho un desastre.

Como siempre, hay muchos niños en casa. Como siempre, cuando llueve, ven películas en la tele. Si no llueve, al monte, que para eso hicimos la casa donde la hicimos. Como siempre, ven películas de Walt Disney. *Blancanieves*, *La Cenicienta*, *Mickey*

Mouse, al que ahora los niños le llaman Miki —nosotros, mucho menos viajados que estos críos, le llamábamos «el ratón Miquéy», con acento en la e—.

Hoy toca *La bella durmiente*. Oigo una canción. *Eres tú la dulce ilusión que yo soñé*. Mis hijos me aclaran que es la versión políticamente correcta de *Eres tú el príncipe azul que yo soñé*. Me dicen que alguien ha dicho que las niñas no deben pensar en encontrar un príncipe azul, porque eso indica subordinación de la mujer al hombre. Por eso, la mujer ahora debe aspirar a que llegue la dulce ilusión.

Mi mujer, que nunca me dijo que yo era su príncipe azul, pero que tampoco me ha llamado nunca su dulce ilusión, sonríe. Sabe demasiado. Yo sé menos, pero se me da bien empalmar temas. Y así, empalmo el pollito bien de *Las Leandras* con el medidor de escotes de Carmen de Lirio con la desaparición del príncipe azul y pienso que, en cuanto a estupidez, no mejoramos nada.

La profesión de censor debe ser tristísima. Comprendo que algo hay que hacer para comer, pero hace falta tener mucha hambre para dedicarse a eso. Y, tristemente, debe haber gente que, si no hace esas cosas, no come. Yo creía que, con el cuento de la democracia, los censores habían desaparecido por ser instrumentos de las dictaduras. Pues siguen existiendo, pagados por unos y/o por otros, con la seria responsabilidad de que el pueblo llano, o sea, mis nietos, piense como ellos, hable como ellos y no diga nada que les moleste a ellos, que para eso pagan.

Por cierto, ¡claro que existe el príncipe azul! ¡Claro que hay chicas que son felices cuando lo encuentran! Normalmente, no es príncipe ni es azul. Simplemente, es un chico majo, que acabó ADE y trabaja en una auditoría, ¡y le han hecho contrato indefinido! ¡Claro que hay chicos que son felices con su princesa azul, que también estudió ADE —iban a la misma clase— y que trabaja en una multinacional farmacéutica! O que ha decidido quedarse en casa para dedicarse al trabajo en el hogar, con el peligro, cierto, de ser despreciada por otras a las que eso del hogar no les acaba de gustar y si no les gusta a ellas no le tiene que gustar a nadie.

El príncipe azul, para muchos, es el empleo que les llega o que no les llega. Y el contrato indefinido de que hablábamos antes, que, de repente, llega, no se sabe cómo ni por qué

—aunque la abuela, viejecica, se pasa el día y parte de la noche rezando por su nieto, ya sabe por qué—. Y la salida de la crisis, que, más o menos, se empieza a notar. ¡Claro que hay príncipes azules! Cada uno tenemos uno, por lo menos.

Alguien me dirá que la dulce ilusión es eso. Para mí, la dulce ilusión, es eso, ilusión. Y el príncipe es de carne y hueso. La dulce ilusión me parece una cosa más *light*, más blandita, como muchas cosas ahora. Más metrosexual, o sea, ni carne ni pescado.

Como las cerezas. Que tiras de una y salen veinte: de los Antiguos del IESE a Carmen de Lirio; de Carmen a Celia; de Celia a la bella durmiente; de la bella durmiente al príncipe azul.

Todo por seguir haciendo lo que empecé a hacer con Gregorio: leer las esquelas.

YO DE MAYOR QUIERO SABER MORIR CON ESTILO

En mi anterior libro, *Cómo hacerse mayor y no volverse un gruñón*, hablé de la muerte. Parece que no es un tema muy de literatura de no ficción. Mis libros tampoco son muy literarios, así que no creo que eso tuviera mucha importancia. En la gira de presentación del libro y posteriores conferencias y entrevistas sobre él, curiosamente, en algún momento comentaba todo el mundo sobre el capítulo en el que hablaba de cómo quería morir yo.

O sea, que en el mundo editorial no se estila hablar de esto, pero fuera de él la gente tiene cierta curiosidad. Lo sé porque incluso me invitaron a la Feria Internacional del sector funerario para dar la conferencia «Cómo ser mayor y morir en el intento». Si he hecho eso, y con una sonrisa enorme, ponerse a escribir ideas sobre el tema me parece una tontadica.

Como las cosas hay que decirlas poco a poco, y como estoy lejos de tener un plan que diga que quiero hacer un libro monográfico sobre este tema, sí que quería de nuevo hablar sobre «el tránsito», que dicen los pudorosos.

No quiero entrar en lo de la muerte digna porque no me acaba de convencer, porque, a mis ochenta y dos años, como alguien del equipo que mande decida que tengo derecho a la muerte digna, igual otro lo malinterpreta y dice que tengo, no solo derecho, sino obligación de morirme dignamente. Y a mí me gustaría morirme cuando se me acabe la cuerda, no cuando me la acaben. Ya intentaré poner yo la dignidad.

Paseando por Zaragoza con mi mujer, un día pasamos por una calle dedicada a un prohombre que no me acuerdo cómo se llama. Sí me acuerdo de lo que pone el azulejo debajo del nombre: «Útil a Aragón».

Nunca había visto ni oído un piropo como ese. Y me gustó mucho. Pensé que me haría ilusión que, cuando me muera—o sea, dentro de muchos años—, dijeran de mí que había sido útil a algo bueno. No quiero que lo pongan en mi tumba, en el nicho 149 del cementerio de San Quirico. Prefiero que digan eso de «descanse en paz», porque, de cara a la vida eterna, me interesa más la paz con Dios que la utilidad.

MI TEORÍA DEL MÍNIMO RIESGO

Stephen Hawking es una persona a la que le tengo un gran respeto. Para mí, es el modelo del auténtico optimista: el que no ignora lo que le pasa, que es muy serio, sino que lucha con uñas y dientes para salir adelante. Y estoy seguro de que le cuesta mucho y de que tendrá sus bajones y que, gracias a su categoría personal y, supongo, a la ayuda de su familia y de sus amigos, seguirá trabajando duro y siendo un modelo de cómo hay que afrontar las cosas malas que, de vez en cuando, nos pasan.

El señor Hawking ha dicho que no tiene miedo a morir, pero que no tiene prisa por hacerlo. Y ha añadido una frase verdaderamente optimista:

—Es mucho lo que quiero hacer antes.

Todo lo que digo hasta ahora no implica que este señor acierte siempre. Nadie acierta siempre. Por lo menos, yo meto la pata con cierta frecuencia, según me dicen amigos míos, a quienes les agradezco mucho que me lo digan porque así puedo corregir mis tonterías.

El señor Hawking dijo en un periódico británico que la idea del paraíso y de la vida después de la muerte es solo «un cuento de hadas de gente que le tiene miedo a la oscuridad». Y, para aclarar las cosas, que «el cerebro es un computador que dejará de funcionar cuando fallen sus componentes».

Te tengo que confesar que yo le doy bastantes vueltas al tema de Dios, de la muerte, del más allá. Porque me parece que son asuntos de suficiente importancia como para tenerlos en cuenta de vez en cuando.

A mí, pensar que cuando me duele la cabeza, en vez de tomar Gelocatil, tengo que coger una aceitera y engrasar el computador que llevo sobre los hombros, es algo que no me gusta.

Me gusta pensar que soy algo más que un computador o que muchos computadores. Cuando estaba escribiendo este artículo en un PC Toshiba, me miré al espejo y me encontré bastante diferente del chisme este. Y más guapo.

Cuando me enamoré de mi mujer, cosa bastante fácil porque es un sol, no tuve la sensación de que el computador se ponía en marcha y que, para evitar enamorarme, bastaba con apretar la tecla Del. Me pareció que era algo mucho más complejo, mucho más sofisticado y, por supuesto, mucho más bonito.

Mi padre era comerciante. Teníamos un negocio familiar del que ya he contado algunas cosas. Era un hombre prudente. Me decía a veces que, como buen comerciante, procuraba que el negocio fuera bien, sin demasiadas audacias locas ni demasiadas seudoprudencias cobardicas. Siempre pensaba en guardar «para el día de mañana».

Seguramente por su influencia, yo también pienso frecuentemente en el día de mañana. Y cuando uno está cerca de ochenta y tres años, ese día de mañana incluye el día en que uno acaba su existencia en este mundo. Por eso, cuando en esta vida loca en la que estoy metido, alguien me pregunta:

—Y usted, ¿cómo ve su futuro?

Siempre contesto:

—Corto.

Y si se alarga un poco, mejor. Me pasa lo mismo que a Stephen Hawking: no tengo ninguna prisa en morirme.

Lo que pasa es que si pienso que soy un montón de chips y un montón de cables que hay que enchufar, me entra la depre.

Y si veo tanta canallada por el mundo y tanta gente buena por el mundo y pienso que, de aquí a unos años, todos serán computadores tirados a la basura, la depre va subiendo.

Y le empiezo a tener envidia de Helmut, mi perro, al que echo muchísimo de menos, que el tío puede que no fuera racional, pero se pegaba la vida padre. Cuando quería comer, comía. Cuando quería dormir —que era casi siempre—, dormía. Debía de ser un computador de peor clase que yo, pero al morir todos pensamos: que le quiten lo *bailao*.

Hay una cosa que no hacía Helmut y que me parece que diferencia su computador del mío: no sonreía nunca. Cuando le hacía caricias me miraba con unos ojos muy majos que tenía debajo de los pelos que le cubrían la cara, me pegaba un par de lametones, hacía un runruneo de mimo, pero el tío no sonreía nunca.

Pienso que entre Helmut y yo debía de haber alguna diferencia.

Alguna diferencia que hace que yo pueda pensar que, cuando me muera, algo pasará. A mí, lo del Juicio después de esta vida me parece que es de sentido común. En las empresas hay juicios, no finales, pero juicios, todos los días. Juzgamos a Fulano y decimos de él que es un impresentable. Y le despedimos. Juzgamos a Mengano y decimos que es un tío muy bueno porque es honrado, porque trabaja mucho y trabaja bien, y porque ayuda a los demás. Y no le subimos el sueldo, por aquello de cuidar los gastos fijos, pero igual le damos un sobre —negro— a final de año.

Hacemos juicios a diario sobre cosas que, al fin y al cabo, no son definitivas, porque Fulano puede dejar de ser impresentable y a Mengano le puede dar la neura y volverse vago y egoísta.

En el Juicio Final hay una cosa que me molestaría mucho. Ya sabes que los que creen en estas cosas dicen que, ese día, el Juez separará a las ovejas de los cabritos. A mí, me gustaría más ese día ser oveja que cabrito.

Porque en esta vida estoy cansado de ver cabritos. No lo digo como un insulto, sino por seguir la misma nomenclatura.

Cabritos que hacen mucho daño a la gente con su mal comportamiento en las empresas, que es donde la gente pasa horas y horas, y amargan la vida a esa gente, que va luego y amarga la vida a su familia.

Cabritos que hacen mucho daño a la gente en muchas instituciones que conocemos.

Cabritos que, con eso de que el *business is business* cometen verdaderas tropelías. Y lo digo por tercera vez en este libro... y me parecen pocas.

Los cabritos —sigo con la nomenclatura— no pertenecen a una clase social determinada. Como dicen los cursis, esta es una actitud «transversal». Transversal hacia la derecha, hacia la izquierda, hacia el centro, hacia arriba y hacia abajo.

De las afirmaciones de Stephen Hawking, deduzco que, como dice el tango *Cambalache*, «hoy resulta que es lo mismo ser derecho que traidor, ignorante, sabio o

chorro, generoso o estafador».

Pero yo no me creo que sea lo mismo. Y como todos tenemos derecho a fabricar teorías, he diseñado la teoría del mínimo riesgo, que igual patento y de aquí a unos años se llama la teoría Abadía, se enseña en el IESE y mis nietos pueden presumir de lo listo que era su abuelo (q. e. p. d.).

La teoría tiene un enunciado muy simple:

- Soy partidario del mínimo riesgo.
- Por eso intento ser buena persona (otra cosa es que lo consiga).
- Me da la impresión de que hay mucha gente que intentan ser buenas personas.
- Me da la impresión de que hay mucha gente (la estamos sufriendo) que no solo no quieren ser buenas personas, sino que quieren ser muy malas personas.
- Con ese panorama, puede haber dos posturas:
 - a. La de Hawking (los computadores buenas personas y los computadores canallas, todos al mismo basurero).
 - b. La mía (¡qué atrevimiento, Dios mío!):
 - i. No somos computadores.
 - ii. Somos personas.
 - iii. Unos, ovejas.
 - iv. Otros, cabritos.

Para las ovejas:

- Si tiene razón Hawking, se morirán, habrán intentado ser buenas personas, su familia y sus amigos se lo agradecerán, y a la basura.
- Si tengo razón yo, se morirán, habrán intentado ser buenas personas, su familia y sus amigos se lo agradecerán y Alguien les dará un premio.

Para los cabritos:

- Si tiene razón Hawking, se morirán, habrán intentado ser malas personas, su familia y sus amigos les aborrecerán antes de olvidarles, y a la basura.
- Si tengo razón yo, se morirán, habrán intentado ser malas personas, su familia y sus amigos les aborrecerán antes de olvidarles y, lo peor de todo, Alguien les llamará (en público) «cabritos», con todas sus (malas) consecuencias.

Y hasta aquí llego. Y por si no ha quedado claro, digo que no quiero ser cabrito porque el riesgo es muy alto. Prefiero ser oveja, por si acaso el señor Hawking se equivoca. Porque si me equivoco yo, no pasa nada, y si se equivoca Stephen, me pasa mucho y prefiero no jugar a la ruleta rusa.

ESTO DE MORIRSE

Me llama un amigo mío. Vive fuera de Barcelona. Trabajamos juntos hace muchos años. Me llama para decirme que se muere. Tiene cáncer y le han dado tres meses de vida. Añade:

—No te preocupes. Estoy muy tranquilo.

Para animarle un poco, le digo que, dentro de un año, le llamaré para irnos a comer por ahí. Se ríe y dice que por supuesto. Como es un tío muy lanzado, me da la impresión de que, o cuelgo rápido el teléfono, o reserva mesa en Horcher.

Esto de morirse es algo serio. No me acabo de acostumbrar a la idea. Como he trabajado tantos años en eso de la planificación estratégica y de hacer planes de futuro y de la prospectiva y de prever todo lo previsible y parte de lo imprevisible, a veces se me olvida que igual, mientras tanto, me muero.

Y no tiene ninguna gracia.

Pero, a veces, cuando veo cosas como las de amigo, pienso que sí que tiene gracia. No gracia de reírse a carcajadas. Gracia de celebrar que me he reencontrado con el sentido común.

Sentido común que me dice que no se sabe por qué, hasta ahora, todos se han muerto, con lo que lo lógico es que yo también me muera. Que, por ahora, los avances en la medicina hacen que los viejos estemos más jacarandosos durante más años, pero poco más. Que sería horroroso vivir doscientos o trescientos años porque nadie querría hablar con nosotros, que contaríamos cosas de la Pepa —la Constitución de 1812—, con información más detallada que muchos de los que hablan ahora con toda naturalidad, mientras los de Apple seguirían inventando chismes incomprensibles para los vejestorios. Que con el actual sistema de pensiones, en el que los jóvenes pagan con su trabajo las pensiones de los viejos, habría muchísimos viejos que pensionar, poquísimos jóvenes para darles de comer y de beber y de divertirse, y lo del estado de bienestar sería una auténtica catástrofe.

Tengo un amigo que es un poco bruto. Tiene unos cuarenta y cinco años. Nos vemos bastante y nos reímos mucho, porque dice unas cosas impresentables, aunque, en el fondo, piense que algo de razón no le falta. Cuando le digo que alguien está enfermo y que me preocupa, siempre me pregunta:

—¿Cuántos años tiene ese señor?

Según la cifra, me contesta:

—No sé por qué te preocupas. A esa edad lo que tiene que hacer ese señor es morirse.

Ahora me lo dice menos, a medida que, imperceptiblemente, ve que me voy acercando a «esa edad».

Me parece que ante la idea de la muerte, a bote pronto, puede haber dos reacciones:

— Para qué voy a trabajar, si esto se acaba enseguida.

— Voy a ver cómo me forro a lo bestia, para aprovechar estos pocos años (creo que los cónsules romanos hacían algo parecido: aprovecharse).

Es posible que me digas que, con las cosas que se ven, hay algunos —quizá muchos— que son partidarios de lo segundo. Los más sofisticados dicen eso del *carpe diem*, que nunca he sabido qué quería decir, sobre todo desde que vi que era el rótulo de una discoteca. Luego me enteré que el *carpe diem* es aquello tan viejo de «comamos y bebamos, que mañana moriremos».

Hay una tercera posibilidad, que me gusta mucho más: lo de trabajar en serio, honradamente, porque si estoy en este mundo será para algo. Ya sé lo del *big bang* y esas cosas. En confianza, me cuesta bastante, cuando me afeito y me miro al espejo, pensar que soy una piedrecita que se les escapó y que en vez de caer en el océano, cayó en casa de mis padres, que luego la llevaron al Colegio del Salvador en Zaragoza y después, a la Escuela de Ingenieros de Tarrasa. Desconcierto que se repetía cuando salía de paseo con mi perro, Helmut, porque, a pesar de lo buena persona que era, tenía un no sé qué que le diferenciaba de mí.

* * *

Y no me sirve el hecho de que en su momento, Helmut Abadía, mi perro, escribiera un libro con el título *¡Guau! Historia de un educador de amos*, porque juraría que Helmut se lo dictó a mi hijo Gonzalo.

Este inciso es pura publicidad.

* * *

Trabajar honradamente. Ya lo sé: no estamos para sermones.

Trabajar muy bien. Ya lo sé..., sermones.

Pero es que veo gente que ahora trabaja muy bien y gente que hace verdaderos chandríos, como llaman en mi tierra a las chapuzas, pero a las chapuzas gordas.

Si, además, el chandríaco —palabra que acabo de patentar— es mala persona, pues peor.

En el cementerio no se distingue la tumba de un honrado de la tumba del otro. Hasta es posible que la del otro sea más elegante.

Pero no sé por qué, me gustaría que el día que alguien me anuncie que me quedan tres meses, diga lo de mi amigo: que estoy tranquilo.

Me preguntaron hace poco qué haría si me enterase de que hoy era el último día de mi vida. Como había que contestar en muy pocas palabras, dije que me parece que haría lo normal, lo que tocara hacer ese día. Y añadí, con un suspiro de alivio:

—Lo único que no haría es preparar la conferencia de mañana.

TODO ENTRA EN EL EXAMEN

Ya sé que las cosas se dicen así. Que la generación del *baby boom* —los nacidos entre los años sesenta y ochenta— ya está envejecida. Que el número de mujeres en edad fértil disminuye. Que la tasa de fecundidad baja. Que la edad media de maternidad se retrasa. Que la reproducción asistida se anuncia como las academias de estudios, en base al porcentaje de éxitos.

Leí en *Time* un artículo sobre el trato a los muertos. Ahora aumentan las incineraciones. Lo comprendo perfectamente. Lo que me molesta es el «tonillo» del artículo, cuando decía, por ejemplo, que George Alan Thompson II, que fue camarero, agente de la propiedad, motero y muy bromista en vida, ahora, en muerte, era un arrecife. Todo porque leyó un anuncio de Eternal Reefs, en Decatur, Georgia, que ofrecía ese servicio.

La cosa se sofisticaba cuando seguí leyendo que otras empresas, envidiosas sin duda del éxito de Eternal Reefs, me ofrecían convertir mi cuerpo en fuegos artificiales, pintura, joyas, discos de vinilo.

No sé por qué, coincidieron las dos noticias. Las que se referían a los que nacen y a los que no nacen, porque muchos se quedan por el camino, y las que hablaban de lo que iba a ser al final de mi vida. En confianza, te diré dos cosas: que agradezco a mis padres que me tuvieran por el método tradicional y que agradeceré a mis hijos y a mis nietos que me lleven a San Quirico, nicho 149, y me dejen allí, esperando el Juicio Final. Si quieren llorar un poco, que lloren. Pero sobre todo que recen, no vaya a ser verdad eso del Juicio Final y me presente ante el Tribunal como algunos estudiantes que yo me sé, que no se habían leído aquello porque no entraba en el examen.

Mi problema es que yo creo que todo entra en el examen. Y si todo entra, la hemos fastidiado. Porque, además, en el Juicio Final, lo dirán en voz alta, y muchos de esos que me dicen «Don Leopoldo, ¡cuánto le admiro!» se van a quedar con cara de tontos por haber admirado lo que no tenían que admirar.

Yo ya sé que estas cosas de nacer y de morir son complicadas.

Lo de nacer no fue complicado para mí. No me acuerdo de nada. De repente, me acuerdo de la bomba que cayó en la calle San Gil, en Zaragoza. Como yo nací en 1933 y la guerra española duró del 36 al 39, que ya es durar, debía tener entre tres y seis años. Pero me acuerdo. O sea, que alguien me nació antes.

Lo de la muerte es distinto, porque ahí la responsabilidad es mía. Y lo de antes de la muerte, o sea, lo que va desde hoy hasta el día que diga «no sé qué me pasa, pero me encuentro mal», también es responsabilidad mía. Ahí sí que no le puedo echar la culpa a la Merkel.

Supongo que ese día en el que diga lo del «me encuentro mal» me importarán tres pitos la izquierda, la derecha, la regeneración democrática y toda esa cuadrilla de gente con cara seria que anda por ahí. Me preocuparé yo. De mí mismo.

Ya sé que esto suena a egoísmo. Ya lo sé. Pero una vez oí a alguien decir que mucho follón, mucho jaleo, pero que, al final, uno se muere solo. Y ese día no hay excusas.

Solo.

Yo creo en el después. Hay quien no cree y los respeto mucho. Incluso lo mío puede ser otro síntoma de egoísmo, basado en el «no vaya a ser que haya algo». O sea, lo que los de Harvard llamaríamos *minimum risk theory* —la teoría del mínimo riesgo, de la que he hablado antes—, que se enuncia así: «Si hay algo después, hay algo después. Y si no hay, no hay».

Y yo, por si acaso hay, intento ser buena gente. Y si no hay, por lo menos no habré hecho mal a los demás.

Eso es lo que me gustaría. Pero —ya he dicho que todo tiene un pero— no sé si lo conseguiré.

Porque una vez, saliendo de una emisora de radio, me metí en un bar —yo siempre me meto en los bares— y allí me encontré con uno que conocía a mis hijos, que me saludó muy cariñoso y me dijo:

—Qué, ¿a quién va usted a hacer daño hoy?

Sonreí, dije alguna tontada y me fui a una mesa a tomarme el expreso que hacen en ese bar, el Stop, en frente de la Cope de Barcelona, que es buenísimo.

Pero pensé que, por supuesto, no quiero hacer daño a nadie, porque bastantes amarguras tiene la vida como para aumentarlas. Puede ser que a alguien le moleste alguna cosa que diga. Eso no me preocupa, porque no es hacer daño. Es simplemente reconocer que nunca todos gustamos a todos. Tampoco todo lo que hacemos nos gusta siempre a nosotros mismos.

Ya se ve que hoy, con las tasas de fecundidad, la fertilidad y los crematorios, por no hablar del horno que deja huesos sin quemar, pero que luego se pulverizan con una máquina antes de entregárselos en una urna muy mona a la familia con el logo del grupo Kiss, las cosas han cambiado.

Me recuerda a aquello de *La verbena de la Paloma*, una zarzuela de hace muchos años: «Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad».

Lo de la barbaridad me suena. Lo del adelanto, no lo tengo tan claro.

Hace tiempo me hicieron una encuesta sobre la esperanza de vida, etc. Una de las preguntas era:

—¿Usted cree, en contra de la opinión mayoritaria, que hay vida después de la muerte?

Contesté dos cosas:

— Que estaba convencido de que no era la opinión mayoritaria.

— Que, por supuesto, creía que había vida después de la muerte.

No añadí, para no complicar la respuesta, que, en este caso, la opinión no servía para nada, sea mayoritaria o sea minoritaria. Que si había, había. Y que si no había, no había. Y que, como yo creía que había, procuraba vivir como si hubiera.

No fuera a ser que hubiera y la fastidiáramos.

SOBRE LA MUERTE CON ESTILO. YO DE MAYOR QUIERO SER DESMOND TUTU

Repaso notas viejas y me encuentro con que Desmond Tutu dijo en Barcelona hace años que «el ayer es historia, el mañana es misterio. Solo el hoy es regalo, y por eso al hoy le llamamos presente».

Nos pasamos la vida hablando de lo bien que vivíamos antes, o de lo malos que eran «los otros» antes, o de qué guapa era nuestra mujer antes, o de qué buena planta tenía nuestro marido antes y míralo ahora, o de que como en mi época, nunca —esto de mi época no les pasa solo a los viejos. La mujer de uno de mis hijos, chica joven, me sorprendió hablándome un día de lo que pasaba en su época. Menos mal que, al ver mi cara, pidió perdón enseguida—.

Y así nos amargamos y se nos olvida que el presente —lo que Tutu llama «un regalo»— es en lo único que podemos trabajar. Que el pasado pasó y el futuro igual no llega.

Porque eso de que los viejos no nos morimos nunca es mentira. A mí me va muy bien decir en las conferencias que lo de las pensiones es muy profundo y repetir siempre la misma gracia, que en Europa nos ha dado por no tener hijos y los viejos estamos cada día más guapos y más jacarandosos.

Sí, sí, pero, al final, nos morimos. Y, lamentablemente, bastantes jóvenes, también.

Así que regalémonos un mucho de vida para que no se nos quede nada en el tintero, que vivir sea una acumulación de presentes, esa es la gran riqueza.

EPÍLOGO

O SEA, QUE QUIERO SER JOVEN

Me parece que, en el libro, ha quedado claro que yo, de mayor, quiero ser joven.

Una vez que dejé claro cuál era mi objetivo, me planteé fijar la fecha de la «mayoría de edad». O sea, cuándo me iba a decir a mí mismo: «Leopoldo, hoy empiezo». Y para darle más solemnidad y recordando que estudié latín en el colegio, cuando, delante del espejo, me iba a poner con mi traje azul, mi corbata de Lester, mi pasador de oro, mi bastón —al que cada vez tengo más cariño— y mis zapatillas deportivas de color fosforito, para decir: *hodie, nunc coepi!*

Hodie, porque, a lo largo de la vida, uno aprende que, o se empieza «hoy» o no se empieza.

Nunc, «ahora», porque, también a lo largo de la vida, uno aprende que cuando dices «hoy» tienes que añadir «ahora», para evitar ir retrasando, retrasando y llegar a las doce de la noche, convirtiendo de este modo el *hodie*, hoy, en *cras*, mañana, o, peor aún, en *perendie*, pasado mañana, vocablos que he encontrado en un diccionario latino-español y español-latino de cuando yo iba al colegio.

O sea, que he decidido ser joven hoy, ahora. Y como, al final, pondré la fecha de este libro, escrito, como todos mis libros, en San Quirico, pueblo imaginario, me comprometo a que, a partir de esa fecha, voy a luchar para conseguir mi objetivo: ser joven. Y a que, cuando los periodistas me pregunten cuáles son mis planes de futuro, les contestaré: ser joven.

Cuando me comprometo a algo me gusta profundizar un poco, para enterarme bien de a qué me he comprometido.

En este momento, mi iPad me avisa de que me ha llegado un mensaje. Pienso abrirlo después, para no distraerme, pero, como me pasa con demasiada frecuencia, vence la curiosidad, interrumpo la escritura y lo leo.

El mensaje me ayuda a afinar más mi compromiso. Un amigo me manda un gráfico: «Esperanza de vida al nacer». España está en buena posición, lo que me anima. Pero el número de años me desmoraliza un poco: 82,4. Cuando escribo esto, tengo, redondeando, ochenta y dos años y dos meses, es decir, 82,16, lo que me acerca peligrosamente al fin de la esperanza.

O sea, que, estadísticamente, me queda poco para empezar mi lucha por conseguir mi objetivo. En otras palabras, que me tengo que poner rápidamente delante del espejo de la entrada, el traje azul, la corbata, el pasador y las zapatillas, para asegurar —me— que hoy, ahora, empiezo a luchar para ser joven.

Ser joven. Que es lo que el sentido común te dicta y no es lo que el sentido común no te dicta.

No te dicta hacerte el joven, porque eres viejo. En consecuencia, no te dicta buscar, a tus 82,16 años, una novia de veintidós «para no perder el último tren del amor». Porque, normalmente, tú pensarás que este es el último tren, y la novia pensará que puede permitirse el lujo de perder el tiempo con este tren cochambroso —¡para lo que va a

durar!— sabiendo que ya hay unos cuantos trenes en muy buen estado, esperando, y, si te descuidas, compartiendo la vía.

El sentido común sí te dicta ver cómo funcionan los jóvenes y contagiarte de sus ilusiones, de sus «imprudencias» sanas, de sus ganas de trabajar, de sus ambiciones nobles, de sus obsesiones por eliminar la podredumbre, por eliminar las desigualdades, por decir «¡¡no hay derecho!!» cuando no hay derecho, por luchar contra lo antinatural cuando algunos se empeñan en decir que es natural, sin darse cuenta de que —y lo diré por tercera y última vez en este libro— lo anormal, hecho muchas veces, no se convierte en normal, sino en anormalmente frecuente.

Así, ¡claro que quiero ser joven! ¡Claro que quiero que la gente me diga «¡Está usted hecho un chaval!»». Porque eso será señal de que no me da la gana aceptar lo que me digan unos cuantos viejos de menos, y de más, de cincuenta años, esterilizadores de ilusiones, que solo quieren vender a los jóvenes odio, desencanto, quejas y afanes de venganza.

Y a los jóvenes, eso no nos gusta.

San Quirico, pueblo imaginario, 24 de octubre de 2015

Yo de mayor quiero ser joven

Leopoldo Abadía

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño,
Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Iván Giménez Costa

© Leopoldo Abadía, 2016

© Espasa Libros, S. L. U., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2016

ISBN: 978-84-670-4717-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.

www.safekat.com

Índice

DEDICATORIA	6
DECLARACIÓN DE INTENCIONES	8
CÓMO LEER ESTE LIBRO	12
1. Yo de mayor quiero ser una persona completa	14
2. Yo de mayor quiero ser decente	36
3. Sobre la decencia. Yo de mayor quiero ser Luis Miguel Dominguín	55
4. Yo de mayor quiero ser un joven emprendedor (o un viejo empresario)	58
5. Sobre emprender. Yo de mayor quiero ser Ramón y Javier	76
6. Yo de mayor quiero ser optimista	79
7. Sobre el optimismo. Yo de mayor quiero ser John Fitz gerald Kennedy	83
8. Yo de mayor quiero ser una persona educada	86
9. Sobre la educación. Yo de mayor quiero ser Tierno Galván	95
10. Yo de mayor quiero ser un fan de la familia	99
11. Sobre la familia. Yo de mayor quiero ser Julio Iglesias	104
12. Yo de mayor quiero pensar en los demás	107
13. Sobre la solidaridad. Yo de mayor quiero ser Itzhak Perlman	112
14. Yo de mayor quiero tener criterio sobre política	114
15. Sobre la política. Yo de mayor quiero ser Liz Taylor	126
16. Yo de mayor quiero ser economista sin ser economista	128
17. Sobre la economía. Yo de mayor quiero ser Josep Maria de Segarra	132
18. Yo de mayor quiero trabajar	135
19. Sobre el trabajo. Yo de mayor quiero ser Jimmy Carter	141
20. Yo de mayor quiero discurrir	144
21. Sobre la sensatez. Yo de mayor quiero ser Carmen de Lirio	151

22. Yo de mayor quiero saber morir con estilo	155
23. Sobre la muerte con estilo. Yo de mayor quiero ser Desmond Tutu	165
EPÍLOGO	167
Créditos	170